

10 (388-74)

Fidel Araneda Bravo

Crónicas de Providencia

BIBLIOTECA NACIONAL



0308115

Editorial Nascimento

BIBLIOTECA NACIONAL DE CHILE

Sección *Snk*Clasificación *10(388-74)*

Cutter

Año Ed. *1931* Copia *2*Registro Seaco *29345*Registro Notis. *APQ4350*

10.1388-74)

CRONICAS DE PROVIDENCIA

FIDEL ARANEDA BRAVO

Crónicas
de
Providencia

1911 - 1938

EDITORIAL NASCIMENTO
SANTIAGO 1981 CHILE

29845

Inscripción N° 52.095

N° 3970

Diseñó la portada: Gastón Rojas
Elgueta.

Tiraje: 1.200 ejemplares.

Impreso en los talleres de
la Editorial Nascimento S. A.

— Arturo Prat 1428 —

Santiago de Chile, 1981

PROLOGO

Estas "Crónicas de Providencia" no pretenden ser la historia del viejo camino colonial de "Las Condes" y de la futura subdelegación dependiente del "Pago de Ñuñoa" que después se convirtió en la progresiva comuna de Providencia; en estas páginas sólo quiero evocar la añorada imagen del barrio que se grabó en mis retinas de niño y vi crecer junto a la cordillera, al río, a los tajamares, a las flores y arboledas, bajo la mirada maternal de María, desde el cerro San Cristóbal, hasta que un día de febrero de 1939, lo abandoné definitivamente para ir a cuidar un pequeño rebaño del Buen Pastor, en la Chimba, no lejos del lugar donde nació.

Tampoco se trata de prescindir de la historia; pero, en general, lo que hay aquí son recuerdos y una visión de Providencia entre los años 1911 y 1938. Todo cuanto se relata y se rememora en estas "Crónicas" lo viví en la infancia y juventud; la parte documental no es fruto de la propia investigación, sino de quienes ya habían indagado en los archivos relacionados con la vida comunal.

“Crónicas de Providencia” es un boceto y un bosquejo del agreste barrio que conocí en sus primeros años de formación y hoy se levanta pujante con aires de gran ciudad; las dedico a la memoria venerada de mis padres y maestros del Liceo José Victorino Lastarria y del Seminario de los Santos Angeles Custodios, que me alentaron en las disciplinas literarias.

El Autor

I

EL CAMINO DE LAS CONDES

El “Pago de Ñuñoa” es considerado por todos los historiadores como uno de los más antiguos de la ciudad de Santiago del Nuevo Extremo; los españoles lo llamaron “chá-cara” o chacra. Ya en el siglo XVII había sido concedida a nuestro antepasado, el conquistador, Juan Jufré o Jofré, yerno de Francisco de Aguirre.

Esta y otras concesiones las hicieron Pedro de Valdivia, Rodrigo de Quiroga o el Cabildo y eran todas esas inmensas extensiones de terreno que estaban al oriente del lugar conocido hoy con el nombre de Plaza Baquedano, junto al entonces caudaloso y cristalino río Mapocho. De este Camino de Ñuñoa nació otro que después se llamó de “Las Condes” y más tarde, “Providencia”.

En la mensura de Ginés de Lillo, hecha en 1603, las concesiones de tierras del actual sector Providencia, corres-

pondían en 1546, a Juan Valiente y Pedro de Gamboa; en 1571, a Pedro de Miranda.

El sendero que salía de la capital del Reino de Chile hacia las propiedades del cacique “Vitacura” y que seguía, la línea del curso del Mapocho, es lo que hoy se conoce con los nombres de Ñuñoa y Providencia; originariamente se denominaba sólo “Ñuño hue”.

En el siglo XVII Ñuñoa había crecido y era todo un “Pago” que se extendía desde la Plaza Baquedano hasta los faldeos de la cordillera, y desde el río Mapocho por el norte, hasta el Maipo por el sur. “Los caminos de Ñuñoa —refiere el erudito y ameno historiador, mi recordado y excelente amigo, René León Echaíz— tenían numerosas “bajadas” al río, frente a pasos o vados, e igualmente en el sector norte, lo que allí se llamaba, “banda de Ñuñoa” (1).

En el siglo XVII desaparecieron los pueblos indígenas de “Ñuño hue” y “Vitacura”, quedaron los de Tobalaba, Apoquindo y Macul. Luego comienzan a formarse las aldehuelas que habitan españoles indigentes y mestizos, quienes construyen sus viviendas para reemplazar a las primitivas rucas; así desaparecieron “Ñuño hue” y “Vitacura” como organizaciones indígenas para dar paso a la aldea de Ñuñoa.

En el mismo siglo existían ya diversos sectores en Ñuñoa: el que lleva este nombre, el de Macul y el de Providencia de nuestros días, llamado entonces de “Apoquindo” y “Tobalaba”.

No voy a entrar en pormenores, porque ésta no es una historia de Providencia, sino, como se dice en el prólogo, sim-

(1) Ñuño hue. Pág. 36.

plemente “Crónicas”; sin embargo, conviene recordar que para llegar a lo que ahora es el barrio alto de Santiago y antiguo “Pago de Ñuñoa”, había dos caminos: uno del mismo nombre que se iniciaba en la calle de la Ollería, posteriormente “Maestranza” y ahora Portugal, éste seguía por las calles que hoy llamamos, Diez de Julio, Irarrázaval, Avda. Ossa y el Canal San Carlos; este camino empalmaba con el Internacional en la calle conocida hoy con el nombre de “Santa Elena”, entonces callejón “del Traro”. El otro camino de Las Condes, denominado también “Camino de la Avenida del Tajamar”, correspondía en su primer tramo a lo que en nuestra época es la avenida Providencia. Comenzaba en la Cañada del Carmen, quizás por estar allí el Monasterio del Carmen Alto, y continuaba por la orilla de los tajamares del Mapocho, hacia el oriente, junto al caudal de aguas del río. Los dos caminos estaban cruzados por canales: el de Las Condes se dividía: uno iba a Vitacura y La Dehesa y otro a Apoquindo.

Durante el progresista gobierno de Ambrosio O’Higgins, 1795, el arquitecto italiano, Joaquín Toesca, construyó definitivamente los Tajamares, muchas veces iniciados en el siglo anterior; de éstos ahora sólo queda el recuerdo en el obelisco frente a la calle Condell y en unos trozos informes que se guardan en un Museo subterráneo, en el Parque Balmaceda, junto a la avenida Providencia.

A propósito de Toesca, es necesario dejar bien en claro que fue el obispo de Santiago, Manuel Alday y Aspee (1712-1788), quien contrató a este famoso arquitecto, discípulo de Sabattini, para que viniera de Roma a terminar la Catedral en 1780.

Los numerosos canales que había en el “Pago de Ñuño-hue” constituían un serio impedimento para que los vecinos de Ñuñoa trajeran sus productos a la capital.

II

LA FUTURA SUBDELEGACION DE PROVIDENCIA

La futura subdelegación, después comuna de Providencia, tiene su origen en el primitivo camino de Las Condes, entre las actuales calles General Bustamante y Seminario, donde estaba la chacra de Quinta Alegre, frente al río Mapocho, en el mismo sitio donde comenzaban los tajamares. Este predio tomó el nombre del título nobiliario de su propietario, Juan Agustín Alcalde Gutiérrez, obtenido por Real Cédula de 1767, y que heredaron su hijo José Antonio y su nieto el patricio Juan Agustín Alcalde Bascuñán, cuarto y último conde de Quinta Alegre. En 1855, éste desvinculó la Quinta del Mayorazgo que la gravaba y ya en ese tiempo los terrenos se vendieron al Seminario de los Santos Angeles Custodios y a Juan Enrique Alcalde, quien en 1871, vendió su parte a la Congregación de la Compañía de María. Providencia terminaba, prácticamente, en la chacra de "Lo Bravo", conocida más tarde por "Los Leones", propiedad de Ramón Bravo

Covarrubias, que tenía trescientas ochenta y dos (382) cuadras y una capilla que pasó a ser después, como se verá, el templo de la parroquia de San Ramón.

Lo que en la época del Imperio Español era “la puerta de entrada al valle ñuñoíno”, la antigua chacra de Quinta Alegre es desde 1860, más o menos, el pórtico de la futura avenida Providencia; más al oriente eran campos despoblados. Refiere el ya citado historiador, León Echaíz, que en casa del Conde de Quinta Alegre, prócer de la Independencia, se reunían los patriotas en el invierno de 1810, para tramar la deposición del último Gobernador español, Antonio García Carrasco; las casas de la hacienda fueron un activo centro social de la aristocracia santiaguina.

Lentamente se fue poblando el amplio callejón que desembocaba en la parte final de los tajamares. A raíz de la llegada de las Religiosas de la Providencia del Canadá, con su Casa de Huérfanos, a la chacra de Pedro Chacón Morales, entre las actuales avenidas: Antonio Varas y Pedro de Valdivia, el Camino de Las Condes tomó el nombre de Providencia.

Planos y antiguos documentos, a mediados del siglo XIX, denominaban a Providencia con los siguientes nombres: “Camino de Las Condes”, “Camino o Alameda del Tajamar”, “Camino de las Minas” y “Camino de Providencia” que fue el definitivo y así se llamó hasta el “Crucero del Tropezón”. Desde aquí salían los caminos de “Las Condes” y “Apoquindo” que son las actuales avenidas de los mismos nombres.

La Avenida Providencia empalmaba con la Cañada o Alameda, antes que se trazara la Plaza Italia, actual Baquedano.

En los primeros años del siglo XX, ya fundada la Co-

muna en 1897, se abrieron las actuales calles de Seminario y los callejones de Lo Pozo, de Baraínca y Azolas que tomaron más tarde los nombres de Condell, Salvador y José Manuel Infante respectivamente. Los nombres primitivos de esos “angostos e irregulares senderos”, como dice León Echaíz, provenían de los de antiguos propietarios: “Lo Pozo” en recuerdo del obispo de Santiago y futuro arzobispo de Charcas, Sucre, (Bolivia), Alonso del Pozo y Silva (1668-1745) que tenía su quinta en la actual calle Condell esquina de Rancagua; después pasó a tomar el apellido del héroe Carlos Condell; cuando se fundó el Hospital del Salvador en 1871, el callejón de Baraínca se llamó avenida del Salvador; al callejón de “Azolas” sucedió la avenida José Manuel Infante Montt, nombre del acaudalado propietario del sector construido por él en la avenida Providencia poco más al oriente de la avenida Salvador hasta más allá de la esquina suroriental del callejón de Azolas.

“La Población Providencia” se formó en 1895. “Se trazó una gran avenida —escribe René León Echaíz— que corría desde la avenida Providencia hasta la avenida Irrarrazaval y que hoy constituye la avenida Pedro de Valdivia”. A ambos lados de la nueva avenida se trazaron hermosos y extensos sitios en un total de 147. Esta población la construyó una sociedad cuyo Presidente fue Joaquín Fernández Blanco. Hacia el oriente estaba la chacra “Lo Bravo”. (Los Leones, hoy).

A fines del siglo XIX se pobló mucho la parte de Providencia que ahora abarca las calles del Salvador, Tegalda y Juio Prado, colindante con Azolas.

Antes que el valle oriental de Santiago se poblara para convertirse en una verdadera ciudad residencial e industria-

lizada, fue una zona agrícola cuyos principales propietarios eran: doña Rosario Concha viuda de Mandiola, dueña de "Lo Bravo" o "Los Leones", predio que se extendía entre las actuales avenidas Providencia y Diego de Almagro; en 1831, su dueño era don José Manuel Matte; en 1852 pertenecía a Adrián Mandiola Vargas y en 1875 su dueña era doña Rosario Concha de Mandiola. Don Román Díaz tenía su fundo en lo que hoy es la calle que lleva su nombre y otros terrenos. Don Ricardo Infante era vecino de éste hacia el poniente. Pedro Chacón Morales poseía la chacra que después fue de la Beneficencia donde se instaló más tarde la Casa de Huérfanos. Ramón Tag'e deslindaba con las tierras de Chacón.

En los siglos XVI, XVII y parte del XVIII, Ñuñoa y Providencia eran ubérrimas campiñas y así las describen, en forma muy semejante, los poetas del verso y de la prosa, capitán, Alonso de Ercilla y Zúñiga, y Alonso de Ovalle S.J.:

'Hacen este concilio en un gracioso
asiento de mil flores escogido
donde se muestra el campo más hermoso
de infinidad de flores guarnecido.
Allí de un viento fresco y amoroso
los árboles se mueven con ruido
cruzando muchas veces por el prado
un claro arroyo limpio y sosegado..." (1).

"Descúbrense por unas partes grandes manchas de flores amarillas, que cubren la tierra de manera que en grande

(1) "La Araucana". Alonso de Ercilla y Zúñiga.

espacio no se ve otra cosa; en otros, de blancas, azules y moradas; allí se ven los prados verdes, y cruzan por entre ellos los arroyos y acequias del río Mapocho, el cual se da a una vista a lo que de este alto la miran, ya corriendo por su madre, ya dividido en brazos y ya desangrado por varias partes de aquellos valles y llanos, para fertilizarlos y fecundarlos con su riego" (2).

(2) "Histórica Relación del Reyno de Chile". Alonso de Ovalle. S.J. Lib. I. Cap. XII.

III

LA COMUNA DE PROVIDENCIA

A fines del siglo XIX, la población de Providencia era dispersa y rala, tendría unos cinco mil habitantes, porque en 1902, eran solamente seis mil (6.000.—) y al año siguiente ascendía a siete mil noventa y dos (7.092.—).

La parte más importante del barrio estaba, entonces, en la Avenida Pedro de Valdivia, y la Plaza de este nombre se llamaba, a principios de este siglo, "Providencia". Entre Pedro de Valdivia y las actuales avenidas Bilbao y Antonio Varas estaba el Estanque de agua potable y allí mismo el "Callejón de los Estanques".

Entonces los únicos edificios eran: el Colegio de la Buena Enseñanza o Compañía de María, el Seminario de los Santos Angeles, hasta Condell, con extensos campos, el Hospital del Salvador, la Casa de Huérfanos y el templo parroquial de San Ramón, por el sur; en el lado norte: los tajamares, en Condell el obelisco conmemorativo de la construcción

de esta obra monumental de Toesca, la Curtiembre de Magner y alguna que otra casa vieja.

El alumbrado público se hacía por medio de faroles a parafina y empezó en el sector Providencia, después fue a gas; el eléctrico llegó en 1910, con la Chilean Tramway and Light; pero muchos vecinos continuaron sirviéndose del gas; en nuestra casa de la avenida Providencia esquina de Román Díaz, había lámparas de gas.

Antes de ser elevada a Comuna, cuando Providencia era la 5ª subdelegación rural de Ñuñoa, deslindaba: al norte con el río Mapocho, al poniente con el camino de Cintura desde el de Ñuñoa hasta el río Mapocho; al sur con el canal San Miguel, desde el camino de Villaseca hasta el de Cintura. Comprendía el callejón "Lo Pozo", el canal San Miguel, la chacra Ramón Tagle, la Providencia, chacra Mandiola y Villaseca. Se dividía en cuatro distritos: "Lo Pozo", Canal San Miguel, Villaseca y Mandiola.

El 22 de diciembre de 1891, cuando se creó la Comuna de Ñuñoa, Providencia pasó a ser una de las subdelegaciones rurales.

El 17 de abril de 1895, en vista del auge logrado, se concedió a Ñuñoa el título de Villa.

En la primera Municipalidad de Ñuñoa, entre los regidores elegidos, figuran dos connotados vecinos de Providencia: Juan Diego Infante Montt (1831-1929) y Wenceslao Sánchez Fulner; el primero tenía su chacra denominada "La chacarilla", entre Salvador y Azola o Infante, que llegaba por el lado norte hasta donde actualmente está la Universidad Católica Pontificia; allí don Diego Infante mandaba pastar su ganado vacuno. Este caballero fue primer Alcalde

de Ñuñoa en 1895; lo alcancé a conocer, porque murió de noventa y ocho años. Sánchez Fulner en el mismo período fue tercer alcalde. Este había sido compañero del Arzobispo Casanova, en el Seminario de Santiago, e iba a jugar rocambo con el Prelado a su quinta de la calle Bellavista, en la ribera norte del Mapocho, donde después estuvieron los Hermanos de las Escuelas Cristianas, en el mismo sitio que hoy ocupa el Colegio salesiano, El Patrocinio de San José.

Para atravesar el río cómodamente, don Wenceslao, cuando era autoridad edilicia en Ñuñoa, de acuerdo con el alcalde Infante Montt, hizo construir el puente de madera que nominó del "Arzobispo", nombre que conserva el nuevo, de concreto armado, hasta nuestros días: está ubicado entre las antiguas calles del Salvador e Infante, frente a las casas de la propiedad de don Juan Diego Infante Montt, que eran muy antiguas, con corredores y rejas enmaderadas de balaustres. El puente viejo era muy firme, porque resistió las impetuosas crecidas del Mapocho, hasta la de 1912, que arrasó con cuanto encontró en el camino.

Ya Providencia había llegado a su mayor edad. El Presidente Federico Errázuriz Echaurren (1850-1901) y su Ministro de lo Interior, Carlos Antúnez, cuyo nombre lleva una de las principales avenidas de la comuna, por decreto del 25 de febrero de 1897, N° 519, crearon la Municipalidad de Providencia. Se le dio por cabecera la población formada en las proximidades de la avenida de su nombre. Las subdelegaciones de la nueva Comuna fueron: "Las Condes", "San Carlos", "Providencia" y "Mineral Las Condes". Por un decreto del 15 de julio de 1897, se otorgó a la cabecera el título de

“Villa”. Sirvió de tal la población establecida en la avenida y sus calles adyacentes. Todo el sector norte de la antigua comuna de Ñuñoa quedó en la nueva de Providencia.

Por un decreto del 26 de febrero del mismo año de la fundación, se asignó a la Municipalidad el número de nueve (9) regidores.

En las elecciones generales de ese mismo año, fueron elegidos ediles los vecinos: Ernesto Lafontaine, Pbro. Esperidión Cifuentes (1865-1934), Juan Manríquez, Carlos Fernández, Alfredo Manterola, José Luis Salinas, Wenceslao Sánchez Fulner, Emeterio Villalón y Alberto Varas. Los alcaldes fueron: 1º, Ernesto Lafontaine; 2º, Esperidión Cifuentes y 3º, Juan Manríquez. La Municipalidad se instaló en un local arrendado en la avenida Providencia 813, donde estuvo hasta 1917; allí la conocí en 1912.

— La sede municipal ocupó después el sitio en que ahora está el Mercado, frente a Antonio Varas. Era una vieja casona de campo de fines del siglo XVIII o comienzos del XIX, con amplios corredores, jardín y verja de fierro. En un tiempo funcionó el Municipio en una casa de las Religiosas Argentinas, en la avenida Pedro de Valdivia. En 1920 compró a Javier Ortúzar, la propiedad de la avenida Providencia, números 1614 - 1784 y allí estableció los servicios municipales. Desde 1945, ocupa el Palacio que hizo edificar la familia Falabella, en la avenida Pedro de Valdivia N° 963, que el Municipio compró a don Manuel Cruzat Vicuña.

La primera Policía de Providencia fue Municipal, y el jefe, don José Antonio Díaz, tuvo el pomposo título de Prefecto. En 1910, año del centenario, se creó la Sub-Comisaría

de Providencia, dependiente de la Prefectura de Santiago y del Cuerpo de Policía Fiscal, que en 1927, se fusionó con el Cuerpo de Carabineros de Chile.

IV

PRIMEROS RECUERDOS DE PROVIDENCIA

En enero de 1911, cuando mis padres llegaron a Providencia con sus cuatro pequeños hijos (1), la avenida Providencia era más o menos el mismo camino campero de que se ha hablado y los viejos tajamares constituían el máspreciado adorno de esos, a la sazón, arrabales de Santiago. Lo que actualmente es el parque Presidente Balmaceda era en aquel tiempo un brazo seco del Mapocho donde iban a parar todas las basuras de la capital; en el invierno las aguas del río solían asomar hacia la misma avenida Providencia. Allí frente a la calle Román Díaz se levantaba la Fábrica de Tubos de Cemento de don Luis Grau, que era la primera construcción erigida en la acera norte, ribereña del Mapocho,

(1) Fidel, de cuatro años y medio, autor de este libro; Inés de dos años nueve meses; Ida, de un año y cuatro meses y Sergio, de quince días; todos habíamos nacido en Recoleta. En Providencia nacieron: Carmen Luz, actualmente religiosa del Apostolado Popular; Lucía Teresa, Raúl que falleció a los 40 días y Rosa Delfina Ena.

después había uno que otro edificio y estos terminaban en la Sociedad de Cervecerías Unidas, más allá de la chacra "Lo Bravo" o Los Leones, ahora. La Fábrica de Cerveza existe aún. Como mi padre llegó a Providencia a hacerse cargo de la nueva Sub-Comisaría recién creada, de la Cervecería, con frecuencia, le enviaban grandes pipas de cerveza. Recuerdo que en cierta ocasión con mi hermana Inés (2) tomamos por la fuerza a nuestra hermana Ida (3) y le pusimos la boca en la llave del tonel, travesura que causó grande escándalo en nuestro hogar. A mi padre le disgustaban mucho estos obsequios, pero generalmente llegaban a casa en su ausencia y los recibía su asistente que los aprovechaba muy bien.

Todo lo demás, por la parte norte, eran campos, algunos de cultivo, otros vírgenes.

— En la acera sur, los edificios, como ya se ha dicho, eran los de la Buena Enseñanza, los del Seminario de los Santos Angeles con sus amplios y frondosos parques, campos, canchas y laguna. El colegio estaba regido entonces por el canónigo de la Catedral, Gilberto Fuenzalida Guzmán (1866-1938), más tarde obispo de la Concepción. Hacia el oriente quedaban la Casa Matriz de la Providencia, que es el único edificio de aquel tiempo aún en pie, y poco más adentro en la avenida Salvador, el del Hospital del mismo nombre; en seguida venían las propiedades de don Carlos Infante Fernández, Juan Diego, Alejandro y José Luis Infante Montt, y luego la casa de Ricardo Infante Gómez, su molino y el de su parienta Carmen. Una hija de José Luis Infante Montt, casada con José Miguel Iñiguez Tagle, vivía con su marido

(2) Casada con Guillermo Plaza de la Barra, otro vecino de Providencia.

(3) Unida, también en matrimonio con un vecino del barrio, Osvaldo Bustos Almarza.

en el “chalet” de tres pisos que éste hizo edificar en la quinta de su suegro, casa que, naturalmente, quedó detrás de la nueva y lujosa construcción. Don Carlos Infante Fernández, excelente caballero, muy querido en el barrio, moraba en la antigua casona de los Infante Quezada, en la cual había teléfono, lo que era una curiosidad en la comuna. Cada una de estas quintas de los Infante tenían una extensión de veinticinco mil metros cuadrados. (25.000). Sus molinos, y el de Domingo Costa, relacionado también con los Infante, los movían las aguas del Mapocho. El de Costa estaba ubicado, quizás, en Bellavista, frente al callejón de Azolas, sector que en esa época se llamaba también Providencia.

Después venía el famoso callejón de Azolas, hoy avenida José Manuel Infante, por el cual aún en 1918, no se podía transitar en el invierno, al atardecer, por temor a los ladrones y salteadores. En la esquina estaba la casa del señor Ernesto Infante Tagle, hijo de José Manuel, nombre que lleva la calle. Más tarde esta vetusta casa se dividió y en la que daba hacia el oriente vivía la familia Carrillo Rojas.

— Más arriba comenzaban las inmensas propiedades, verdaderas chacras o grandes parcelas, como se diría hoy, de los hermanos Lizana Droguet; la primera era una verdadera casa de hacienda, pertenecía a don Desiderio, hombre inolvidable, autor de los “Nichos de Providencia” y “Sancho en el Cielo”, cuya mansión frecuenté apenas llegamos al barrio, porque don Desiderio estaba casado con doña Olaya Barros Araneda (4). Después venía la quinta de don Silves-

(4) Doña Olaya era hija de José Manuel Barros Valdés y de Filomena Araneda Avaria, hermana de mi bisabuelo Isaiás c.c. su prima hermana doña Antonia Silva Araneda, hermana de dos sacerdotes: del Pbro. Diego y del obispo Luis Silva Lezaeta.

tre. Este era hombre de campo y su hermano le dedica estos simpáticos versos en “Los Nichos de Providencia”:

“Esa que ostenta de relieve un huaso / con alforjas y lazo a los correones, / es de Silvestre, quien pretende acaso, / hacerle corredores y galpones, / porque encuentra el local muy estrechazo”. Después venían las propiedades del Sr. Alejandro Infante, de la familia Infante Valdés, la del señor Marcos Yávar y finalmente los extensos predios, con sus respectivas casonas, de don Román Díaz, que limitaban con la avenida Miguel Claro.

Don Marcos Yávar era un caballero elegante y distinguido, de luengas barbas de armiño, pero muy irascible, aun cuando no recuerdo haberle visto airado. Don Desiderio Lizana escribió para el nicho del respetable providenciano este epitafio: “Al hombre de epidermis más sensible / el Angel de la paz bajo aquel arco / guarda un lecho tranquilo y apacible, que a su pie tiene escrito: “Para Marco”. En seguida tenía un extenso predio don Tomás Correa Albano, cuya casa habitaba sólo en el verano; más tarde la adquirió la familia Cruz Anguita. Luego estaba la propiedad de ocho cuadras, de don Román Díaz, antiguo morador de la comuna, regidor en 1900 y primer alcalde en el período de 1903-1906. Don Román dio mucho auge al barrio, construyó varias casas: cuatro grandes, dos en ambas esquinas de la calle de su nombre y dos más en la misma avenida hacia el poniente; una de éstas ocupó él y su familia hasta 1910, edificó otras casas más pequeñas en la avenida Román Díaz. Desde el año del centenario hasta su muerte y la de su esposa, doña Enriqueta Withe, vivió en la amplia casa de la esquina suroriente.

Entre sus dos residencias, don Román levantó un templo en honor de la Virgen del Carmen. Lo erigió a raíz del triunfo de la Revolución de 1891 y lo dedicó a la Reina de la patria, de la cual era ferviente devoto como la mayoría de los chilenos. Según el acta que guardaba la señora Amelia Díaz Withe de Gomien, hija del acaudalado propietario, el 15 de mayo de 1892, bendijo y colocó la primera piedra de la iglesia, el Arzobispo Mariano Casanova. Fuera de los dueños de casa, asistieron a la ceremonia, el Intendente de Santiago, Carlos Lira Carrera y otras personalidades. El Sr. Díaz hizo acuñar medallas recordatorias de oro y plata. La señora Amelia Díaz, quien tuvo la gentileza de darme estos datos y muchos otros, acerca de Providencia, conservaba hasta su muerte, una de plata. En el anverso está grabado el pórtico de la capilla, al centro los frontis de las dos viejas mansiones que ya no existen, con la siguiente inscripción: "Templo del Carmen". Al reverso aparece la imagen de la Virgen del Carmen y dice: "inaugurado el 16 de julio de 1895". A la muerte de Don Román Díaz, iglesia y casa, hacia el poniente, las heredó su hijo Luis Díaz Withe; años después las adquirió en subasta, el Pbro. rancagüino, Lisandro Ramírez Lastarria (1877-1950), sacerdote experto en sagrados cánones y leguleyo de carácter irritable. Quizás entre los años 1916 y 1921, la familia Díaz Withe nombró capellán al Pbro. Roberto Matte Basaure (1886-1938). Su hermana, doña Hortensia, cuidaba el templo y actuaba como catequista. En el tiempo de Navidad, ella hacía pesebres vivos, y los niños del barrio a los cuales esta cuasi diaconisa catequizaba, éramos los personajes bíblicos; la burrita que teníamos en casa integraba también el nacimiento. Esperábamos con ansias

los días prenavideños para participar en los ensayos que aseguraban una buena presentación en la tarde de la fiesta.

En 1940, un incendio destruyó la propiedad de Don Lisandro Ramírez y la casa grande de Don Román Díaz, contigua también al templo, hacia el oriente. De la capilla sólo quedaron los muros de cal y ladrillo que reedificó junto con su casa, el sacerdote. A su muerte el Pbro. Ramírez legó la propiedad a las Religiosas Hijas de San José Protectoras de la Infancia que actualmente atienden el servicio religioso, mantienen el noviciado y según disposición testamentaria, deben hospedar algunas niñas pobres. El eclesiástico fundó ahí el colegio de Nuestra Señora del Carmen que permaneció hasta la muerte de las dos personas que fueron sus empleadas, a las cuales dejó el usufructo de la casa.

Después que la familia Díaz Withe abandonó la casa vecina a la iglesia, la tomó en arriendo, el Dr. Luis A. Solís Varela, el médico más antiguo del barrio. Este galeno nos atendía cuando padecíamos de bronquitis, recetaba, entonces, las eficaces cataplasmas de linaza con mostaza y los repugnantes jarabes pectorales. El doctor Solís, era un personaje célebre en Providencia, muy bondadoso y amigo de las fiestas, fundó el Club Social, ubicado al lado norte frente al Liceo José V. Lastarria. Del popular médico escribió don Desiderio Lizana, en "Los Nichos de Providencia": "Allí han querido dibujar un galgo / que casi les salió *Culpeo* (5) / Hay que reconocer / al fin, por algo / del buen doctor Solís el mausoleo".

En la casa de la esquina surponiente donde vivieron y

(5) "Culpeo" significa zorro macho, grande y viejo.

murieron los esposos Díaz - Withe, moraron largos años, después de 1912, don Eduardo Guerrero Vergara y doña Ester Garín de Guerrero e hijos. Este caballero de imponente figura, era inspector de Compañías de Seguros, a él dedicó estas estrofas, don Desiderio Lizana: "Todas las Compañías de Seguros / para Eduardo compraron una fosa / De cuantas se han construido en estos muros / parece que será la más hermosa: / no habrán sido muy chicos los apuros / para ponerle al frente tanta cosa: / ganchos, pistones, hachas, escaleras / y un 'gallo' con mil metros de mangueras".

La calle Román Díaz la abrió el mismo don Román en su inmensa finca. En la esquina suroriente estaban las casas que heredó don Enrique Díaz Withe, propiedad de un mil seiscientos metros cuadrados (1.600) adquirida por mis padres en subasta pública, en 1918, en la entonces astronómica suma de cincuenta y seis mil seiscientos pesos (\$ 56.600.—), más o menos cincuenta y seis centavos (\$ 0,56) de la moneda actual. Viuda nuestra madre en 1953, nunca quiso deshacerse del inmueble, nosotros tuvimos que venderlo, a vil precio, después de su fallecimiento (1960).

Nuestros padres, en 1911, llegaron a la casa de la esquina suroriente de la calle Román Díaz, cuyo dueño se las dio en arriendo. Tenía ésta dos balcones: uno muy amplio y hermoso en toda la esquina y el otro más angosto estaba en la misma avenida Providencia; ambos poseían magníficos balaustres torneados. Esta residencia tenía una larga hilera de habitaciones, cuyos balcones daban a la calle Román Díaz y la puerta de entrada estaba en esta misma calle contigua a Providencia. Las piezas tenían acceso a un oscuro pasadizo que terminaba en el amplio patio pavimentado con piedra

de huevillo. Había una puerta de servicio y otra que, primitivamente, quizás fue la de la cochera de la casa grande que edificó don Román Díaz, en la esquina suroriente de la avenida Providencia y a la cual nuestros padres se trasladaron en el verano de 1913. Esta era, hasta entonces, la oficina del Registro Civil de la comuna y allí mismo vivía el oficial, don Joaquín Munita del Canto con su mujer doña Elvira Armijo Laso y su familia. Semejante a ésta eran casi todas las casonas del barrio en aquel tiempo. Por la arquitectura de su fachada y el cornisamiento que adornaba la techumbre, la puerta, ventanas y la armoniosa balaustrada de sus balcones, parece haber sido construida antes de 1870. La ancha puerta de calle de dos manos, daba entrada a un amplio y largo zaguán al cual tenían acceso cuatro grandes habitaciones: la primera de la izquierda era una verdadera cuadra que servía de dormitorio a nuestros padres, el portal desembocaba en un hermoso corredor y luego aparecía el primer patio donde estaba el jardín adornado con claveles dobles, rosas de variados colores y jazmines, flores que mi madre cuidaba como la niña de sus ojos. Al final del verger había una pajarera repleta de una gran variedad de canarios, jilgueros, cardenales, diucas y otros pajarillos cantores que alegraban la vida hogareña. Este patio lo circundaban muchas piezas que terminaban en dos comedores: el grande y el "chico"; en seguida un pasadizo comunicaba el jardín con la quinta en cuyo centro había un largo parrón con las más diversas y jugosas vides y numerosos árboles frutales; también estaban allí las habitaciones muy cómodas destinadas al personal de servicio, la cocina y despensa. Más allá tenían nuestros padres el establo con unas quince vacas que proveían de leche

a la familia y a numerosos vecinos. Sobre el establo había un cobertizo donde se guardaba el pasto; ese era el centro de nuestros juegos en la niñez, principalmente cuando queríamos ocultarnos de las miradas de nuestros padres y de la vigilancia permanente de nuestra vieja “mama”. Nunca faltaba en casa un manso borriquillo que mi único hermano y yo cabalgábamos por la solitaria y polvorienta avenida Román Díaz.

Contiguo a nuestra casa existía un campo verdeguante donde mi padre mandaba a pastar las vacas y el asnillo.

En la misma calle Román Díaz, junto al canal, a los pies de nuestra casa, estaba el Hogar de Veteranos de 1879. Era una inmensa casona de tres patios, edificada poco después de la Revolución de 1891, donde vivían algunos viejos combatientes, soldados y clases de la guerra del Pacífico con sus esposas; generalmente eran familias indigentes sin otra renta que la exigua jubilación del Estado. Entre esos veteranos había un chino de apellido Han, muy aito y enteco, con blancos, ralos y tiesos mostachos caídos. El viejo soldado, a pesar de los largos años de residencia en Chile, hablaba un castellano muy chapurreado; el lenguaje y la figura causaban risa con un si es no es de miedo entre los niños del barrio. Uno de los mejores entretenimientos que teníamos con mi hermano menor, Sergio, era visitar continuamente a los veteranos en el Hogar que ya era como la prolongación de nuestra casa; allí pasábamos largas horas en las vacaciones, escuchándoles deliciosas anécdotas de las batallas y combates de la Guerra del Pacífico.

En el primer patio del hogar, inmediatamente vecino al establo de mi padre, había un gran salón de actos con estra-

do y una mesa de fina madera, ricamente tallada, donde los antiguos soldados y marineros de la patria tenían sus reuniones, algunas de las cuales, las destinadas a elegir su directiva, por ejemplo, terminaban en pendencias; otras concluían en alegres bailes a los cuales los dueños de casa invitaban a sus amistades; generalmente una banda de músicos del Ejército solemnizaba estos actos que en varias ocasiones eran realzados con la presencia de personalidades del Gobierno, de las Fuerzas Armadas y autoridades de la comuna. Tampoco faltaban los banquetes, uno muy importante era el ofrecido el 13 de enero, aniversario de Chorrillos. Terminadas estas fiestas, anfitriones e invitados salían tambaleándose a esperar el tranvía N° 11, en la esquina de Román Díaz.

— Las familias de Providencia, cuyo orgullo era aún más exagerado que el del común de la sociedad chilena de la época, llegaba a tal extremo que recíprocamente, se miraban en menos, se hacían saludos de protección, no pagaban las visitas al nuevo vecino cuando les parecía de clase inferior o porque encontraban siútica a la familia que llegaba; lo peor es que estas costumbres, tan poco cristianas, las practicaban personas que se golpeaban el pecho en las iglesias de la comuna o en las de moda en el centro de la ciudad.

Por cierto que en las fiestas del Hogar de los Veteranos nunca participaban las familias copetudas del barrio que eran la generalidad. Continuamente se escuchaba a las señoras y niñas providencianas, que no iban a los bailes del Hogar porque éstos eran sólo para la gente de medio pelo, siútica y “empleaditas”. Los niños nos divertíamos cuando nos asomábamos al recinto de la fiesta, desde la escalera del establo, y observábamos el bailoteo, danzas que nos lamaban mucho

la atención, porque nuestros padres con sus parientes y amistades, sólo de vez en cuando bailaban “cuadrillas” y “lanceros”.

— La avenida Miguel Claro se abrió a principios de este siglo con parte de la propiedad de D. Román Díaz y de la del obispo del mismo nombre.

La quinta situada en la esquina suroriente de Providencia la ocupaba su dueño, el canónigo de la Catedral de Santiago, obispo titular de Legione y auxiliar de los arzobispos Juan Ignacio González Eyzaguirre y Crescente Errázuriz Valdivieso, don Miguel Claro Vásquez (1861-1921), quien además poseía el título de médico-cirujano y especialista en ginecología, profesión que ejerció en Quillota antes de ingresar a la vida eclesiástica.

Este ilustre prelado fue verdadero precursor de las enseñanzas sociales de la Iglesia en nuestro país, junto con el obispo Martín Rucker Sotomayor (1867-1935). Claro, redactó el programa del sindicalismo de los obreros católicos y fue autor de la “Carta dirigida a la gran confederación Sindical”. Clotario Blest en sus “Recuerdos” dice que el obispo Caro “a pesar de que era un hombre de la oligarquía” apoyó mucho los movimientos de reivindicación obrera y sindical.

La mejor residencia de este sector de la comuna era la del obispo Miguel Claro, asemejábase a un palacio. Recuerdo haber entrado siendo niño a la capilla privada del prelado para participar de la Eucaristía que él celebraba.

Más de una vez, cuando con nuestros hermanos menores, salíamos a caminar por la avenida Miguel Claro, acompañábamos al obispo en sus paseos matinales. Con desparpajo conversaba con el bondadoso pastor, quien me acogía con

cariño. Nada podría decir de su físico, ni de sus cualidades intelectuales que debieron ser de subidos quilates, porque se preocupó del problema social, al que pocos hombres de su tiempo dieron importancia; su figura pasa fugaz por mi memoria.

En una gran parte de la inmensa casa del obispo, funcionó el Liceo José Victorino Lastarria, fundado el 1º de junio de 1913, y que más tarde ocupó toda la amplia quinta del prelado. Del Liceo hablaré largamente más adelante.

Por esta misma acera sur había edificios hasta la avenida Pedro de Valdivia; más al oriente existían sólo predios agrícolas y una que otra vetusta casona, hasta la parroquia de San Ramón, cuya iglesia no pasaba de ser un inmenso cobertizo.

Un dentista de apellido Peters, quizás nacido en Gran Bretaña, vivía al lado oriente del Liceo Lastarria; este odontólogo nos hacía ver estrellas cuando pasaba la máquina eléctrica por la dentadura. Entre las calles Miguel Claro y Manuel Montt, por la misma acera, estaba la quinta del caballero italiano, don Juan Podestá, padre de varias hijas muy cortejadas entonces, por los jóvenes veinteañeros del barrio.

En la calle Miguel Claro, al llegar a la de Bilbao, la Caja Hipotecaria comenzó a construir en 1915 o 1916, numerosos "chaletes" que poblaron esa parte solitaria de la comuna, a los cuales cantó don Desiderio Lizana en sus "Nichos": "Buscándole inversión a los penales / que les saca del alma a sus deudores, / la Caja adquirió diez de estos locales, / para darlos de "yapa" a compradores / que tomen los "chaletes" principales / y paguen al contado sus valores. / Con este sobornal no será caro / palacete ninguno en Miguel Claro".

Entre los más respetables vecinos de esta avenida, recordamos a don Ernesto Greve (1873-1959), individuo de la Academia Chilena Correspondiente de la Real Española, que fue mi colega, durante diez años, en una de las mejores épocas de la Corporación a la cual dediqué buena parte de mi tiempo. Don Ernesto Greve, escribió una voluminosa "Historia de la Ingeniería en Chile" y poseía vastos conocimientos lingüísticos, era especialmente versado en vocablos científicos. Varón de elevada estatura, de faz sonrosada y magnífica apariencia, muy bondadoso y gentil. Era dueño de una quinta señorial, en la avenida.

Un vecino caracterizado, fue don Leoncio Baeza Guzmán, a quien motejaban "El Pescado", hombre simpático y amable al cual don Desiderio Lizana, dedicó esta estrofa: "Ese que tiene una pileta al centro / es la construida con mayor destreza / parte fuera del agua, parte adentro / porque así la pidió Leoncio Baeza".

Muy cerca del hogar del señor Baeza, tenía el suyo, don Benito Rebolledo Correa (1880-1964), gran pintor chileno, de rostro moreno y cabello ensortijado. Maestro del arte pictórico, semejante a Sorolla. Romera dice: "una fórmula que lo definiría, en forma perentoria, sería la del "realismo luminoso". Los retratos humanos, figuras de animales y las pequeñas naturalezas muertas, lo acercan al impresionismo.

Muy conocido principalmente por su porte elevado y la pipa, era el norteamericano don Santiago Spencer, agente de varias casas comerciales yanquis, cuyo retrato está muy bien trazado por don Desiderio Lizana: "Santiago Spencer, dueño de esta fosa es práctico cual buen americano y piensa destinarla a otra cosa ya que él no vendrá a ella tan temprano:

va a llenar con ansias una losa que digan que es agente soberano de yanqui y sin igual manufactura y “réclame” será su sepultura”.

Don Narciso Valdivieso, era un rico propietario de Miguel Claro y Román Díaz, pero nunca vivió en el barrio. Don Desiderio Lizana dice: “Aunque tiene don Narciso / para todos los suyos sepultura, / disponer de otra en Providencia quiso / de más nueva y sencilla arquitectura. / Su deseo el Alcalde satisfizo / Ordenando inscribirle esta lectura: “Sólo para Narciso Valdivieso / propietario entusiasta y de progreso”.

Por el lado norte, el del río Mapocho, tenía su casa y consultorio el doctor Carlos Schmidt, uno de los dos connotados galenos de esa época en Providencia, con mucha clientela y sumamente querido por su competencia profesional y bonhomía.

Entre Manuel Montt y Pedro de Valdivia, más o menos donde ahora está la calle Dr. Manuel Barros Borgoño, había un colegio en un edificio viejísimo de amplios corredores, regentado por los Hermanos de las Escuelas Cristianas, en el cual estuve muy poco tiempo, cuando era niño de seis años.

Poco más arriba estaba la Casa de Huérfanos, de la cual ya se habló. El templo lo construyó el arquitecto italiano, Eduardo Provasoli Pozzo'i (1847-1926), el mismo que edificó la Casa Matriz, la actual Ferretería Montero y la iglesia parroquial de Castro (Chiloé). Son todas construidas después de 1870. Los dos templos santiaguinos son de mucha airosidad y belleza arquitectónica, evocan los venecianos, de una sola nave. La Divina Providencia posee una cúpula elegante y su torre esbelta es espléndida y de un severo cla-

sicismo. Esta iglesia tiene para mí los más caros recuerdos, porque la frecuenté en la niñez y juventud, y el 19 de diciembre de 1937 ofrecí por vez primera, al día siguiente de haber recibido el orden sacerdotal, el Sacrificio Eucarístico.

El templo de Castro, íntegro de madera, se destaca por su singular belleza entre los del extremo sur de Chile.

Al frente, poco más arriba, estaba la Subcomisaría de Providencia, creada a fines de 1910 y puesta bajo la jefatura de mi padre, entonces un apuesto joven de 33 años que se entendía, maravillosamente, tanto con el potentado pelucón Ricardo Lyon Pérez, como con el regidor demócrata Bernardo Cristi, perteneciente a la izquierda política de entonces. El jefe policial de los "pacos azules" de ese tiempo, en el ejercicio de sus funciones, prescindía de la política criolla, y por su probidad y rectitud era querido y respetado por los hombres de todos los partidos y del vecindario; los pobres eran sus predilectos. El vigilaba la extensa comuna, montado sobre un brioso caballo, desde la avenida Seminario hasta el Canal San Carlos y desde la antigua avenida Bilbao hasta las laderas del cerro San Cristóbal, en las frías y rigurosas noches de invierno como en los días calcinados por el sol. Como hombre nacido en Tunca, hijo y nieto de agricultores, gustaba de los corceles reproductores, con brío y pujanza. Era un ágil caballero.

V

LOS TRANVIAS

Los únicos medios de locomoción que circulaban en los primeros años de la vida comunal de Providencia, eran los carruajes tirados por caballos, las carretas con bueyes y las cabalgaduras.

Desde 1890, corría por la avenida Providencia un carro de tracción animal, otro por la de Pedro de Valdivia o Población Providencia; éste partía desde la esquina de Pedro de Valdivia con Yrarrázaval y llegaba hasta la esquina de Providencia donde había una tornamesa. En 1910 circulaban aún los siguientes tranvías de sangre: Fábrica-Cousiño: Avda. Providencia esquina de Manuel Montt, seguía por Providencia hasta poco antes del camino Vitacura y regresaba en igual forma; transitaba cada diez minutos. En Manuel Montt esquina de Providencia existía otra línea que terminaba en la Avda. Yrarrázaval y regresaba por la misma vía, pasaba cada quince minutos, a las mismas horas que corrían los

tranvías eléctricos. La tercera línea iba de la Avda. Providencia esquina de Manuel Montt, hacia el oriente, entraba por Pedro de Valdivia y llegaba hasta Yrarrázaval, volvía en igual forma. En general casi todos estos tranvías pasaban cada diez minutos, desde las 6 de la mañana hasta las nueve de la noche; tenían primera y segunda clase. El dueño de estos últimos “carros”, como se les llamaba, era el millonario, don Fidel Oteiza.

Estos vehículos eran, según cuenta el historiador René León Echaíz, “un enorme carruaje pesado de dos pisos cuyo ruido ensordecedor turbaba la paz de toda la quieta y apacible región”. Alcancé a conocer estos “carritos” y también viajé en ellos entre los años 1920 y 1922, porque en ese tiempo todavía circulaba uno, quizás el último en Santiago, entre la Plaza Italia, hoy Baquedano, esquina de General Bustamante frente a la Estación de Pirque y seguía por esa calle hasta la avenida Bilbao, para terminar su recorrido en la avenida Pedro de Valdivia.

A fines del siglo pasado, 1890, comenzó a circular el Ferrocarril de Pirque, cuya estación estaba en la misma Plaza Italia, en los terrenos que fueron del Conde de Quinta Alegre. El tren llegaba a Puente Alto desde 1894, y más tarde hasta San José de Maipo. Durante largo tiempo fue jefe de la estación de Pirque, don Guillermo Valdés Martínez, quien con su mujer, doña Clementina González Aguirre, vivía en una casa ubicada en el segundo piso del mismo recinto ferroviario.

— Los tranvías eléctricos comenzaron a circular en Santiago en 1902; pero a la avenida Providencia llegaron poco antes de 1910. Entonces inició su recorrido el N^o 11, de co-

lor azul. Partían desde el Mercado Central y continuaban por Bandera, Compañía, Merced, Claras (hoy Enrique Mac-Iver), Alameda de las Delicias y avenida Providencia hasta la calle Manuel Montt, frente al almacén de abarrotes de Don Juan Terzago; regresaba por la misma avenida Providencia, Alameda, San Antonio y volvía al punto de partida. En 1931, hacía idéntico trayecto, porque en el paradero, frente al templo de San Francisco de la Cañada, encontré muchas veces al Rector del Seminario, Monseñor Juan Subercaseaux Errázuriz, quien, como yo, esperaba el tranvía para viajar a Providencia, y continuamente me preguntaba ¿y cuándo te vas al Seminario?

Desde 1920, parece que iniciaron su recorrido los tranvías N° 27, que salían desde la Plaza Italia y continuaban por Providencia; el terminal estaba en la Plaza de Los Leones. Tornaban por el mismo camino.

Probablemente, desde 1923, empezó a circular el tranvía N° 34, que venía desde la Estación Central, por la Alameda, pasaba por la Plaza Italia y seguía a Providencia para entrar por Pedro de Valdivia; terminaba el recorrido en la esquina de Yrarrázaval; era de color amarillo. Estos tranvías servían a una población que ya en 1912, fluctuaba entre los diez mil ochocientos ochenta y cinco habitantes (10.885). Tal era el auge que había experimentado la comuna de Providencia.

Los tranvías eléctricos tenían, fuera del conductor, que siempre era varón, mujeres cobradoras, encargadas de percibir el precio del pasaje. No olvidaré el atuendo de las cobradoras: vestían uniforme azul desvaído, semejante al de los antiguos "pacos", que consistía en falda y chaqueta; apenas cubrían su cabeza con un pequeño sombrero de hule negro

de copa cuadrada y ala redonda muy corta, que se colocaban ladeados para dejar coquetamente visible el moño, generalmente grande. Las figuras de estas simpáticas y pintorescas servidoras incitaban a la risa de los niños del barrio que nos burlábamos de ellas.

Algunos tranvías tenían imperial o segundo piso, al que se subía por una escalera de caracol; existían también carros abiertos semejantes a las góndolas, pero éstas sólo circulaban en el verano. Abajo el pasaje costaba diez centavos, mi madre lo encontraba muy caro, porque en su juventud, ella pagó una ficha colorada; en segunda clase o arriba, valía cinco centavos, de esos pequeñitos con algo de plata que circulaban entonces. Los niños, cuando podíamos ir solos al centro de Santiago o íbamos a buscar a nuestras hermanas al Liceo N^o 1, viajábamos en la imperial; ahorrábamos un cinco para comprar los diminutos libros de cuentos de Calleja o pasteles en el Casino del Portal.

La ficha colorada dio motivo a uno de esos tantos versificadores que abundaban en el país para componer una graciosa estrofa que escuchamos a nuestros padres y abuelos: "Allá va, ya va, / una ficha negra / y otra colorá, y / una conductora / que no vale na".

— Antes de que la avenida Providencia fuera pavimentada, tal vez entre los años de 1918 y 1921, época en que aún no circulaban en gran número los automóviles Ford, los únicos ruidos que se escuchaban en la apacible y silenciosa comuna eran los producidos por los tranvías y uno que otro coche, tirado por caballos, en los cuales transitaban los dueños de los fundos de Vitacura, Las Condes y Apoquindo que iban a la ciudad y luego regresaban; se oía también el bronco golpe

de las herraduras de los rocines que montaban administradores, mayordomos y otros guasos de esos predios, con sus vistosos atuendos típicos, cuando viajaban de ida y vuelta del campo a la capital.

Aquí conviene recordar que, desde la Estación de Pirque, en la actual Plaza Baquedano, donde comienza ahora la avenida General Bustamante, entonces avenida Las Quintas, salía un tren de trocha ancha que se introducía a los tajamares del Mapocho, por un socavón y continuaba en medio del río por terraplén y llegaba a la Fábrica de Cerveza, más allá de Los Leones. Los carros conducían la cebada y sacaban la cerveza.

Las cobradoras se bajaban de los tranvías en la Plaza Italia o Baquedano, para mirar si venía el tren hacia los tajamares. En una ocasión la máquina del ferrocarril embistió contra el tranvía N^o 11 y produjo un accidente que causó numerosos heridos.

VI

VISION DE PROVIDENCIA

—Providencia, entre los años 1910 y 1920, era una agreste y solitaria aldehuela, sin alcantarillado, con sus calles silenciosas, alumbradas a principios del siglo, por una mortecina llama de gas, mucho después se instaló la luz eléctrica, tal vez en 1918, porque recuerdo haber visto, cuando niño, al empleado de nuestra casa, encender las lámparas de gas, provisto de una caña con mecha en la punta.

La avenida y sus callejones adyacentes eran polvorientos en el estío y fangosos, casi intransitables en el invierno. Fuera de los ruidos que producen los carruajes, los tranvías y los golpes de las herraduras de los caballos, la algarabía de los niños que salíamos del Liceo Lastarria, a las 11.30 de la mañana y a las 4 de la tarde, rompía el sosiego campesino de Providencia; también solían perturbar la paz de la comuna los gritos monótonos de los vendedores ambulantes y de los árabes, vulgarmente motejados de “turcos”, que pasaban con

unos grandes carros de cuatro ruedas; éstos eran verdaderas paqueterías ambulantes, vehículos de mano, conducidos por los mismos comerciantes, quienes voceaban sus mercaderías al grito de “tuto corenta”, “todo a cuarenta”; en la noche, más o menos a las 9, se escuchaba el chillido de los tortilleros: “tortillas güenas calentitas”.

Lluvias interminables, como no recuerdo otras en el curso de mi vida, ya muy larga, produjeron en el invierno de 1912, una grande avenida; los tajamares no pudieron detener el impetuoso avance de las aguas del Mapocho que se desbordó. El puente del Arzobispo, aunque era muy firme, estuvo en serio peligro, la avenida Providencia quedó convertida en otro brazo del río. Una noche fue tan serio el peligro de que el torrente entrara por el subterráneo de nuestra casa, que mis padres se prepararon para huir con sus cinco pequeños hijos, si así acontecía. Han pasado 68 años, y recuerdo perfectamente el pavor que nos invadió en aquella lúgubre noche de lluvia torrencial. Mientras esperábamos, con las valijas arregladas, para trasladarnos al hogar de nuestra abuela paterna, mi madre con su entereza peculiar, se encomendaba a la Virgen del Carmen y atisbaba por una de las ventanas, la llegada de mi padre para sacarnos de allí. El, sobre su cabalgadura, en pleno temporal, como jefe de la Policía, vigilaba el torrente y calmaba a la aterrada población. Los niños tiritábamos de miedo, ante la amenaza de que se inundara el subterráneo, felizmente cesó la lluvia y el peligro pasó.

En la época de la Colonia estas inundaciones eran más frecuentes, el Padre Alonso de Ovalle al hacer mención del río Mapocho, recuerda esas salidas de madre: “Por la banda del norte baña a esta ciudad un alegre y apacible río, que lo

es mientras no se enoja, como lo hace algunos años, cuando el invierno es muy riguroso y llueve, como suele, porfiadamente, cuatro, ocho y tal vez doce y trece días sin cesar; que en estas ocasiones ha acontecido salir por la ciudad y hacer en ella muy grande daño, llevándose muchas casas, de que aún se ven hoy las ruinas en algunas partes. Para esto han fabricado por aquella banda una fuerte mural'a o tajamar donde, quebrando su furia el río, echa por otro lado y deja libre la ciudad" (1).

— Los tajamares eran unos inmensos bloques de cal y ladrillo que comenzaban poco más al poniente en la Plaza Baquedano, actual Parque Forestal, y terminaban frente al callejón de Azolas (calle José Manuel Infante).

— Los santiaguinos, que tan poco saben de la historia de su ciudad, no hace mucho pudieron apreciar la magnitud de los tajamares, cuando vieron algunos trozos de esta gigantesca obra de albañilería, en las excavaciones que se hicieron en Providencia, para la instalación del Ferrocarril subterráneo o Metropolitano.

Tanto gustaron a los moradores de la capital estos tajamares que, poco después de terminados, a fines del siglo XVIII y comienzos del XIX, los convirtieron en el paseo de moda. Allí en las tardes primaverales y veraniegas, con el blanco telón de fondo de la montaña, se daba cita la juventud de ambos sexos con elegantes atuendos. Entre tanto las señoras y los caballeros pelucones lucían sus mejores galas y vigilaban a la muchachada desde sus suntuosos carruajes.

Con el tiempo, quizás entre los años 1912 y 1915, se

(1) "Histórica Relación del Reino de Chile". Lib. V. Cap. II.

colocó a los tajamares un rejal en forma de nicho. Don Desiderio Lizana Droguett, poeta, folklorista y Notario Público de Santiago, antiguo morador de Providencia, dedicó un nicho a cada vecino; los primeros versos los recogió en un folleto en 1917, y otros quedaron inéditos, uno de éstos decía: “Un jovencito de nariz borbónica / alegre, inteligente y vivaracho / pintó en un nicho la figura irónica / de un comisario jineteando un macho / y por inscripción le puso: / La pesquisa es la mula de más brío / Hay que domarla, agárresele tío” (2).

Muchas veces transitamos por esos tajamares, primero con José Tomás Alcalde Fabres, vecino del callejón de Azolas, en 1916 y 1917, y en 1918, con mi hermano Sergio, hoy Coronel de Sanidad (R), cuando íbamos camino hacia el viejo y añorado Seminario de los Santos Angeles Custodios.

— Los primeros negocios de la despoblada Providencia colonial fueron los molinos de los Infantes, en la esquina del callejón de Azolas, y el de Domingo Costa, que parece haber estado en Bella-Vista; pero entonces la comuna se extendía hasta la otra ribera del Mapocho. Más tarde se instalaron

(2) El Comisario de Investigaciones era mi padre, Fidel Araneda Luco (1878-1953). En aquel tiempo (1917), acababan de ser exonerados de la jefatura de la antigua Sección de Seguridad, el subprefecto de Investigaciones, Eugenio Castro Ruiz y el Comisario de Investigaciones, Aurelio Valladares. Fueron designados para reorganizar la Sección Seguridad, don Carlos Dinator, capitán de Ejército (R), en calidad de subprefecto, y mi padre, que era comisario de la 2ª Comisaría (Plazuela de San Isidro), de Comisario; ambos de la absoluta confianza del Prefecto, Coronel de Ejército, Rafael Toledo Tagle y del Intendente de Santiago, Pablo Urzúa.

El jovencito era Ramón Ricardo Bravo y Bravo (1895-1949), poeta y periodista, que moraba en nuestro hogar desde muy niño; era sobrino de mi madre.

otros y en los primeros años del siglo actual, cuando aumentó la población y comenzaron a circular los tranvías, el comercio tuvo mayor auge.

Frente a la calle Román Díaz, donde el río se desviaba más hacia el norte se estableció la Fábrica de Tubos de Cemento, de los hermanos españoles, Luis y Rafael Grau; detrás de ella había terrenos baldíos en los cuales, como antiguo lecho del río, abundaba la greda. Muy próxima a esta fábrica de los Grau, había otra de velas de esperma, cuyo propietario era un señor de apellido Maino. A Don Rafael Grau dedicó don Desiderio Lizana esta estrofa: “Rafael Grau no quedó contento / con el nicho que le hizo la Alcaldía / Seis columnas de tubos de cemento / dijo que iba a agregarle cualquier día... / Verá la población providenciana / Cuánto vale la industria catalana”. Los hijos y nietos de los hermanos Grau han continuado con la fábrica que actualmente está en la Avda. Vicuña Mackenna.

Allí, detrás de las fábricas de Grau y Maino, solíamos ir los niños a hacer bolitas y figuras de arcilla; algunas veces íbamos con los vecinos inmediatos de nuestra misma edad, los Silva Urzúa, que ocuparon en 1913, la casa de la esquina de Román Díaz, cuando nosotros nos trasladamos a la grande, contigua a aquella en la misma avenida Providencia. En una ocasión, mientras jugábamos con los carros de fierro, en que los obreros conducían las piedras extraídas del Mapocho, mi hermano Sergio se clavó en una mano el garfio que unía los carritos. Al verlo sangrando, salí despavorido, atravesé la avenida y a grito pelado le dije a mis padres: ¡Sergio se murió! Tal aviso, atolondrado, causó la muerte de otro hermano que iba a nacer pocos meses después. La “mama” de

los Silva Urzúa, a cuyo cuidado estábamos, lavó la herida en las aguas turbias del Mapocho, y la gangrena tuvo al futuro médico cirujano a las puertas de la muerte. Esto sucedió probablemente a fines de 1915, o en los primeros meses de 1916.

— El comercio de Providencia era, entonces, muy exiguo, abundaban, como se dijo, los buhoneros o faltos, así llamados en Chile, que vendían géneros o telas, como hoy ocurre en los campos despoblados. Negocios de menestras en 1903, ya existían varios: los de N. Cabrera, L. Contreras, J. Gaviola, P. Gutiérrez, D. Leiva, E. Muñoz, A. Paz, A. Rodríguez, E. Toro, P. Troncoso, J. Valenzuela y J. del C. Vicencio. Tampoco faltaban las carnicerías, en ese mismo tiempo expendían este artículo: E. Calderón, T. Guzmán, P. Montecino, A. Vidal, y posteriormente, don Manuel Orellana. Tiendas, como se dice aquí, donde se vende géneros, telas y otras cosas semejantes, había una muy primitiva de un palestino que castellanizó su apellido y se apodaba “el turco Ramos”; estaba ubicada entre las calles Manuel Montt y Antonio Varas, aproximadamente donde ahora está la calle Manuel Barros Borgoño. Había un depósito de madera, de Tadeo Calderón; una fábrica de ladrillos, de Esteban Bellini y una hojalatería, de Manuel Salazar. Todos estos negocios quedaban ubicados más al oriente de la avenida Román Díaz, por ambas aceras, porque por la ribera del Mapocho, fuera de las fábricas, ya recordadas, de tubos de cemento y de velas de esperma, sólo estaba la de levadura de la familia Viviani Contreras, frente a la calle Miguel Claro. Entre las calles Seminario y Manuel Montt, por ambos lados, no existían más negocios que los ya mencionados. Después,

quizás en el año 1922, se instaló una Agencia de “El Mercurio”, en la avenida Providencia, antes de llegar a Manuel Montt. Allí fui en busca del ejemplar de “Las Últimas Noticias”, en la tarde del 20 de julio de 1923, cuando apareció mi primer artículo sobre el 10º Aniversario del Liceo José Victorino Lastarria, donde estudiaba el 4º año de humanidades. Estuve en la Agencia una hora antes que llegara el diario. El artículo no me atreví a firmarlo, pues lo consideré pésimo, lo subscribí bajo el nombre de “Un Alumno del 4º Año A”. Al ver el “artículo” en la página de redacción, salté de gusto; nunca hasta entonces, sentí mayor alegría. Ufano y orgulloso, corrí con el vespertino adonde mis padres, quienes compartieron la felicidad del primogénito y me estimularon la vocación literaria. Quien estaba también muy contento era el buen Rector del Liceo Lastarria, don Tomás Guevara, acucioso y culto etnólogo del cual tendré ocasión de hablar largamente en el capítulo dedicado al colegio. Me congratularon también los inolvidables maestros: Pbro. José Agustín Erazo, Juan Durán y Gabriel Amunátegui Jordán. Después he recibido muchos e inmerecidos honores, con los que nunca soñé, más ninguno logró darme tanta satisfacción como cuando vi publicado el primer artículo.

Por esa misma acera sur y en esos alrededores se puso poco después la Farmacia Rojas.

Poco más allá de la calle Manuel Montt estaba la carnicería de don Manuel Orellana y muy cerca de ésta la única panadería de que tengo memoria en el barrio.

En la acera norte, desde la fábrica de levadura hasta frente a la avenida Manuel Montt, sólo existían casas de ha-

bitación como la muy amplia de don Sandalio Ubilla y el Club de Providencia.

Esta institución social la fundó el doctor Luis A. Solís Varela. En ella se efectuaban todas las reuniones políticas y sociales de la comuna. Era una casona muy amplia y en buen estado de conservación. Mi padre, autoridad policial del barrio, jamás concurría: en parte por su temperamento retraído, poco comunicativo, quizás heredado de su abuela doña Antonia Silva Araneda, y también para permanecer al margen de los peligrosos corrillos del vecindario: Providencia era entonces un verdadero pueblo chico, aunque felizmente nunca recuerdo el barrio como infierno grande. Allí todos se conocían. El jefe de Policía, enviaba en representación suya a su sobrino político, el periodista y poeta, Ramón Ricardo Bravo y Bravo, el mismo jovencito de “nariz borbónica, alegre, inteligente y vivaracho” que tan acertadamente definió don Desiderio Lizana en “Los Nichos”. Aquél con su jocosidad característica y atávica, se divertía en las reuniones sociales y pronunciaba siempre el mismo discurso en nombre de su tío, el subcomisario, palabras que comenzaban con la consabida frase: “vengo en representación señores de la más alta autoridad local...”. Por cierto que él era el primero en ridiculizar su oratoria cuando refería en nuestro hogar lo sucedido en esas vinolentas reuniones del Club. Mi padre, después de escucharlo con su circunspección y tras una leve sonrisa, le decía ¡Cuidado, cuidado, don Rica!

Frente a Manuel Montt estaba la Librería y Cigarrería del español, don Manuel Chico, que por rara coincidencia era también de porte diminuto y enteco, quizás por lo mismo, el vecindario y los niños le llamaban “don Angel Chico”.

Allí íbamos diariamente a leer gratis la prensa desde 1922, cuando ya no le mandaban los diarios y revistas a mi padre, porque había jubilado y sólo compraba "El Mercurio"; también adquiríamos en la librería los útiles de escritorio y los primeros cuentos de Calleja. En 1903, ya existía en el barrio, pero ignoro donde, la Cigarrería de Amador Toledo.

— En la misma avenida Manuel Montt, que era el punto céntrico de la comuna, había extensas casas quintas, uno de los primeros vecinos fue el dentista Waldo Palma, quien más tarde se convirtió en connotado personaje en la segunda administración de Arturo Alessandri Palma (1868-1950). Era Director General de Investigaciones. Su fealdad mayúscula o "magnífica", como habría dicho Augusto Orrego Luco (1848-1933), al par que la simpatía y especial gracejo, le convirtieron en uno de los hombres célebres de Providencia. Junto a la casa de la familia Palma, tenía la suya el poeta y maestro Carlos Mondaca Cortés, serenense (1881-1928), su mujer doña Isabel Kirman, de quien hablaré al tratar de la Escuela de niñas que ella regentaba; los esposos Mondaca-Kirman, tenían dos hijos, un hombre y una niña: Carlos y Virginia. Esta falleció, pero su hermano vive y somos amigos desde los ya lejanos años de la infancia; es abogado de prestigio, formó parte del Grupo tan famoso de "Los Cuatro Guasos" y trabajó también con éxito como actor de cine. Don Carlos Mondaca Cortés, poeta neorromántico, sentimental autor de dos libros, figura al lado de Diego Dublé Urrutia, Luis Felipe Contardo y otros, entre los primeros líricos de la generación de 1900. Profesor de Castellano y Literatura titulado en el Instituto Pedagógico, se estrenó como poeta en el "Ateneo de Santiago", fundado por Samuel A. Lillo

(1870-1958), fue Pro-Rector de la Universidad de Chile, Rector del Instituto Nacional en cuyo cargo lo sorprendió la muerte a los 47 años. Por su carácter retraído y bondadoso fue muy querido en el barrio, y por sus numerosos discípulos. Cerca del hogar de los Mondaca está todavía el “chalet” de don Juan Baglietto, al cual don Desiderio Lizana, en sus “Nichos”, dedicó esta estrofa: “Esa que el arquitecto tanto adorna, / modelo del más puro arte toscano, / es de don Juan Baglietto, ciudadano / de la patria de Dante y de Cardona”/.

Poco antes de llegar a la calle Pérez de Valenzuela, casi al lado de la librería de don Manuel Chico, estaba la agencia “El Gallo” en la que los pobres y obreros del barrio empeñaban sus enseres, y en la misma esquina norponiente, Pérez Valenzuela, tenía un surtido almacén de abarrotes y menestras, el italiano don Juan Terzago. En la esquina nororiente de la calle Pérez de Valenzuela, donde la acera se elevaba a poco más de un metro y medio del nivel de la avenida Providencia, tenía su botica y casa habitación don Enrique Vicuña Pacheco; la altura de la acera se mantenía hasta la vecina calle de San Gabriel. Don Enrique Vicuña había instalado su negocio quizás a fines del siglo XIX, porque en una Guía de Santiago de 1903, figura como la única botica de la comuna. Este caballero fue regidor del Municipio en varios períodos y el ya tan mentado don Desiderio Lizana, lo inmortalizó en “Los Nichos”: “Aqueila cuya mezcla aún no fragua / es de Enrique Vicuña / que se lamenta, grita y se enfurruña / porque no se le ha puesto llave de agua... / con su porfía claramente indica / que aquí piensa seguir con la botica”. Este boticario, como se motejaba al buen don Enrique, amaba tanto su negocio y el sitio en que lo tenía funda-

do, poco después de la creación de la comuna, que el poeta Lizana jocosamente le dice que con su "porfía" pensaba instalar la Botica en un nicho de los tajamares, cuya dimensión era de quince centímetros cuadrados más o menos. Casi al lado, en el mismo altillo, tenía su hogar y consultorio, el dentista don David Villaseca, respetable profesional que se distinguía por el uso permanente de una impecable corbata blanca larga y por su ceño adusto. Tan serio era don David que los muchachos de la comuna, agrupados en la esquina sur-oriente de Manuel Montt, apenas se atrevían a dirigir lánguidas miradas a sus agraciadas hijas que vivían como verdaderas monjas de riguroso claustro; se solían ver cuando iban al Colegio de la Compañía de María.

A propósito de muchachos del barrio, éstos eran muy celosos y se creían los dueños de Providencia, porque cualquier forastero que llegaba padecía con sus bromas pesadas y no pocas veces hasta debía soportar las bofetadas. Los grupos que se formaban en la esquina de Manuel Montt eran temibles, constituían verdaderas pandillas integradas por los jóvenes de todas las clases sociales de la comuna.

Por el mismo costado norte estaba la Curtiduría y Zapatería de Alicides Magnere, que con el tiempo este industrial dividió para entregar, una a su hijo Augusto y otra, a Enrique. Ambos cantaban muy bien; don Desiderio Lizana les recordó sus dotes artísticas: "Dos sepulturas grandes, casi iguales / los hermanos Magnere solicitaron; / y de la Marsellesa a los triunfales / acordes los trabajos empezaron; / los artistas y nobles industriales / de suela y marroquí las tapizaron; / por fuera las dejaron a la rústica / creyendo así obtener mejor acústica".

Al terminar la primera cuadra de la calle Román Díaz, a los pies de nuestra residencia, estaba la única lechería del barrio, propiedad de mis padres. Había allí un canal donde iban a parar la bosta y todos los desperdicios del establo.

En 1903, según la Guía de Santiago, existía en Providencia un Hotel, cuyo dueño era el señor Manuel Ayala, establecimiento que no recuerdo haber conocido.

VII

ALGUNAS INSTITUCIONES Y OTROS VECINOS

Quien contemple la comuna de Providencia hoy, con todas sus avenidas y calles pavimentadas, altos edificios, rascacielos, parques, grandes y macizos puentes sobre el Mapocho canalizado, Ferrocarril Metropolitano y pujante comercio, no tiene idea de lo que era la avenida y sus calles adyacentes, no digo a fines del siglo pasado, sino aún en 1918: un camino de campo que conducía a Las Condes y Apoquindo, con árboles centenarios a ambos lados que proyectaban sombra apacible y bienhechora en los veranos. En el estío los carruajes y cabalgaduras levantaban nubes de polvo y en el invierno, Providencia y todas las calles eran barrosas e intransitables, las buenas aceras eran poquísimas. Las casas del vecindario, ya se dijo, se reducían a las quintas o parcelas, como las llaman ahora, y en 1918, se contaban con los dedos

las ubicadas, entre el Colegio de la Compañía de María y la del fundo de don Ricardo Lyon. Las primeras moradas de Providencia, por el lado sur, eran las Religiosas y las alumnas internas de la Compañía de María o Buena Enseñanza; después venían los profesores y alumnos del Seminario de los Santos Angeles Custodios, colegios a los cuales me referiré en los últimos capítulos, al recordar los establecimientos educativos de la comuna; en seguida habitaban su casona, las Religiosas de la Providencia en la Matriz, con su fundadora, por largos años Superiora General, la canadiense Bernarda Morin (1832-1929), apostólica, inteligente y visionaria.

Las Religiosas de la Providencia del Canadá, llegaron fortuitamente a Valparaíso el 17 de junio de 1853, y el Arzobispo, Rafael Valentín Valdivieso, figura de primera importancia en la antigua Iglesia de Chile, el 29 de octubre del mismo año, aprobó su establecimiento en el país. Para que las Religiosas realizaran su labor apostólica, la Beneficencia compró, en noviembre de 1854, la chacra de Pedro Chacón Morales, de 67 cuadras, que ya mencioné, en la cantidad de sesenta y un mil pesos (\$ 61.000.—). En las viejas casas de la hacienda de Chacón se hospedaron, provisoriamente, las hermanas que luego comenzaron a regentar el Asilo de Huérfanos. En 1885, se construyó un magnífico edificio de 260 metros de frente por 400 de fondo. Tenía en el interior, por lo menos, treinta patios, los que alcancé a conocer en mi niñez cuando era superiora de la casa, Sor María Cecilia Barros Araneda (1871-1927), prima hermana de mi abuelo Fidel (1). La pro-

(1) Sor María Cecilia era hija de José Manuel Barros Valdés y de Filomena Araneda Avaria, hermana de mi bisabuelo, Isaías. Sor Dolores Barros Araneda, hermana de la anterior, era también religiosa de la Providencia y murió muy anciana en la Casa Matriz.

piedad se conoció desde entonces con el nombre de “Chacra de la Providencia”; se proyectó también levantar un manicomio en el fondo del extenso predio. Se erigió la Iglesia de estilo romano-veneciano, de la que ya se trató, verdadero monumento artístico en la agreste soledad del camino de Las Condes, que estuvo a punto de ser derribada por la “picota” criolla.

En 1890, se inició la construcción de un nuevo edificio para los Talleres de la Casa de Huérfanos. Se edificó con cincuenta mil pesos (\$ 50.000.—) que obtuvo del Gobierno, el administrador de la Casa, Joaquín Valledor. Se instalaron los talleres de zapatería, carpintería y sastrería, trabajos que hacían los asilados. Poco tiempo después se hicieron cargo de estos talleres y del cuidado de esa parte de la Casa de Huérfanos, los Padres Escolapios. Uno de estos sacerdotes, el Padre Mariano, se hizo famoso, y la calle que está al frente, en la acera norte, lleva su nombre. En 1896, la Providencia hospedaba 1286 huérfanos. Como la chacra era inmensa, en 1894, el arquitecto Carlos Barrohilet, comenzó, en la parte que hoy es la avenida Antonio Varas próxima a Francisco Bilbao, la construcción de esa Casa de Orates que se mencionó. Se levantaron varios pabellones, pero por falta de fondos, se entregó al Ejército. Allí hay actualmente regimientos y servicios castrenses.

Las religiosas dejaron la Casa de Huérfanos en 1941, y ahora los niños están a cargo de la Beneficencia. El antiguo edificio se redujo a la actual Casa parroquial de la Divina Providencia. El templo es el mismo que edificó Provazoli y del cual ya se habló.

Las Religiosas de la Providencia se distribuyeron en las

diversas casas del país; en la avenida, que a ellas debe su nombre, quedó solamente la Casa Matriz. La iglesia fue construida quizás después de 1885, porque este último año, el ingeniero Elías Márquez de la Plata, había edificado mucha parte de la Casa Matriz. El historiador de la Congregación y biógrafo de Sor Bernarda Morin, Pbro. Francisco Donoso González, escribe: "Los trabajos continuaron con lentitud; pero don José Manuel Balmaceda, que como Ministro de lo Interior, había favorecido esta obra durante su Presidencia, se empeñó, generosamente, en concluir la casa y la iglesia" (2). El arquitecto que hizo el templo fue el mismo que edificó el de la Casa de Huérfanos, Eduardo Provazoli, también de forma arquitectónica romano-veneciana.

En el amplio apartamento destinado al capellán de la Casa Matriz, vivieron durante largos años, dos capellanes que eran hombres de letras: el Pbro. Manuel Antonio Román (1858-1920), y el Pbro. Francisco Donoso González (1894-1969). El primero se destacó como humanista, académico de la lengua, versado en estas disciplinas; canónigo de la Iglesia Catedral de Santiago y vicario general del Arzobispado. Román, es autor del "Diccionario de Chilenismos", hasta hoy no superado, y ha sido el único sacerdote nuestro que fue vicario general de tres arzobispos: Mariano Casanova (1887-1908), Juan Ignacio González Eyzaguirre (1908-1918) y Crescente Errázuriz Valdivieso (1918-1931), en cuyo episcopado el canónigo y hablista falleció. Don Desiderio Lizana, en sus "Nichos de Providencia", dedica al "Diccionario de Chilenismos", la siguiente estrofa: "¡Es la vida de la eterna prólo-

(2) Francisco Donoso G. "Bernarda Morin. Su Vida y su Personalidad". T. II. Santiago de Chile. 1953. Pág. 256.

go! / ¡Todo va de la fosa a los abismos! / Ya vendrá a dar en estos nichos mismos / el ilustre académico y filólogo! / Pero no morirán sus chilenismos!". El verso resultó profético, los chilenismos de Román, perduran; es una obra clásica en su género e inencontrable. El capellán que sucedió al lingüista fue el poeta Francisco Donoso González, profesor del Seminario de Santiago, crítico literario, ensayista, Director de "La Revista Católica", biógrafo, académico de la lengua y canónigo honorario de la Catedral.

— Las religiosas de la Providencia, establecieron en la calle Condell, a cortos metros de la avenida Providencia, la Imprenta de San José, a fines del siglo pasado, que aún mantienen. Allí se imprimió el "Diccionario de Chilenismos" de Manuel A. Román, y se editó, hasta hace poco, la "Revista Católica", la más antigua de Chile, fundada en 1843.

— El Hospital del Salvador, comenzó a funcionar en 1889, en los terrenos de la antigua calle Baraínca, esquina de Providencia. Entonces había sólo unas cuantas salas en medio de un frondoso parque cuyo frontis estaba en la avenida Providencia. Los pabellones, ubicados hacia el oriente, se iniciaron en 1891, bajo la dirección del vecino, José Manuel Infante Montt. El 7 de diciembre de 1871, el Presidente Federico Errázuriz Zañartu (1825-1877), ordenó construir dos hospitales: el del Salvador, al oriente de la capital y el de San Vicente de Paul, en la parte norte; este último se inauguró primero, en 1875. El Hospital del Salvador vino a dar grande importancia urbanística al barrio. El establecimiento asistencial lo administraba don Miguel Felipe del Fierro.

Dentro del recinto hospitalario tenía su casa la partera,

doña Sara Otamendi, que vio nacer a varias generaciones de providencianos. —

Hace medio siglo, el centro, el corazón de la comuna de Providencia, era la esquina surponiente de la avenida Manuel Montt, ya muy poblada. Allí estaba el Teatro, en la acera oriente. En la esquina, a unos metros del Cine, se reunía a hacer tertulia en las tardes de primavera y verano, la juventud del barrio, que como ya hemos dicho era muy cerrada, rechazaba a toda persona extraña a la comuna.

Frente a la sala de espectáculos, tuvo durante mucho tiempo, su casaquinta el Intendente de Santiago, don Pablo Aurelio Urzúa Vergara (1854-1918), talquino, de filiación política nacional o monttvarista. Don Pablo, había sido regidor y Primer Alcalde de Santiago, en 1900; en estos cargos contribuyó, grandemente, al progreso de la urbe metropolitana, lo que movió a su correligionario, el Presidente Pedro Montt y Montt, para nombrarlo Intendente de la capital en 1908, funciones que desempeñó con eficiencia, bondad y honradez. Estableció el Paseo de los Huerfanitos, un día al año, el 21 de septiembre. Los choferes de los automóviles de alquiler paseaban por Santiago, a las niñas y a los niños hospedados en la Casa de Huérfanos, llamada después Casa Nacional del Niño. Ese día era de grande alegría en Providencia: todo el vecindario salía a la calle para presenciar el paso de la caravana infantil que agitaba al aire banderas patrias y globos multicolores. Don Pablo Urzúa, gravemente enfermo, dejó la Intendencia en noviembre de 1918 y falleció al mes siguiente, pero en esa época ya no residía en el barrio. El Intendente Urzúa, era un varón de figura venerable y atrayente, de cabello cano, bigote y barba mosca, encanecidas.

A los 64 años, aparentaba ser un anciano octogenario. Entonces la Policía, en cierto modo, dependía de la Intendencia y mi padre era funcionario de la absoluta confianza del Mandatario de la provincia.

Por allí mismo, casi al lado del teatro, vivió un tiempo don Francisco Tagle Ruiz-Tagle, su mujer, doña Carmela Santelices Torres y sus hijos: José Antonio y Eugenio, quienes después trasladaron su residencia hacia el sur de la misma avenida, cerca de Bilbao y de la quinta veraniega del ingeniero y respetable hombre público, don Francisco Mardones Oteíza, Ministro del Presidente Arturo Alessandri Palma. El Sr. Mardones, esposo de doña Berta Restat, deió numerosa familia, entre sus hijos se destaca, Jorge, médico y sabio investigador que también fue Ministro de Estado y ocupó la Presidencia de la Academia de Ciencias Físicas, en el Instituto de Chile, que ejerció con mucho talento y valentía.

Los hijos de don Pancho Tagle, eran de carácter muy distinto: Antonio, grave y serio, estudiante ejemplar del Liceo José V. Lastarria, y Eugenio, alegre y chispeante, fue mi compañero en el mismo establecimiento y nos juntábamos para hacer novillos o "la cimarra", en los faldeos del Cerro San Cristóbal; después fue cadete de la Escuela Militar y subteniente en 1927. Falleció trágicamente, dos años más tarde, en el Norte. Eugenio, era de porte gallardo y actitudes donjuanescas, en Providencia, casi todas las niñas se prendaban ante sus requiebros.

En la misma acera del Teatro Providencia, en la esquina de la calle Valenzuela Castillo, tenían una quinta los Padres Dominicos del Convento de Santo Domingo, esquina de 21

de Mayo, y allí edificaron una modesta capilla en la que, cuando venía a Santiago, nuestro doble tío abuelo, Fr. José Miguel Luco Avaria (1845-1921), celebraba misa y en seguida pasaba a desayunar opíparamente en casa del francés don Julio Duplaquet, casado con doña Elcira Cordovez Aguirre, quienes moraban frente a la propiedad de los Religiosos Predicadores, en la avenida Manuel Montt; es una de las pocas casas quintas que se conservan actualmente.

VIII

TEATRO PROVIDENCIA

Entre los años 1923 y 1924, el Teatro Providencia fue entregado en arriendo a Ramón Ricardo Bravo, que entendía tanto de cine, como yo de química, y por cierto, el negocio fue un fracaso. Nosotros, los primos hermanos del empresario, teníamos entrada gratuita. En aquella época del auge del piano, era costumbre que mientras se pasaba la película muda, alguien ejecutaba música al piano; generalmente, lo hacía una señora del barrio y cuando ésta faltaba, Ramón Ricardo, que tenía muy buen humor, recurría a la primera persona de buena voluntad que encontraba, pero ésta no siempre era competente o tocaba de oído y entonces los espectadores protestaban con estruendosas rechiflas. Con alguna frecuencia, el improvisado empresario, contrataba un buen payaso, pero en cierta ocasión éste falló y Ramón Ricardo, en el paroxismo de su desesperación, nervioso, salió a la calle, detuvo a un buen vecino con cara de payaso, lo contrató y lo hizo su-

bir al escenario. El público celebraba los chistes de puro malos y el primero en lanzar carcajadas era el empresario, sus parientes y amigos.

Ramón Ricardo Bravo, en vista de la estrepitosa ruina, decidió dejar el negocio de cine. Poco después tomó en arriendo el Teatro, el conocido empresario cinematográfico, don José Berio Vianni, de nacionalidad italiana, quien con su bondad, simpatía, gracejo y don de gentes, supo crear, alrededor de la sala de espectáculos, un verdadero centro social para la juventud del barrio. Se exhibían las mejores cintas cinematográficas y frecuentemente, eran alternadas con otras diversiones. Concurría a las funciones la gente joven de ambos sexos que aprovechaban para sus amoríos y “pololeos” criollos. No pocos vecinos teníamos talonarios de abonos, con los cuales se abarataba mucho la entrada. La película muchas veces carecía de importancia, lo principal era la tertulia, durante los entreactos, en el pórtico y en la acera del teatro; de ella salían las fiestas en los hogares, la Academia Literaria, “Aberto B'est Gana”, la revista “Minerva”, editada a máquina, el “Semanario de Providencia” y los “Juegos Florales”, que en la primavera de cada año, animaban la vida, todavía semicolonial, de la comuna.

— Por los años 1927 y 1931, el teatro Providencia fue el centro de mayor atracción del barrio.

Don José Berio, entusiasta empresario, se encariñó con Providencia y organizó los Juegos Florales. Para realizarlos nombró una comisión integrada por los entonces populares jóvenes del barrio: Alejandro García Lartundo, Adolfo Ovalle Bricba y el autor de estas “Crónicas”; Mantenedor designó al inefable y bondadoso Alfonso Cahan, muerto no

hace mucho, en aquel tiempo “galán y poeta de tupé piramidal”, como rezan unas versos que circulaban entonces y cuyo autor, ahora, no recuerdo. Esas estrofas estaban dedicadas a algunos vecinos, en especial a los que actuábamos en los Juegos. Una de ellas decía más o menos así: “Es Adolfo Ovalle un chiquillo encantador / moreno de ojos verdes y con un autito Ford / que es motivo de peleas entre él y José Tomás / pues los dos hermanos son todo nerviosidad”. Este “autito” lo hacíamos sonar por la avenida y calles de la comuna, especialmente en los días de Los Juegos Florales cuando recorríamos las casas de las candidatas a damas de honor para que sus padres les permitieran integrar la Corte de la Reina. Otros versos retrataban a quien escribe este libro, pero los omito para evitar el narcisismo.

Entre las jóvenes providencianas, por medio del voto que se adhería al billete de entrada a la función, elegíase un grupo o Corte de Honor, formada por diez o doce de las que obtenían mayor número de sufragios. Los muchachos hacían propaganda electoral en favor de sus predilectas, que ellos consideraban las más hermosas y agraciadas, lo cual no siempre coincidía con la realidad. Algunos compraban billetes de entradas y los obsequiaban con el objeto de favorecer a sus preferidas.

Todos los moradores de Providencia se preocupaban de la elección de la Corte; los escrutinios parciales se proyectaban en la pantalla ante la expectación de los asistentes y después se colocaban en el atrio del teatro.

Apenas se vislumbraba quienes serían las posibles integrantes de la Corte de Honor, entre las que se elegiría la Reina, la Comisión Organizadora de los Juegos Florales, vi-

sitaba a los padres de las niñas favorecidas con la mayoría de los votos, con el objeto de obtener su venia para que formaran parte de la Corte. Entonces, generalmente, los padres cuidaban todavía a sus hijas; no les permitían salir a cualquier parte ni con personas desconocidas; los padres, en aquel tiempo, eran caballeros muy severos y ejercían sobre sus hijas un dominio riguroso; los desenfrenos o escándalos sociales hace medio siglo eran muy escasos, hubo uno en Apoquindo más o menos en esa época, y causó un revuelo enorme. A pesar de tanta "estrictez" nunca negaron permiso a sus hijas para participar en los Juegos Florales y en los actos que se efectuaban, porque estos certámenes gozaban de mucho prestigio y la comisión organizadora merecía el más absoluto respeto de los rigurosos papás providencianos: entre éstos había algunos muy exagerados como mi padre y los señores Miguel Estol, de nacionalidad uruguaya, casado con doña Filomena Mery Peñafiel, vecino de Los Leones, y el dentista don David Villaseca. Mi padre, por ejemplo, no permitía que sus hijas fueran a malones, porque los consideraba indignos de una joven decente.

Los votos los escrutábamos los integrantes de la comisión organizadora y nadie puso en duda jamás la seriedad de los resultados. Formada la Corte, el poeta premiado en el concurso, elegía la Reina en la noche de la Velada. El jurado siempre estuvo compuesto por escritores de la categoría de Armando Donoso, vecino de Providencia, Lautaro García y Daniel de la Vega.

La noche de la Velada, el teatro estaba engalanado con flores naturales, luces y se llenaba de gente. Ante la expectación de los asistentes, de los padres, parientes y admiradores

de las damas de la Corte, que ocupaban el escenario, el poeta laureado escogía entre ellas la Reina, a quien dedicaba en seguida el canto premiado, el cual, a veces, nada tenía que ver con la elegida. Omitiré los nombres de las damas de la Corte y de las reinas en homenaje a los pícaros años... Sólo recordaré a tres que obtenían siempre muchos votos, porque ya pasaron de esta vida a la otra: mis hermanas Inés e Ida, y Olga Latcham Alfaro.

Los Juegos Florales se efectuaron, invariablemente, en octubre, durante los años 1926, 1927, 1928, 1929, 1930 y 1931. Los poetas premiados fueron: Gabriel Fagnilli (1926), Alejandro Guerrero (1927), José Miguel Latorre (1928) y René Frías Ojeda (1929 y 1930), el más celebre de todos, porque después fue Intendente de Santiago en la época del Frente Popular y Embajador en Costa Rica, desde 1970 hasta 1973. Pedro E. Gil, fue premiado en 1931.

La Comisión Organizadora de los Juegos Florales de este último año, la integraban: José Berio, Ernesto Palma, Fernando Valledor, Alfonso Cahan y Mario Pérez Neves. El autor de estas "Crónicas", ingresaría al Seminario Pontificio seis meses después.

En la función de Gala había cantos acompañados de piano y guitarra, bailes clásicos, prestidigitación, jazz y otros números; discursos, era lo único que no había. Entre los humoristas que actuaron en 1931, el "Semanario de Providencia" recuerda a Víctor Daniels y Humberto Guiraldes, este último era vecino de Providencia, como sus hermanos, Carlos y Ernesto, futuros General y Coronel de Ejército, respectivamente; el primero de estos dos, aún vive en la comuna.

Al día siguiente de la Velada o en el curso de la semana, la Reina ofrecía un baile en su casa o en otro sitio adecuado, que la Corte, la Comisión Organizadora, el poeta, las autoridades de Providencia y las amistades de la soberana, esperaban con ansiedad. No olvido el espléndido, efectuado en el Palacio de la familia Falabella, morada de la festejante, en la avenida Pedro de Valdivia, hoy sede de la Municipalidad de Providencia. Fue una de las fiestas más hermosas y magníficas a que asistí en mi mocedad.

Por lo menos hasta 1930, en el mes de noviembre, hubo una Velada Bufo, en el Teatro Providencia, en la que se elegía al Rey Feo; cierta vez la corona recayó en Alfonso Cahan, al que le venía de perlas.

“El Semanario de Providencia”, obra del empresario don José Berio, era un periódico “tabloide” en papel satinado con lujosa diagramación y excelentes ilustraciones: apareció en 1931.

IX

OTRAS NOTICIAS DE PROVIDENCIA

—Antes del Semanario, mencionado en el capítulo anterior, hubo otros periódicos editados por instituciones, vecinos y la misma Municipalidad. El tantas veces citado historiador, René León Echaíz, recuerda algunos: “El Siglo”, 1901; “La Comuna Rural”, 1903; “La Propaganda”, 1905; “La Aurora” 1908; “El Proletario”, 1909; “La Comuna”, 1912; “El Progreso Comunal”, 1915; “La Voz de Providencia”, 1919; “La Comuna”, 1921; “El Despertar de Providencia”, 1922; “Boletín Municipal”, 1925; “La Voz de Providencia”, 1930; “Semanario de Providencia”, 1931; “La Comuna”, 1935. Con excepción del “Semanario de Providencia”, los demás tuvieron poca circulación, muchos ni siquiera los conocí de nombre, pero es evidente que la publicación de estos periódicos manifestaban el auge y la importancia adquirida por la comuna. En 1934, la población de Providencia y Las Condes, llegaba a cuarenta y dos mil cuatrocientas catorce personas.

—Con la música pegajosa de una canción de moda, entre los años 1925 y 1930, se cantaba: “Este Providencia es un barrio ideal / edificios regios, pavimento colosal. / Como se puede probar, este es el barrio más “high” / y donde las más hermosas chiquillas están. / Providencia, bello Providencia yo quiero decirte un canto que exprese mi amor / que en el hondo vergel santiaguino / eres tú su más preciada flor” (1).

El crecimiento de Providencia fue asombroso, en 1918, nadie se lo imaginaba; cuando mis padres adquirieron la propiedad en la esquina suroriente de Román Díaz, la familia los criticó duramente ¡Qué ocurrencia —decían— comprar para vivir en los extramuros, en los arrabales de Santiago y sin ningún porvenir! (Sic). Como había sido mi madre la que tuvo la feliz idea de rematar el predio y fue ella la que entusiasmó a mi padre, un pariente político muy próximo, exclamó ¡Pero si las Bravo son tan porfiadas! El las conocía muy de cerca...

El agua es indispensable para la vida de un pueblo; en Ñuñoa y Providencia había en abundancia, porque del río Mapocho ya los indios sacaban canales rudimentarios que servían a la población; los españoles los llamaron acequias y por ellas conducían el agua; los primeros canales se llamaron Apoquindo, Peñalolén, Ñuñoa y Tobalaba, después se agregó el de Macul. “Todos ellos —dice René León Echaíz— tenían sus tomas en las proximidades de la confluencia del estero del Arrayán con el río Mapocho”.

Los españoles perfeccionaron el sistema de riego en Ñu-

(1) Estos versos de autor desconocido, me los dictó la menor de mis hermanas, Ena, mujer del médico otorrinolaringólogo, Augusto Latorre Agüero, poetisa anónima que los retiene en su memoria prodigiosa.

ñoa, las acequias se aumentaron y ensancháronse; más tarde trazaron cauces y al Oriente del Santa Lucía se construyó un estanque surtidor. Desde allí el agua corría por la calle Monjitas hasta la Plaza de Armas.

— Las concesiones y chácaras y los numerosos cultivos obligaron a reglamentar el uso de las aguas; en una época se formó “la base de la legislación de aguas chilenas”. Se estableció “una especie de merced de aguas”.

La medida usada para las concesiones de agua fue la “batea”, en 1577, se sacaban del río Mapocho, 1.453 bateas. Hubo necesidad de crear el “Alcalde de aguas”. El mismo año se comenzó a construir en Ñuñoa un canal a tajo abierto y tapiado para conducir las aguas frescas y puras.

A principio del siglo XVII el agua de Tobalaba surtía a Santiago, de esta fuente se llevó a la capital.

Es probable que en la época del Gobernador García de Ramón, se construyó la Vertiente de agua de Ramón. Durante el Gobierno de Juan Henríquez (1670), se hizo en Ñuñoa un cauce de cal y ladrillo, que corría desde Tobalaba hasta lo que se llamó “Cajitas de Agua”, instalación ubicada en la parte norte junto al río Mapocho, en la actual Plaza Baquedano, que alcancé a conocer antes que fuera destruida. “Desde allí el agua se conducía por tubos de greda a cinco o seis metros de profundidad hasta la Plaza de Armas, donde se instaló una pila de bronce” que después se llevó a la Moneda, sitio en que estuvo, por lo menos, hasta 1973.

Las aguas de la vertiente de Vitacura, ubicada a orillas del Mapocho a seis kilómetros al Oriente de Santiago, provenían de filtraciones subterráneas. El agua era captada por medio de drenes colocados a cuatro o cinco metros de pro-

fundidad. Desde allí era concedida a Providencia, como el agua de la vertiente de Ramón (2).

El agua Potable se organizó en Santiago en 1866.

— En 1924, fue regidor y primer Alcalde de Providencia, don Arnoldo Dreyse, sucesor de don Ricardo Lyon. Dreyse, era hombre de carácter fuerte y resuelto: en una ocasión, mientras presidía una tormentosa sesión de la Municipalidad, arrebató el cuchillo a un individuo que pretendió agredirlo; al quitárselo, el aguerrido Alcalde hirió a su colega, el tercer Alcalde, don Bernardo Cristi. El incidente inspiró a don Desiderio Lizana, que estaba informado de cuanto acontecía en el barrio, estos versos en sus “Nichos”: “Sin enfriarse jamás bulle el rescoldo de este que ves aquí / cuchillo en mano ./ Es el mentado capataz Arnoldo / que señala de oreja a un buen Cristi . . . ano”.

— Eran los borrascosos tiempos de la pugna política entre la Unión Nacional y la Alianza Liberal, de las más enconadas en la historia de Chile, que precedieron a la condenable deposición del Presidente Arturo Alessandri Palma.

(2) “Ñuñohue”. René León Echaíz. Págs. 151-152.

X

“LA IGLESIA EN PROVIDENCIA”

El obispo de Santiago, Fr. Diego de Humanzoro O.F.M., acogió el clamor del pueblo que pedía servicio religioso en la parte oriental de la ciudad, y creó en 1662, la parroquia de Nuestra Señora del Carmen de Ñuñoa.

Desde esa época, hasta 1901, todo ese inmenso territorio precordillerano estaba bajo la jurisdicción de este único curato que es uno de los más antiguos de la capital, puesto bajo la advocación de la Virgen del Carmen, objeto, ya entonces, del fervor religioso de los chilenos.

El 13 de noviembre de 1901, el Arzobispo de Santiago, Mariano Casanova, fundó la parroquia de San Ramón, la primera que se desmembró del dilatado “Pago de Ñuñoa”. Deslindaba, por el norte, con Lo Contador, Conchalí y Chicureo; por el sur con la avenida Providencia, desde Román Díaz, avenida Bilbao y chacras Lo Bravo, Lo Herrera, Mujica y Santa Rosa de Apoquindo; al oriente la cordillera y camino

de Lo Bravo, y al poniente, la calle Román Díaz, esquina de Providencia, hasta el río Mapocho.

La primera sede de esta parroquia, estuvo en la calle Pérez de Valenzuela, en la parte norte ribereña de Providencia. Allí había una capilla que perteneció a la extensa propiedad de la familia Pérez de Valenzuela, cuyos descendientes, los Rojas Meyer Scholle y Celis Meyer Scholle Pérez de Valenzuela, vivieron en sus propiedades, por lo menos hasta 1922, si la memoria no me engaña. En 1903, la iglesia parroquial de San Ramón se trasladó a la capilla de la hacienda "Lo Bravo", en el lugar ahora llamado "Los Leones", que era un modesto cobertizo, ubicado hacia el poniente del templo actual; muy próximos a éste había dos frondosos peumos. La iglesita campesina era rústica, envigada, con altar barroco, quizás trabajado por Ambrosio Santelices o Fermín Vivaceta, tenía imágenes de madera; estéticamente todo lo antiguo era muy superior a lo actual. El nuevo templo edificado, con pésimo gusto, por el cura Félix Cabrera Ferrada (1881-1944), muy abnegado y generoso, pero ayuno de los más elementales conocimientos artísticos. Su sucesor, José Luis Castro Cabrera, (1902-1965), futuro obispo de San Felipe, otro santo varón, mi profesor de teología dogmática, también muy poco entendido en bellas artes, trató de restaurar la nueva iglesia, pero la dejó más cursi y presuntuosa que antes; algo la hermoseó el recordado cura, Pbro. Ignacio Maruri Díaz (1909-1973). El párroco actual, canónigo de la Catedral y arquitecto de profesión, Monseñor Eduardo Canessa Ibarra, que sabe de arte sagrado, impuso en el templo su buen gusto. Colocó en la nave izquierda, la vieja imagen de la Virgen de la Merced, del siglo XVIII, tallada en madera, vestida, de un metro

de altura, que encontró arrinconada donde se guardan los cachivaches en las catedrales, parroquias y conventos, en los cuales suelen encontrarse objetos de arte cuyo valor artístico, no siempre aprecia el clero y las religiosas. En esta materia aquí en Chile, como en otros países del Continente, hay mucho paño que cortar. La señora Rosario Concha de Mandiola, dueña de "Lo Bravo" puso la capilla de su predio bajo la protección de la Virgen de La Merced; así la conocí en 1911, cuando llegamos a Providencia, ya convertida en parroquia de San Ramón Nonato. Su cura fundador, veneraba la imagen de Ntra. Señora de La Merced y la tenía en su altar, en el mismo sitio en que la dejó doña Rosario.

El primer párroco de San Ramón fue el recordado y celoso. Pbro. Francisco Javier Santelices (1873-1932), hombre culto, de gran virtud y muy abnegado, que se formó en las disciplinas clásicas del viejo Seminario Conciliar de Providencia. Este eclesiástico gobernó la parroquia desde 1901 hasta 1919, y me parece verlo llegar a nuestra casa, en su cabalgadura, para administrar los sacramentos a la mamita-tía de mi madre, ya muy anciana (1).

Le sucedió el Pbro. Juan Bautista González (1874-1939), quien después pasó a regentar la parroquia de San Saturnino y después se hizo cargo del rectorado del Instituto de Humanidades "Luis Campino". Terminó sus días como canónigo de la Iglesia Catedral. Era docto en letras humanas y uno de los puristas más insoportables que he conocido. Su figura regordeta permanece viva en mis recuerdos.

En poco tiempo más desaparecerá el actual templo de

(1) Doña Eulogia Bravo Blanco de Blanco Maturana (1839-1914).

San Ramón y se construirá otro más hermoso en la calle Mar-
doqueo Fernández.

El 30 de abril de 1924, el 5º Arzobispo de Santiago, Cres-
cente Errázuriz Valdivieso (1839-1931), creó la parroquia de
San Crescente, la segunda establecida en la comuna, des-
membrada de San Ramón. Sus límites eran: por el norte
la avenida Providencia; por el sur el departamento de la
Victoria; por el oriente la avenida Manuel Montt; por el po-
niente la avenida Condell y la línea de Pirque. Está ubicada
en la avenida Salvador 1357, esquina de Santa Isabel. Su pri-
mer párroco fue el Pbro. Antonio Bello Silva (1887-1947),
ejemplar y laborioso sacerdote, antiguo profesor de latín del
Seminario de los Santos Angeles Custodios, cuyas clases eran
soporíferas (2). Restauró el templo construido por el Pbro.
Domingo Vargas y Vargas, (1861-1927); de su peculio perso-
nal, edificó la casa parroquial. Impulsó con entusiasmo la vida
católica. Desde la fundación del curato, nuestra familia pasó a
ser parroquiana de San Crescente; desde entonces, hasta que
se fundó la parroquia de Jesús Nazareno, formé parte de las
Conferencias de San Vicente de Paul, Sociedad a la que me
llevó el bondadoso caballero, antiguo vecino del barrio, don
Carlos Infante Fernández.

A la muerte del Sr. Bello, le sucedieron los Pbro.: Ro-
berto Fuenzalida Mayol, Augusto Larraín Undurraga, Joa-

(2) Antonio Bello Silva, era hijo de José María Bello Espinoza y de Ana
Rosa Silva Araneda, prima hermana de mi abuelo Fidel Araneda Silva.
Por línea paterna, Antonio era nieto del sabio Andrés Bello y por la
materna, pariente de numerosos obispos y sacerdotes, entre otros del
Emmo, Sr. Cardenal Arzobispo de Santiago, Raúl Silva Henríquez. Des-
cendía legítimamente del conquistador Vicencio del Monti, sobrino del
Papa Julio III.

quín Matte Varas, quien después fue capellán de Ejército, actualmente ocupa una prebenda en la Iglesia Catedral de Santiago y es autor de importantes trabajos de historia eclesiástica; Ramón Echeverría y Sergio Venegas Harbín, que con ocasión del cincuentenario de la parroquia escribió, en forma amena y documentada, una breve Historia del Curato.

La tercera parroquia creada en Providencia es la de Jesús Nazareno y no la de Santo Domingo de Guzmán, porque ésta queda en avenida Pedro de Valdivia 4028, sector de la comuna de Ñuñoa. El curato de Jesús Nazareno lo fundó el Arzobispo Errázuriz Valdivieso en 1929, y fue desmembrado de San Ramón y San Crescente. Sólo dos años fui parroquiano e ingresé a las Conferencias de San Vicente de Paul, en las que desempeñé la secretaría, hasta que inicié los estudios de filosofía en el Seminario, en 1932.

La nueva parroquia se entregó a los Padres Trinitarios que la regentan hasta hoy y, con grande esfuerzo, edificaron una amplia iglesia gótica.

XI

VECINOS CONNOTADOS

Vecino muy ilustre de la avenida Miguel Claro, fue el Pbro. Ciovis Montero Cornejo (1878-1929), que ha sido, quizás, el más notable de los oradores sagrados chilenos de todos los tiempos. Versado en teología y derecho canónico, ciencias que estudió en la Universidad Gregoriana de Roma; además era humanista de recia formación.

Su voz de soprano, cuyos tonos ricos y variados daban a su palabra profunda, extraordinaria elegancia y originales vibraciones. Lo vi muchas veces en la esquina de Providencia con Miguel Claro, mientras esperaba el tranvía N^o 11, para ir a la Universidad Católica, donde dictaba clases. Había sido cura de La Estampa y profesor del Seminario.

En la misma calle vivía don Almanzor Ureta Cienfuegos (1880-1966), muy querido en la comuna; gozaba de gran prestigio. Tenía una excelente figura y era un hidalgo, siempre bien vestido y de trato amable.

Profesor y bachiller en Derecho, había nacido en Valparaíso y fue secretario de la Caja de Empleados Públicos. En 1927, el Gobierno dictatorial del General Carlos Ibáñez del Campo, suprimió las municipalidades y creó las juntas de vecinos, con un alcalde a la cabeza; el primero que ejerció este cargo fue don Almanzor Ureta, lo desempeñó, con abnegación y eficiencia, hasta 1932, época en que Arturo Alessandri Palma, auténtico demócrata, enemigo de todas las dictaduras, restableció las municipalidades.

En 1931, con motivo de la crisis económica que echó por tierra la dictadura del General Ibáñez, el Alcalde Ureta ideó un sistema muy humano y caritativo para dar de comer al hambriento: catalogó a los desocupados y les otorgó una tarjeta de almuerzo y de comida en diversas casas del barrio, a las cuales los necesitados llegaban como a su propio hogar, sin menoscabo de su dignidad humana.

En la avenida Salvador, frente a la parroquia de San Crescente, tenían su residencia, don Joaquín Larraín Alcalde y su mujer, la escritora, Inés Echeverría Bello (1869-1949), "Iris", bisnieta del sabio mentor de Chile, el venezolano, Andrés Bello. El matrimonio Larraín-Echeverría, asemejábase a las parejas reales: don Joaquín era el príncipe consorte, de magnífica apostura; el noble varón poseía una hermosa cabeza calva que terminaba en luengas barbas blancas; las facciones de su rostro eran perfectas. El sensato y bondadoso caballero sabía que, por sobre todo, era el marido de "Iris", una de las mujeres más cultas que ha tenido la literatura nacional. Escribió novelas y cuentos de poco valor; algunos buenos ensayos, a manera de memorias, uno de ellos muy desafortunado, y relatos de viajes. Parece que el rico y armo-

nioso castellano que tanto cultivó y dignificó su bisabuelo, le quedaba grande a doña Inés, porque prefería, a veces, escribir en francés, una muestra es: "Au de la Poeme de la douleur de la Mort", editado, no precisamente, en Francia, sino en Santiago de Chile, donde hablamos castellano.

Don Joaquín Larraín Alcalde, era católico por atavismo y convicción, sobrino del Arzobispo titular de Anazarba y humanista, Joaquín Larraín Gandarillas (1822-1897). Don Joaquín Larraín Alcalde, con su habitual señorío y caridad, desempeñaba el cargo de Presidente de las Conferencias de San Vicente de Paul, de la parroquia de San Crescente. En la quinta de la familia Larraín-Echeverría, se efectuaban las asambleas de las Conferencias de San Vicente de Paul y los actos parroquiales, en los que había números de variedades y discursos; más de alguna vez, en los años mozos, me tocó intervenir en ellos.

Casi al lado de la casa de don Joaquín Larraín Alcalde, tenía la suya don Manuel Atria, uno de los vecinos más activos y progresistas de la comuna, quien fue regidor de la Municipalidad, durante tres períodos: 1915-1924. Desde 1915 hasta 1918 y en 1920, desempeñó el cargo de tercer Alcalde y el de primero, al año siguiente. Abandonó el Municipio en 1924, cuando lo disolvió el Gobierno militar de tendencia derechista, unionista entonces, que depuso al más visionario y avanzado de los presidentes de Chile para su época, Arturo Alessandri.

Durante la administración edilicia de Manuel Atria, se iniciaron los trabajos de restauración y ornato de los tajamares y se construyeron los famosos nichos o pequeños cuadrados, que Don Desiderio Lizana inmortalizó en su obra: "Los

Nichos de Providencia". En ella dedica una octava a Manuel Atria: "Y aquí vendrán los huesos amarillos / del que dio cementerio a la Comuna... / jamás se habían pegado otros ladrillos / con más provecho y mejor fortuna: / y tratarán en vano los caudillos / de aquesto es pilatuna... / Agradecida guardará la patria / la memoria feliz de Manuel Atria!".

Mientras Atria fue tercer Alcalde y primero, don Angel Belloni, se adoquinó una parte de la avenida Providencia y se construyó la plaza frente a la calle Román Díaz, en el lado norte, a la cual, posteriormente, se dio el nombre de "Manuel Atria".

Imposible sería recordar a todos los vecinos caracterizados de Providencia, porque éstas son crónicas que no presumen de historia de la comuna; prosequiré, entonces, la evocación de uno que otro morador del barrio, guiado sólo por el tenue candil de los recuerdos de la niñez y juventud. En aquella época feliz, el alegre y tranquilo barrio llenaba nuestra vida: allí teníamos todo: el hogar caluroso en una amplia casa-quinta, el colegio, prolongación de aquél, aun por su proximidad, los templos, paseos, el teatro, las amistades y hasta las laderas del Cerro San Cristóbal, para hacer novillos o la "cimarra". Al centro de la ciudad, sólo íbamos a hacer compras en las casas Gath y Chaves y Muzard o para ir a buscar a nuestras hermanas al Liceo N^o 1, porque, en aquel tiempo, las colegialas no debían andar solas.

Un vecino muy importante fue el General de Ejército, Luis Brieba, que vivía entre las calles Antonio Bellet y Padre Mariano. Este alto oficial del antiguo Ejército chileno, dedicado, entonces, exclusivamente, a sus tareas profesionales,

desempeñó la cartera de Guerra y Marina, ahora llamada de Defensa Nacional, en la Presidencia de Arturo Alessandri Palma, y fundó el Hospital Militar. Este establecimiento ocupó primitivamente, la que fue antigua mansión de don Francisco Celis, y logró un notable progreso científico y técnico, especialmente bajo la dirección de los coroneles de sanidad, doctores Atilio Piera (Q.E.P.D.), Sergio Araneda, Ricardo Sepúlveda y Juan Herrera. El Dr. Araneda Bravo, llegó a Providencia a pocos días de nacido, y salvo una corta permanencia en San Bernardo y Ñuñoa, nunca se ha alejado de Providencia, donde aún vive con su mujer, Ester Valdivieso Bañados e hijos.

Dos vecinos muy conocidos del barrio, fueron los hermanos Ernesto y José Nicolás Medina Fraguela, el primero General de División del viejo Ejército, y el otro, Comisario de la antigua Policía, ambos vivían en la calle San Gabriel y distinguíanse, fuera de sus conocimientos técnicos en las instituciones que servían, porque eran muy entecos, de nariz aguilena y ojos pequeñísimos, los dos muy semejantes a su padre, don Nicolás, que vivió casi un siglo y nunca dejó de pasearse solo, por la avenida Providencia.

En la esquina de la calle Montolín, hoy Nuncio Monseñor Sotero Sanz Villalba, tenía su mansión la señora Ana Luisa Bello Rozas, viuda de Joaquín Edwards Garriga. Doña Ana Luisa era nieta de Andrés Bello. Allí en esa casa, donde está actualmente, en un nuevo edificio, el Liceo de Niñas N° 7, vivió largos años con su madre, el narrador, notable cronista y académico, Joaquín Edwards Bello (1887-1968). Sin ningún miramiento, en sus obras acometió contra la clase aristocrática a la que pertenecía, y en su novela, ya

clásica "El Roto", deja un cuadro muy vivo de la vida proletaria y una crítica amarga y despiadada por las injusticias sociales chilenas. En sus crónicas, publicadas en "La Nación", prestigioso diario santiaguino, fundado por el político y estadista Eliodoro Yáñez, es mordaz, incisivo, ameno y muy claro para llamar las cosas por su nombre (1).

En la esquina de lo que hoy es la avenida Pedro de Valdivia Norte, estaba la casa de don Alberto Lecanelier; al frente vivía don Fidel Oteíza, cuyo nombre lleva una de las calles que se abrieron dentro de los límites de su extensa propiedad. Este vecino de humilde origen y sin bienes de fortuna, se enriqueció con el trabajo: mataba chanchos en la mina de cobre de Las Condes y después los traía a Santiago, en carreta. En la actual calle que lleva su nombre, instaló un establo, vendía la leche al vecindario y allí mismo guardaba sus carretas; frecuentemente, le veía conversando con mi padre sobre asuntos de negocios. Era dueño, don Fidel, de los tranvías de sangre que corrían por Pedro de Valdivia, entre las avenidas Providencia e Irarrázaval y de numerosos conventillos, en la comuna; la actual calle Guardia Vieja era íntegra de don Fidel Oteíza.

Los vecinos de Pedro de Valdivia, como es natural, pretendían que circularan por esa avenida en 1914, los tranvías eléctricos e instaban al señor Oteíza a que levantara su línea; como no lo hizo, le entablaron pleito, pero se salió con la suya y los tranvías eléctricos tardaron años en transitar por allí.

Este potentado de Providencia, era también propietario

(1) En "Crónicas del Barrio Yungay". 1972. Págs. 227-235 está la semblanza completa de Joaquín Edwards Bello.

del Teatro Rialto, situado en Pedro de Valdivia al llegar a Irarrázaval. Don Fidel era corpulento, campechano y bonachón, pero nadie se la ganaba en habilidad para hacer negocios; su figura está inmortalizada por la gracia picaresca de don Desiderio Lizana en sus "Nichos": "Don Fidel Oteiza ha reclamado / porque no encuentra sólido su lecho / quiere que lo hagan de adoquín labrado / y que no se lo dejen estrecho, / y como él es tan bien desarrollado / a mayor solidez tiene derecho / y siendo antiguo propietario, / es justo sin más observación, darle en el gusto".

Don Alfredo Bonilla Rojas, regidor de la Municipalidad de Santiago, prestigioso abogado, político radical del viejo partido de los Gallo, Matta y Mac-Iver, muy popular, candidato a diputado por Tarapacá, la muerte lo sorprendió prematuramente. Con su esposa, doña Matilde Rojas, y su numerosa familia, don Alfredo vivía en una gran casa en la avenida Pedro de Valdivia.

En la misma calle moraban también el Notario Público, don Abraham del Río, y su hermano el renombrado médico pediatra y catedrático universitario, Dr. Roberto del Río Soto-Aguilar (1859-1917), cuyo nombre lleva el Hospital de Niños que él fundó en Santiago.

Don Alfredo Barros Errázuriz (1875-1968), y su esposa doña Isabel Casanueva Opazo, e hijos, poseían una gran casona en la primera cuadra de la avenida Pedro de Valdivia, en el centro del jardín estaba la blanca imagen del Sagrado Corazón de Jesús. Don Alfredo pertenecía al Partido Conservador, fue diputado por el sur y senador de la República, Ministro de Hacienda, Guerra y Marina de don Ramón Barros Luco, su pariente, jefe de su partido, catedrático.

tico universitario, católico observante y uno de los fundadores de la Acción Católica, de la cual fue presidente. Tanto él como su mujer, hermana del hacedor de obispos y progresista Rector de la Universidad Católica, don Carlos Casanueva Opazo, eran activos parroquianos de San Ramón. Ella presidía las Conferencias de San Vicente de Paul, a las que también perteneció mi madre, hasta que se lo permitió su salud, y casi todas las señoras del entonces extenso curato de Los Leones. Con caridad, solicitud y espíritu paternalista, característico de la época, visitaban y atendían las necesidades de los numerosos pobres de la comuna. Don Desiderio Lizana dedicó este cuarteto a don Alfredo: “Esa otra de barro casanueva, / entre verdes macetas de colihue: / un dulce nazareno al frente lleva / sobre el escudo de armas de Llanquihue”, provincia a la que Barros Errázuriz representaba en la Alta Cámara.

Muy próxima a la casa de la familia Barros-Casanueva, vivieron recién casados, don Arturo Armijo Ramírez y su mujer doña Amanda Araneda Luco.

En la misma avenida, esquina surorienté de Providencia, vivía don Horacio Fabres Fuenzalida, político liberal y hombre de negocios, partidario ferviente de Arturo Alessandri Palma. Don Horacio fue candidato a senador de la Alianza Liberal, pero lo derrotaron. En aquel tiempo, su actitud demagógica causó escándalo entre la gente de su clase social. Don Desiderio Lizana dice en “Los Nichos”: “También es propietario de una ‘estaca’ / en estas nuevas tumbas don Horacio, / mas como su persona es algo flaca / se le han metido bajo aquel acacio / y apenas de la tierra se destaca”.

Otro caracterizado vecino de la antigua Providencia fue

don Darío Urzúa Rojas (1863-1940), morador de la avenida Pedro de Valdivia. Fue tercer Alcalde en 1921, y en agosto del mismo año pasó a ser primero, cargo que ejerció hasta el año siguiente. Don Darío era un personaje célebre, muy conservador y manchesteriano, de la escuela de Zorobabel Rodríguez, lo que ya es mucho decir. Una vez recibido de abogado, redactó "La Unión" de Valparaíso y a raíz del triunfo de la inútil Revolución de 1891, fue secretario y abogado de la Superintendencia de Aduanas, cuando ejercía este cargo Zorobabel Rodríguez, de quien era discípulo. Durante doce años representó en la Cámara de Diputados a los departamentos de Rere y Puchacay (1903-1915). Orador latoso, interminable, aburrido, la gente se abstenía de concurrir a los actos en que él hablaba. Combatió la politiquería y formó parte de diversas comisiones de temas económicos y financieros. La conversión metálica es obra suya; el régimen monetario y bancario vigente hasta 1932, se debió al señor Urzúa. Fue catedrático de economía política en la Universidad Católica, desde 1906, hasta su muerte. Desempeñó importantes comisiones dentro y fuera de Chile; recibió varias condecoraciones, entre otras, una del Papa Pío XI.

Su labor más notable en la Alcaldía de Providencia fue velar por la escrupulosa administración de los bienes comunales y logró enderezar las finanzas de la Municipalidad.

Viudo, casó en segundas nupcias con doña Matilde Merino Lemus, que podía ser hija de don Darío. De este buen caballero se contaban numerosas y chispeantes anécdotas, especialmente se hacía mofa de sus largos y soporíferos discursos.

Hombre sencillo, tenía un modesto carruaje de los lla-

mados “victoria”, al que alude don Desiderio Lizana en los “Nichos”: “El dueño de ese nicho tan sencillo / dice que la carroza es vana gloria / y ha pedido lo traigan en victoria / tirada por su potro, fiel tordillo / que por solo ello pasará a la historia”.

En la avenida Providencia, esquina de Holanda, moraba don Adolfo Ovalle Dávila, subgerente del Banco de Chile, nieto del Presidente de la República, José Tomás Ovalle. Don Adolfo era gran señor, muy bondadoso y de profunda fe cristiana. Su hijo Adolfo con su mujer, Adela Valdivieso Bañados y familia, vive aún en Los Leones al llegar a Providencia.

En la esquina de Providencia y Thayer Ojeda, fabricaban los domingos unas famosas empanadas de horno que hacían las delicias de los vecinos.

La casa de don Ricardo Lyon Pérez, ubicada entre Lyon y Suecia, llegaba hasta Lota. Las chimeneas terminaban en dos lechuzas por cuyos ojos salía el humo. Los leones estaban entonces a la entrada de la quinta del señor Lyon en la misma esquina de la actual avenida Los Leones.

— Don Ricardo Lyon Pérez, político pelucón, fue regidor de la Municipalidad largos años, desde 1909 hasta 1924, y primer Alcalde en los períodos de 1909-1915, 1920-1921 y 1922-1924. A su entusiasmo y empeño se debe en gran parte el progreso y renombre de Providencia. Una de las principales avenidas de la comuna lleva su nombre.

El señor Lyon poseía en su mansión, un palomar. Los vecinos, Adolfo y Miguel Ovalle Dávila y Francisco Celis, presididos por el rechoncho cura de San Ramón, de aquella época (1919-1924), don Juan Bautista González, se dedicaban

a cazar las palomas de don Ricardo. Aquella era una escena pintoresca, porque el párroco de pequeña estatura y gordo hasta la obesidad, se balanceaba al andar y no se quitaba el manteo español ni para dormir, por lo cual se supone que en las cacerías tampoco se lo sacaba. Don Francisco Celis, Gerente del Banco Popular, que después quebró, tenía su morada en Providencia esquina norponiente de Los Leones, donde hoy está el Hospital Militar, y que la devastadora piqueta chilena no respetó.

XII

CONVENTILLOS EN PROVIDENCIA

Desde el siglo XVII, como ya se dijo, hubo en la parte oriental de Santiago, indigentes españoles y mestizos que construyeron sus viviendas para reemplazar a las antiguas rucas que ahora sólo se ven muy al sur de Chile; más tarde, con el crecimiento de la población, aumentó la pobreza y a mediados del siglo XIX, como en todo Santiago, Providencia también se llenó de conventillos y de poblaciones que hoy llamaríamos "callampas"; una de ellas, quizás la más denigrante para un barrio tan aristocrático y de gente adinerada, era la de los "Areneros", junto al río Mapocho. Allí la miseria se manifestaba en forma inhumana, no se compadecía con la riqueza y opulencia de algunos de sus moradores. Los conventillos o tugurios abundaban en las calles José Manuel Infante, Román Díaz, Manuel Montt, Pérez Valenzuela y más hacia el oriente, los del poderoso don Fidel Oteiza.

Las Conferencias de San Vicente de Paul de hombres y mujeres, fundadas en la parroquia de San Ramón, primero, después en las de San Crescente y Jesús Nazareno, visitaban a los indigentes, muchos de los cuales vivían en la miseria más humillante, indigna de su condición. Los vicentinos y vicentinas visitaban a sus “protegidos”, así los llamaban, en sus cuartos y les llevaban semanalmente uno o dos pesos y algún paquete con comestibles.

➤ Nunca faltaron los mendigos en la avenida Providencia y nadie creía entonces que estas vivas imágenes de Cristo, evangelizador de los pobres, “afeaban” y “desprestigiaban” el sector como piensan algunos vecinos de la elegante comuna de hoy.

Un día, en nombre de las Conferencias de San Vicente de la parroquia de Jesús Nazareno, visitaba a un joven muy indigente y enfermo de tuberculosis que vivía en una desmantelada pieza, sórdida y húmeda, de la entonces miserable calle Pérez de Valenzuela. El muchacho tendría mi edad, 22 ó 23 años, y yacía, desaseado, en estado lastimoso, en un jergón tirado en el suelo. El enfermo estaba agónico, llamé a mi vecino y amigo, Jorge Urízar Labarca, estudiante de medicina, quien atendió solícitamente al paciente, pero nada pudimos hacer para curar el mal; el joven, tan joven como sus samaritanos, murió el mismo día. Nunca vi más cerca la miseria y la muerte, en mi mocedad. Frente a ese cuadro tan trágico, pensé que el hombre no puede permanecer indiferente ante el sufrimiento de su hermano, sino al contrario debe ser el buen samaritano, el servidor que lo levante y anime. Esa torva e inolvidable escena del conventillo de la calle Pérez de Valenzuela, me estremeció tan dolorosamente

que de inmediato torció el rumbo de mi vida para buscar la ruta del sacerdocio en el Seminario Pontificio.

Si la miseria afea y desprestigia el barrio, según decía un vecino que denunciaba en la vía pública, ante el carabiniero, a un mendigo, en los adinerados de la comuna está la solución: la mendicidad disminuye con una más justa y equitativa distribución de la riqueza, dando trabajo y habitaciones dignas a los desocupados. El Papa Juan Pablo II, al contemplar acongojado la miseria de las "favelas" en Río de Janeiro (Brasil), preguntó a los poderosos cariocas si no les remordía la conciencia ante tanta desigualdad.

XIII

LA COMPAÑÍA DE MARIA: COLEGIO DE LA BUENA ENSEÑANZA

En la entonces campestre calle Tajamar, casi en la esquina de la actual avenida General Bustamante, antigua Las Quintas, en la misma Plaza Italia, ahora Baquedano, tenía su propiedad agrícola de cinco cuadras, hacia el Oriente, don Juan Agustín Alcalde Ugarte, Conde de Quinta Alegre. Este caballero, por escritura pública, extendida ante el Notario José Antonio Briceño, el 30 de diciembre de 1871, vendió la última parte del viejo predio de sus antepasados, al Monasterio de la Compañía de María o Buena Enseñanza, cuyas religiosas habían llegado de Mendoza, Argentina, tres años antes, con el objeto de fundar un internado para niñas en Santiago. Al año siguiente las monjas, desde la avenida Portales, se trasladaron a su nueva residencia. En las vetustas casas de campo del señor Alcalde, donde tantas veces se reunieron los patriotas, en vísperas del 18 de septiembre de

1810, se fundó el nuevo colegio que tanto auge y prestigio habría de adquirir más tarde.

Eufrosina Aguirre, mendocina, fue elegida primera rectora; superior eclesiástico se designó al canónigo, Manuel Parrero Castro (1823-1876), quien constituyóse en padre y benefactor de las religiosas. Algunas de las primeras alumnas chilenas ingresaron después a la Congregación. En 1882, se habilitó el costado oriente del nuevo edificio, de altas y gruesas murallas, que reemplazó a la que fue morada del Conde de Quinta Alegre.

En 1893, se erigió la iglesia pública del Monasterio, años más tarde se construyó otra sin puerta a la avenida Providencia, ésta la colocaron en el zaguán del colegio por donde salían las alumnas. El nuevo templo muy amplio, estuvo en pie hasta la mitad del presente siglo, cuando las religiosas trasladaron el establecimiento a la avenida Seminario, donde estaba la escuela pública "Ignacio Zuazagoitia", regentada por las mismas religiosas, casi frente a la puerta principal del Seminario de los Santos Angeles Custodios, ubicado allí desde 1856.

Las monjas y las niñas eran atendidas espiritualmente por profesores del Seminario. Conocí como capellán, en 1916, al Pbro. Antonio Bello Donoso (1853-1929). Era de pequeña estatura, erecto, cabeza cana cubierta por un gorrito de seda; siempre llevaba manto español, ya verduoso por el uso. Había sido profesor de filosofía, derecho e historia de la filosofía, en el Seminario y en la Universidad de Chile de cuya Facultad de Teología era secretario; también desempeñó el cargo de Promotor Fiscal del Arzobispado, gozaba de justa fama de erudito.

Frente a su cuarto, en el patio de profesores del Seminario, vecino al de los alumnos de teología, tenía grandes jaulas con hermosos canarios del más variado colorido, que él mismo solícito cuidaba; los estudiantes de teología, abrían las jaulas y soltaban los pajarillos para fastidiar al venerable anciano, que airado se quejaba al Rector de las diabluras de los teólogos a los cuales, con razón, no miraba con simpatía.

En cambio, los niños alumnos de la sección preparatoria, éramos muy amigos del señor Bello Donoso, era el confesor de todos, porque siempre nos regalaba con caramelos, gesto que halagaba a sus pequeños penitentes.

Los domingos, desde mi casa que distaba unas seis largas cuadras de la capilla de la Buena Enseñanza, iba a ayudar misa al señor Bello para tomar después el sabroso chocolate, tan espeso que en la taza podía pararse la cuchara. Las monjas, como auténticas españolas, sabían preparar un exquisito y espumoso chocolate para festejar al capellán y a sus acólitos.

El Colegio de la Buena Enseñanza, se prestigió mucho y el número de alumnas creció considerablemente. En general, las niñas estaban internas, porque las distancias eran muy grandes; los agricultores vivían en sus haciendas y a fin de educar a sus hijas debían enviarlas internas a los establecimientos educacionales, hoy los internados casi no existen, había también alumnas medio-pupilas y externas. Los niños y jóvenes, que íbamos a buscar a nuestras hermanas, nos divertíamos con la Madre portera, Juana Rosa del Canto, profesora en 1892, de cuyo carácter alegre, chispeante y bonachón nos aprovechábamos los muchachos para mirar hacia el interior de los claustros, mientras ella abría la puerta, ac-

titud que a Sor Juana Rosa hacía mucha gracia. Las colegialas hace medio siglo, no podían salir solas del colegio donde se educaban, esperaban formadas en el amplio pasadizo y sólo abandonaban el establecimiento cuando eran llamadas por sus padres o hermanos que iban a buscarla al grito de: “¡Las fulanas, Madre!”. Parece que veo a las alumnas con sus impecables uniformes azules en invierno y blancos en verano.

Entre las religiosas de la Compañía de María hubo algunas muy populares, cuyos nombres trascendían a las familias de las educandas, como Sor Rosa Romo, por ejemplo, profesora en 1893, y Sor Luisa Labbé que fueron superiores largo tiempo, ambas fallecidas. Sor Ester Mesa, procuradora muchos años, grande amiga de los seminaristas, que acaba de morir (septiembre de 1980). Sor Ana Romo y Sor Susana Sotomayor, fueron profesoras muy queridas de sus alumnas.

A los seminaristas nos complacía participar en las misas cantadas de la capilla de la Buena Enseñanza, que entonces (1932-1937) eran siempre en la mañana y muy temprano, porque las religiosas, fuera de regalarnos con un opíparo desayuno de capellán, que en el Seminario se desconocía, nos obsequiaban con un gran paquete de dulces chilenos de fabricación casera.

Hasta hace pocos días, quedaban en la avenida Providencia ruinas del edificio levantado en 1882, que fue vendido para construir el actual colegio moderno, como ya se dijo, en la avenida Seminario; establecieron otro en el barrio alto. La Escuela para niñas pobres, que allí había, está hoy en Puente Alto. Las congregaciones religiosas y aún el clero, por desgracia, hacían mucha diferencia de clases. La Com-

pañía de María, no era un colegio en el cual abundara la aristocracia, en esto las religiosas eran una cristiana excepción, la generalidad de las alumnas pertenecían a familias adineradas o acomodadas.

XIV

EL SEMINARIO CONCILIAR Y EL PONTIFICIO DE LOS SANTOS ANGELES CUSTODIOS

— Frente al Colegio de la Compañía de María o Buena Enseñanza, hacia el suroriente y en doce cuadradas, pertenecientes a la sucesión Pedregal, y en un retazo de la misma chacra de don Juan Agustín Alcalde, se instaló el antiguo Seminario de los Santos Angeles Custodios, fundado por el tercer obispo de Santiago, el franciscano Fr. Diego de Medellín, en 1584. El único testimonio, en nuestros días, de la creación del colegio eclesiástico, es la carta de Medellín a Felipe II, escrita el 18 de febrero de 1585, y en ella dice: “Francisco de la Hoz, clérigo sacerdote, es muy hábil y tiene cargo de lo que toca al Seminario y buena lengua de esta tierra”. Este llegó a Chile, como soldado al servicio del Monarca, y terminó sus días en Burgos como canónigo arcepreste de esa Catedral. El primer Seminario debió instalarlo el prelado en el edificio de la Catedral, porque los documen-

tos de la época hablan de “el Seminario de la Santa Iglesia Catedral”; en la Colonia, se le conocía por el del “Santo Angel Custodio”. Más tarde el establecimiento se trasladó a una casa propia, comprada a Antonio Cardoso, en la Calle Catedral, acera sur, entre las actuales calles Amunátegui y San Martín. Aquí estuvo hasta que en 1813, fue torpemente unido al Instituto Nacional; luego de la separación definitiva en 1835, el obispo Manuel Vicuña lo llevó a una casa que construyó él mismo en su propiedad de la calle del Chirimoyo (Moneda), entre las actuales de Riquelme y Almirante Barroso, al lado de la Casa de Ejercicios de San José, edificada también por el santo prelado. No hace muchos años ésta fue demolida y en su lugar se construyeron unos horribles edificios de apartamentos. Más de cuatro lustros estuvieron los seminaristas en la calle del Chirimoyo.

En 1854, el Arzobispo Rafael Valentín Valdivieso y Zañartu (1804-1878), sucesor del apostólico Vicuña, colocó la primera piedra del nuevo establecimiento eclesiástico en Providencia, al que se trasladó solamente, todavía inconcluso, en 1857. La construcción la dirigió el Rector Joaquín Larraín Gandarillas (1826-1897), verdadero organizador del Seminario moderno y de la Universidad Católica de Chile, sacerdote a quien Eduardo Solar Correa, calificó como el más completo humanista nacional después de Andrés Bello. El edificio de Providencia se levantó paulatinamente con mucho esfuerzo; los seminaristas ocuparon en 1857, los dos únicos claustros con sus respectivos patios, hacia la parte norte. Años demoró la fabricación del gran Seminario que conocimos en 1916, cuya hermosura y amplitud aún añoramos los que tu-

vimos la inmensa alegría y el honor de ser formados en sus aulas (1).

En 1869, comenzó la edificación de los claustros de la parte sur, entre otros, el de profesores, hacia el cual daba el pequeño cuarto o covacha que ocupamos desde nuestra llegada al Seminario en 1932, hasta 1937, cuando recibimos el diaconado y habitamos una de las piezas destinadas a los diáconos en el patio de teólogos.

Por sucesivas compras de terrenos, el colegio se extendió por el oriente hasta la avenida Condell, por el poniente hasta más allá de donde se construyó después la estación de Pirque, en la propiedad del Seminario; al sur, el establecimiento eclesiástico llegaba hasta la calle Rancagua. Se disgregó una franja para construir el Ferrocarril de Pirque.

Los cinco cuerpos del extenso edificio estaban rodeados por un agreste parque y un inmenso campo. En el centro se erigió la capilla de estilo romano, lo único que respetó, no ha mucho, la demoleadora picota criolla. Este templo fue uno de los que levantó el estucador con ínfulas de arquitecto, Ignacio Cremonesi, el mismo bárbaro que embadurnó y arruinó nuestra pétrea y majestuosa Catedral, construida con tantos sacrificios por Matías Vásquez de Acuña y Joaquín Toesca. La iglesia del Seminario la inauguró en 1899, el Arzobispo Mariano Casanova.

La antigua capilla, ubicada en el patio de teólogos, se destinó a biblioteca, ésta llegó a tener más de treinta mil

(1) La inmensa alegría y el honor de haber sido formado en el Seminario, en nada impiden que nos fastidiaran y aburrieran, la rigurosa disciplina del colegio y la pésima pedagogía de profesores y prefectos. Ver "Oscar Larson, El Clero y la Política Chilena".

(30.000.—) volúmenes escogidos, entre los que había algunos incunables. Allí, en mi segunda época de seminarista (1932-1938), pasé largas horas solícitamente atendido por el diligente bibliotecario, Pbro. Enrique Eyzaguirre Alcalde, sucesor del Pbro. Pedro María Castañeda, bibliotecario que conocieron las generaciones levíticas anteriores a la nuestra; ambos sacerdotes fueron honrados con títulos pontificios de camareros de Su Santidad el Papa.

Junto con edificar la sólida e inmensa casona de cinco patios, en la avenida Seminario, con la capilla hacia la avenida Providencia, Joaquín Larraín Gandarillas se preocupó de trazar un campo para descanso y solaz de los alumnos. Construyó un amplio baño de natación, una cancha de fútbol, que fue la primera de la capital del Mapocho y un macizo e inmenso frontón al fondo. Formó una amplia y hermosa laguna, rodeada más tarde, cuando la conocí, en 1916, de árboles ya frondosos y exuberantes. Muchas generaciones de seminaristas, entre risas y tonadas, tomamos los remos cuando niños, en los paseos que efectuábamos a ese hermoso sitio, después de cada examen, y nos sentíamos felices, como si estuviéramos en el lago de Tiberíades, junto al Maestro cuyo amor de predilección era manifiesto.

El 8 de diciembre de 1863, el mismo día del fatídico incendio de la Compañía, el Rector, Joaquín Larraín Gandarillas, bendijo la imagen blanca de la Virgen María, evocadora e inolvidable para los antiguos seminaristas. En el campo circundado de olmos, acacios, aromos y encinas, se alzaba la estatua de la Madre de Dios y de la Iglesia. Allí íbamos cada año, en procesión, desde la capilla grande a inaugurar el mes de María, de tan gratos recuerdos. Esa tarde del 7 de no-

viembre, fresca, alegre, aromática y religiosa, nos trae a la memoria los más bellos días de nuestra niñez y juventud. Los corazones de los levitas, pequeños y grandes, se abrían a las más legítimas esperanzas y en ese momento ofrendábamos a María nuestros cantos y plegarias. Desde la capilla hasta el lugar de la estatua, los seminaristas adornábamos los caminos del parque con faroles de papel de variados colores, dentro de los cuales se colocaba un pedazo de vela; a la hora del crepúsculo se encendían, y el Seminario cobraba especial encanto. La imagen de María, de 70 centímetros, traída de Europa por Larraín Gandarillas, que presidía la minúscula capilla de la Congregación dedicada a Ella, en el segundo piso, contigua a la mayor, era llevada en andas al campo para continuar la tradición iniciada el 6 de noviembre de 1853. Ese día, en la antigua sede del colegio eclesiástico, en la calle del Chirimoyo, el nuevo Rector, Joaquín Larraín Gandarillas, inauguró el mes de María que fue el primero efectuado en el país y el origen de tan laudable devoción.

Si alguien tuviera la curiosidad de hacer una encuesta entre los seminaristas sobrevivientes de la primera mitad de este siglo, y nos preguntara cuáles fueron las horas más felices de nuestra vida en el Seminario, todos responderíamos: aquellas en que el Rector nos comunicó que el Arzobispo nos llamaba al sacerdocio y esas en que inauguramos el mes de María, en el inolvidable atardecer de los primeros días de noviembre.

En 1932, al retornar al viejo Seminario de la infancia, lo encontré más reducido: ya no existía la laguna y el extenso campo de la Virgen llegaba sólo hasta el frontón grande. Todo había cambiado en el curso de tres lustros, desde que

hastiado abandoné el colegio, en diciembre de 1918, haciendo mil protestas de que jamás volvería a él. Por la avenida Providencia, en el antiguo parque que llegaba hasta Condell, en 1919, se construyeron durante este lapso 1920-1932, algunas residencias que perturbaron la paz, el silencio acogedor indispensable y la independencia del Seminario. En una ocasión, poco después que salí del establecimiento, ordenado sacerdote, el Ministro del colegio sorprendió a un joven alumno de teología, ciudadano de un país amigo, rondando la casa de la dama de sus pensamientos. La aventura costó al enamorado, su regreso a la tierra que le vio nacer.

— La inflación y la crisis económica disminuyeron las exiguas rentas del Seminario y fue necesario buscar nuevas entradas para la supervivencia del colegio, cuyos alumnos éramos en su mayoría becarios. Se vendieron entonces a vil precio los mejores terrenos, el dinero se invirtió mal, porque feliz o desgraciadamente, Dios lo sabe, los eclesiásticos no somos financistas y generalmente nos asesoramos mal en esta materia; sin embargo esto no significa que ignoremos las injusticias sociales imperantes en los países donde domina el sistema económico capitalista. Las rentas del Seminario disminuyeron tanto que muchas veces profesores y alumnos no tenían lo indispensable para subsistir. Esto no sucedió jamás mientras estuve en el establecimiento, hasta diciembre de 1938. Después se inició la venta del campo de la Virgen y con este dinero se comenzó la construcción del nuevo edificio del Seminario de Apoquindo, que se inauguró con el año escolar de 1955. Los seminaristas se trasladaron al nuevo, que no hace mucho abandonaron para adquirir otro en La Florida.

Hoy lo único subsistente del viejo colegio, fundado por el obispo franciscano, Fr. Diego de Medellín, en 1584, es la capilla del actual templo parroquial de los Santos Angeles Custodios, que se alza en medio de las nuevas calles con nombres de obispos y sacerdotes, y de los altos edificios, para recordar a los habitantes de Providencia y de Santiago, que allí se formó el clero de esta arquidiócesis, respetado y querido por muchos títulos.

Durante su estada en Providencia, los rectores del Seminario, fueron, generalmente, sacerdotes de mucho prestigio por su piedad, talento y cultura: desde 1853 hasta 1878, lo regentó Joaquín Larraín Gandarillas; él lo organizó y reglamentó minuciosamente en todo orden de cosas. Mientras el laborioso humanista y apostólico varón ejercía, primero, el oficio de vicario general, obispo auxiliar del segundo Arzobispo de la metrópoli, Rafael Valentín Valdivieso, y el de vicario capitular a la muerte de éste, lo reemplazó interinamente en el rectorado, el jesuita, Zoilo Villalón (1823-1881); en 1882, le sucedió en el cargo, el Pbro. Rafael Eyzaguirre (1846-1913), docto y santo sacerdote, autor del discutido libro sobre el Apocalipsis de San Juan, de clara tendencia milenarista; renunció en 1895, y al año siguiente fue nombrado para sucederle el Pbro. Rodolfo Vergara Antúnez (1847-1914), profesor del establecimiento y Rector de la Universidad Católica de Santiago, desde 1898, hasta su muerte. Vergara fue autor del conocido "Mes de María" que se reza hasta nuestros días en templos y hogares chilenos; entre las oraciones hay una muy hermosa de estilo romántico, pero que tiene, para los hijos de esta tierra, un especial encanto. Su autor tenía fama de literato, pero como le escuché muchas veces al querido y

recordado Dr. Augusto Orrego Luco, “le gustaba dorar el oro y perfumar las flores”, frase lapidaria que retrata lo que era Vergara Antúnez, como escritor. Ejerció el rectorado escasamente dos años, sin pena ni gloria. Cuatro lustros gobernó el colegio el canónigo Gilberto Fuenzalida Guzmán (1866-1938); fuera de la prebenda que tuvo en la Catedral de Santiago, fue escritor de pluma castiza y elegante, sus pastorales y sermones son modelo de corrección idiomática; no le faltaba el don de la palabra, pero carecía de voz potente, era bondadoso y de vida integérrima. Se hizo querer y admirar de los seminaristas en los que ejerció grande influjo en lo referente a las ideas políticas y sociales ultraconservadoras que profesaba. Fue nombrado obispo de la Concepción (1918).

Le sucedió su discípulo, el Pbro. Rafael Lira Infante (1879-1958). Recibió el título de abogado (1902), y fue un eclesiástico fiel a su sacerdocio, muy terco y ultramontano por atavismo y educación. Permaneció en el rectorado sólo cuatro años (1918-1922), y por sus ideas anticuadas tuvo grandes dificultades con el visionario Arzobispo Errázuriz Valdivieso. Fue el primer obispo de Rancagua y el segundo de Valparaíso.

Desde el Padre Villalón hasta Lira Infante, los rectores guiaron el Seminario según el espíritu conservador y tradicionalista de Joaquín Larraín Gandarillas. El establecimiento mantuvo sus tres secciones: preparatoria, eclesiástica y seglar, todas con una rígida disciplina, poco adecuada para formar sacerdotes seculares, cuya actuación está en medio del “mundanal ruido” como diría Fr. Luis de León. Los seminaristas internos salían los lunes primeros de cada mes y las visitas de las familias de los alumnos eran los domingos y jueves de 2.30 a 4.40 de la tarde; las salidas y las visitas

eran suprimidas a los alumnos de mala conducta. El Establecimiento asemejábase a un reformatorio, donde había también duros castigos, el más suave quizás era la “cachucha” o bofetada, que los inspectores daban a los niños en la cara, naturalmente a los que pacientemente las aceptaban. Cierta vez tuve que repelerlas en forma violenta, y al inspector no le quedaron deseos de castigarme de nuevo en esa forma.

Existía también el Seminario de San Pedro Damiano, creado por el Arzobispo Rafael Valentín Valdivieso, el 28 de junio de 1869, y suprimido en 1893, por su sucesor Mariano Casanova. Valdivieso, por consejo tal vez del aristocrático Rector, Larraín Gandarillas y ambos dominados por el ambiente y la costumbre de la época, fundaron el Seminario para provincianos, campesinos y niños pobres. El colegio se instaló en las viejas casas, que aún quedaban de la chacra de Providencia, ubicadas cerca de la avenida Condell, sitio que después fue convertido en parque y canchas destinadas al juego de pelota. Su primer prefecto fue el seglar Ramón Zuazagoitía. El colegio de campesinos y pobres se estableció después en la Casa de Refugio de la calle Lira esquina de Santa Victoria, y desde 1888 hasta 1893, lo regentó el futuro académico, canónigo y vicario general de tres arzobispos, Manuel Antonio Román.

— En este Seminario se formaron, en sus primeros años, el Cardenal-Arzobispo de Santiago, José María Caro, hijo de modestos campesinos de Cahuil, el humanista Manuel Antonio Román, también de humilde familia del Olivar Alto, el vicario general de dos arzobispos, Miguel Miller, el canónigo Germán Gamboa, y muchos otros que dieron lustre al clero chileno. No en vano San Lucas recuerda que el

Señor “derribó a los potentados de sus tronos y exaltó a los humildes” (2).

Probablemente nuestra época considera un traspie lo que hace un siglo parecía acertado, con el objeto de acrecentar las vocaciones sacerdotales, pero es evidente que el colegio creado por el Arzobispo Valdivieso, sin soñarlo él, contribuyó a excitar en el país la diferencia de clases, la rebeldía del pobre contra el rico; sin embargo, Manuel Antonio Román, largos años vecino de Providencia, carecía de malicia y de complejo de inferioridad y no fue partidario de la supresión del Seminario de San Pedro Damiano; el autor del célebre “Diccionario de Chilenismos” estimaba útil y necesario este colegio eclesiástico, pero el Arzobispo Casanova, en hora oportuna, captó el fenómeno de la lucha de clases y, a pesar de la opinión contraria de su amado Secretario de Cámara, Román, enérgicamente, lo cerró para siempre.

El canónigo de la Catedral, Julio Rafael Labbé Torrealba (1868-1945), fue Rector del Seminario Conciliar desde 1922 hasta 1926. El inició las grandes reformas en el establecimiento, secundado por su ministro o vicerrector, Juan Subercaseaux Errázuriz (1896-1942). Labbé, como pocos sacerdotes de su tiempo, poseía muy buen gusto artístico y era un eximio conocedor de las Bellas Artes, fundó con el Pbro. Julio Restat (1882-1933), el Museo del Seminario, que exhibía valiosas obras artísticas, y, por orden de la Santa Sede, suprimió la sección seglar con el fin de dedicar exclusivamente el colegio a la formación del clero. Grave error que dio comienzo a la crisis de vocaciones sacerdotales, porque

(2) Lc. 1.52. Biblia de Jerusalén.

la sección seglar, formaba buenos cristianos, futuros padres de familia y jefes de hogares católicos, también en esta sección se fomentaron las vocaciones eclesiásticas y algunos alumnos pasaban a continuar sus estudios en el curso de teología y eran llamados al presbiterado.

En 1926, el Arzobispo Crescente Errázuriz Valdivieso, nombró Rector a su sobrino-nieto, Juan Subercaseaux Errázuriz, de treinta años de edad y con antecedentes artísticos. Reformó totalmente los estudios y otorgó especial importancia a la vida litúrgica y al canto gregoriano; pero la disciplina proseguía tan rígida como antaño. Promovió en los seminaristas el gusto por el arte y la literatura, para lo cual dictó clases de Historia del Arte e impulsó con empeño la Academia de San Agustín, fundada en 1860, y cuyo primer presidente fue el futuro Arzobispo de Santiago, Mariano Casanova, a quien muchas veces me he referido en estas "Crónicas". La Academia sobrevivió hasta 1954, año que el Rector Alberto Rencoret Donoso, ex-Prefecto de Santiago y futuro Arzobispo de Puerto Montt, la dejó morir; fue el alma mater de la formación humanística del antiguo clero chileno e hispanoamericano. En ella los futuros sacerdotes cultivaron las letras y muchos de los auténticos valores de la literatura chilena, eclesiásticos y seglares, en sus inolvidables sesiones semanales, aprendieron a conocer los más íntimos secretos de la lengua de Cervantes. Es oportuno recordar aquí al actual Arzobispo de La Paz, Bolivia, Mons. Jorge Manrique Hurtado, mi compañero de estudios en teología y de actividades académicas, en las cuales se destacó. En estos días ha brillado en su patria y América, como apóstol muy valiente de los derechos humanos y de la Iglesia.

Nunca olvidaremos las sapientísimas lecciones literarias de dos de sus más entusiastas presidentes: Eduardo Escudero Otárola (1891-1949), y Julio Tadeo Ramírez Ortiz (1889-1951). En 1950, también tuve el honor de ser uno de los últimos presidentes, nombrados por el Rector, Emilio Tagle Covarrubias.

Ordenado obispo de Linares, Juan Subercaseaux Errázuriz, "promoveatur ut removeatur", promovido para ser removido, en marzo de 1935, el Arzobispo de Santiago, José Horacio Campillo, que sería tozudo, pero no despistado, como algunos creen, nombró Rector al director espiritual del colegio, Mons. Alejandro Huneus Cox (1900), joven entonces de 35 años, actual Dean de la Catedral de Santiago y Protonotario Apostólico. Mons. Huneus era el sacerdote más adecuado para el desempeño del cargo, porque tenía grande autoridad moral sobre los seminaristas, y sus conocimientos pedagógicos le permitieron comprender que era necesario suavizar las asperezas producidas entre los alumnos por la rígida disciplina del colegio, sin quebrantarla ni destruirla, porque ella es indispensable en toda institución y con mayor razón en un Seminario. El 19 de marzo de 1935, día del Arzobispo, en su quinta de San Bernardo, a la que invitaba todo los años a los seminaristas, a los cuales quería entrañablemente, nos dio a conocer la grata nueva de la designación de Mons. Huneus, como Rector del colegio.

Desde entonces hubo mayor amplitud para que los alumnos de teología conocieran el mundo o el ambiente en el cual debían actuar más tarde; el novato Rector abrió esa pequeña ventana de que hablaría casi un cuarto de siglo más tarde, el Papa Juan XXIII, para que entrara al Seminario el aire puro

de la vida secular que debíamos respirar los levitas cuando saliéramos a ejercer el ministerio sacerdotal. Mons. Huneeus tuvo gran respeto por la persona y dignidad de los jóvenes alumnos, y con su caridad insinuante, que inspiraba confianza, sabía cerrar discretamente la ventana ante el peligro del huracán. En general, los seminaristas acataban los bondadosos consejos del Rector. Quienes no compartían sus ideas, con la mejor buena fe, lo criticaron duramente por haber sido demasiado bueno y porque estableció una comunicación directa con los alumnos, práctica inaudita en aquel tiempo.

Hay un hecho objetivo que justifica los actos del Rector y lo reivindica antes de medio siglo de su paso por la dirección del establecimiento: de los sacerdotes formados por Huneeus, sólo dos o tres defecionaron en esos días turbulentos de la Iglesia de los cuales ya sólo queda un triste recuerdo.

Mientras Huneeus ejerció el rectorado (1935-1939), el Seminario fue el hogar acogedor que todos añorábamos, entonces no daban ganas de salir. En cuanto a la vida litúrgica y a los estudios, continuó la obra benéfica de Subercaseux, y otorgó mucha importancia al futuro apostolado de los seminaristas; él mismo, como antiguo cura de tres parroquias, dictaba las clases de Pastoral y Acción Católica para adiestrar a los párrocos del porvenir; tampoco descuidó la formación ascética y escriturística de los alumnos de filosofía y teología, personalmente hacía el curso de ascética y enseñaba a leer la Sagrada Escritura, en sus lecciones sacras dadas en la capilla de teólogos, semanalmente. Veló también por la buena marcha de las Academias literarias de San Agustín y de Santo Tomás de Aquino; la primera celebró con fiestas, muy solemnes, sus 75 años de laboriosa vida, en 1935.

— Antes de la llegada de Mons. Huneeus, los seminaristas estábamos divididos en dos bandos: los que seguíamos las inspiraciones del Cardenal Eugenio Pacelli, después Pío XII, que prohibía la intervención del clero y de los dirigentes de la Acción Católica en la menuda política de partidos y aquellos que, con subterfugios, orientados por algunos superiores y profesores de tendencias conservadoras, formados en la escuela de Larraín Gandarillas, Eyzaguirre y Fuenzalida Guzmán, opinaban que el sacerdote debía favorecer al entonces único partido integrado por católicos. Nunca el clero chileno se mezcló más directa y entusiastamente en la política de partidos que desde 1845 hasta 1935; pero tal intromisión era del agrado de los conservadores, nacionales de hoy, de los capitalistas, porque los favorecía, ahora que los obispos y sacerdotes estamos en favor de los pobres y defendemos a los perseguidos, entonces hacemos política... Se aplica la ley del embudo... El Rector Huneeus Cox, es hijo de Alejandro Huneeus García-Huidobro, connotado político conservador, pero partidario de las doctrinas sociales avanzadas de León XIII; sin embargo, su hijo sacerdote es enemigo de la participación del clero en la lucha de los partidos y nunca aceptó que los eclesiásticos ayudaran a los conservadores, pero tampoco combatió jamás la tienda política en que militaba su padre. Huneeus pacificó los espíritus de los jóvenes alumnos, nos enseñó el respeto por la opinión ajena, sostuvo la tesis del Cardenal Pacelli, que era la de Pío XI, y se acabaron las disputas entre los teólogos seminaristas. Esto bastaría para señalarlo como el mejor maestro del clero en este siglo. El alejamiento de Mons. Huneeus del establecimiento, no sólo fue sentido sino llorado por numerosos profesores y la mayo-

ría del alumnado. No fui testigo del triste suceso, porque ya estaba de párroco interino en Santa Filomena.

A Monseñor Alejandro Huneus sucedió, Monseñor Eduardo Escudero Otárola. Este había nacido en San Felipe, e hizo sus estudios en el Seminario de Santiago y en la Universidad Gregoriana de Roma, en la cual recibió el doctorado en filosofía y teología. En la ciudad eterna fue ordenado sacerdote en 1914. Enseñó teología, filosofía, latín y literatura, en el colegio eclesiástico santiaguino, desde 1915, hasta su muerte. En el mismo establecimiento desempeñó, largos años, el cargo de Prefecto de Estudios y en 1935, al crearse la Facultad de Teología de la Universidad Católica Pontificia, fue elegido su primer decano. En el Seminario presidió largo tiempo las Academias de Filosofía, de Santo Tomás de Aquino y de San Agustín. Escribió un solo libro: "Fe y Agnosticismo Contemporáneo". Fue más de treinta años el verdadero mentor intelectual del Seminario y el maestro por antonomasia del clero formado entre 1915 y 1950.

Desde 1930 hasta 1939, ejerció muchas veces el rectorado del colegio eclesiástico en el carácter de interino. Nombrado en propiedad en 1939, rectificó, con mucho talento y discreción, las sabias normas disciplinarias de su antecesor, pero, con criterio ecuánime, mantuvo esa gran cordialidad entre maestros y discípulos, iniciada por Huneus, e inspiró confianza en los seminaristas que lo amaban entrañablemente; llamó a colaborar con él, en cargos de responsabilidad, a algunos de los que estuvieron junto a Mons. Huneus. Rector del Seminario Menor fue nombrado el actual canónigo arcediano de la Catedral, Mons. Francisco Javier Bascuñán, y vicerrector del Mayor, Mons. Guillermo Contre-

ras, quien también hoy forma parte del Senado eclesiástico y fue un leal colaborador de Mons. Escudero.

Mons. Escudero era un sacerdote esclarecido, franco, sincero, de pocas palabras, sin revés, con excepcional espíritu de justicia. El autor de estas "Crónicas" fue su alumno en filosofía, teología y secretario de la Academia de San Agustín, cuando él ejercía, con ejemplar sabiduría, la presidencia. En sus clases profundas, claras y amenas, como en la dirección de la Academia, no obstante su aparente terquedad, sabía decir el chiste oportuno, siempre ingenioso y nunca hiriente. En la colocación de las notas, jamás hizo acepción de personas, calificaba con precisión matemática; nunca he conocido, en largos años de estudios, un profesor más íntegro, más justo y ecuánime. En uno de mis certámenes del Tratado de la Santísima Trinidad, el más difícil del curso de teología, estimó que merecía de 1 a 7, la nota "3" con el signo +; cuando pedí al docto maestro una explicación acerca del significado de esta nota, me dijo: "mira, está mejor que para un simple tres "3", y si en el próximo trimestre no te alcanza para esta nota o para el "4", por ejemplo, lo tienes como término medio para la prueba final". En cambio otro catedrático, en un examen decisivo, se negó a aprobarme con la nota "6" seis, de 1 a 7, porque era literato: cuando mi erudito profesor, Fr. León Valenzuela, franciscano, santo entre los santos, sin alardear de tal, le insistió que merecía un "6", él le dijo al oído, un secreto a voces que pude escuchar: "no, un cinco no más, porque es literato"; para ese profesor era un delito escribir, pero no se ruborizaba cuando pedía a ese "literato" que le hiciera discursos para los seglares de una Sociedad asesorada

por él, y naturalmente no se arredraba en hacerlos aparecer como de su cacumen.

Monseñor Escudero siempre estaba presto para defender a los seminaristas, cuando su recto criterio estimaba que el alumno tenía razón en sus puntos de vista, aunque fueran las ideas más avanzadas y hubiera de por medio algún obispo pelucón de esos que entonces mandaban en la Iglesia y hacían efectiva labor política. En cierta ocasión se puso de mi parte en una agria disputa que tuve con un obispo muy influyente a quien todos consideraban la espada de la justicia divina y a la postre resultó ser la de Damocles.

Escudero poseía una cultura humanística completa, dominaba todos los ramos del saber, perteneció a la Academia de Astronomía y era latinista acabado, conocía las literaturas antiguas y modernas. En su calidad de Presidente de la Academia de San Agustín, sus discípulos le debemos lecciones más útiles y prácticas que si las hubiéramos adquirido en afamados centros de cultura, éstas son, en realidad, impagables. Era, además, un hombre todo corazón, lleno de mansedumbre, jamás nadie le vio alterado, lo traicionaba su apariencia rígida, su acentuado perfil dantesco.

Durante el rectorado mantuvo y acrecentó el prestigio del viejo y añorado Seminario de Providencia. El clero chileno lo venera y, con toda justicia, la Santa Sede lo honró con el título de Prelado de honor del Papa.

En 1949, a la muerte de Mons. Escudero, el Cardenal-Arzobispo Caro, nombró Rector al actual Arzobispo-obispo de Valparaíso, Monseñor Emilio Tag'e Covarrubias (1907), el último que dirigió el colegio en Providencia (1949-1954), y a quien correspondió trasladarlo a Apoquindo.

Mientras Mons. Tagle estuvo a cargo del establecimiento defendió su patrimonio espiritual y literario y se hizo querer de sus discípulos.

XV

LICEO JOSE VICTORINO LASTARRIA

El otro colegio de importancia en la comuna de Providencia, es el Liceo José Victorino Lastarria, creado el 1º de junio de 1913, abierto en esos mismos días invernales, en la parte poniente de la extensa propiedad del obispo, Miguel Claro Vásquez, de quien ya se habló entre los vecinos.

Inmediatamente fui matriculado en el Liceo Lastarria. Asistí un poco tiempo al primer curso de preparatoria, a los siete años, poco después abandoné el establecimiento por causa de mi precaria salud. Casi todos los niños, moradores de Providencia, ingresaron al mismo curso; entre otros, Luis y Rafael Grau, Oscar Solís Vargas y Humberto Guiraldes, coronel de Ejército, hoy en retiro. Nuestro profesor fue don José Manuel Estay, maestro comprensivo, muy bondadoso que se convirtió de inmediato en amigo de sus pequeños alumnos. Su figura amable, no se ha borrado de la memoria de sus numerosos discípulos.

El Liceo inició sus labores docentes con cuatro cursos, dos de preparatorias y dos de humanidades, con un total de ciento veinte alumnos.

→ Don Tomás Guevara Silva (1860-1935), fue el primer Rector, a quien acompañaban los señores Carlos Calderón Vergara y Alberto Ossa, como inspector general e inspector respectivamente. Los primeros profesores, fuera del señor Estay, eran los señores: José Manuel Castillo, de Historia y Geografía; Maximiliano Cid, de inglés; Armando Carrillo de francés; los Pbro. José Agustín Erazo (1875-1951) y Ricardo Canales Granifo (1850-1942), de religión; a cargo de la segunda preparatoria estaba el Sr. Manuel Núñez Ibar.

Entre los alumnos del primer año de humanidades de 1913, recuerdo al actual General de División en retiro y prestigioso jefe del antiguo Ejército, Carlos Guiraldes.

Los rectores que sucedieron a don Tomás Guevara, son los señores: Ulises Vergara, después Rector del Instituto Nacional (1927-1928), Emilio Muñoz Mena (1929), Juan N. Durán Muñoz (1929-1944), José del Carmen Gutiérrez Fre-des (1944-1946), Belisario Aviés (1947-1964), Agustín Candia Valdebenito (1964-1971), Ramón Molina Guzmán (1971), Francisco Arans Camus (1972-1975), Bernardino Silva Riesco (1975-1976), Alejandro Karelovic Kirigin (1976), Raúl Pérez (1976-1977) y María Eugenia Abarca desde 1977, hasta nuestros días.

Evocaré, naturalmente, al Rector de mi época de Lastarino, don Tomás Guevara Silva, y a algunos de los profesores de entonces. Don Tomás era al mismo tiempo profesor de castellano, en los tres primeros años de humanidades; venía de Temuco, cuyo liceo regentaba; antes había sido profesor

en el de Angol y desde 1892 hasta 1896, sirvió la secretaría de la Intendencia de Malleco; en 1893, fue el primer gobernador del departamento de Mariluán, al que se asignó como capital la ciudad de Victoria; formó parte de la Comisión Organizadora encargada de crear el Liceo de Niñas de Angol, colegio que inició sus tareas docentes en 1900, y en 1903, se convirtió en Fiscal. En 1897, cuando se reabrió el Liceo de Hombres de la misma villa de los Confines, después de su clausura, el 10 de octubre de 1891, don Tomás, se contó entre sus más competentes maestros, junto con los señores Guillermo Cid Morales y Agustín Maturana. Víctor Sánchez Aguilera, en "La Ciudad de Los Confines", escribe, al referirse a don Tomás Guevara: "El primero, gran historiador, etnólogo y arqueólogo, desempeñó en Angol, además de sus funciones docentes, cargos administrativos, como Secretario de la Intendencia de Malleco y Gobernador del departamento de Mariluán, al tiempo de su creación. Posteriormente fue Rector del Liceo de Temuco y del José Victorino Lastarria, en Santiago".

"Escribió muchas obras notables sobre el idioma castellano, sobre la historia de la Araucanía y sobre la vida mapuche, que él pudo estudiar junto con el idioma, en las primeras reducciones indígenas. El señor Guevara es una autoridad en los estudios a que dedicó gran parte de su vida. Permaneció en Angol durante ocho años" (1).

"Formó, anexo al Liceo, un notable museo etnológico y arqueológico indígena" (2) que, como la Biblioteca Pública,

(1) "La Ciudad de los Confines", Págs. 356, 1953.

(2) Id.

fue destruido en una de esas inundaciones tan comunes en el sur.

— Domingo Amunátegui Solar (1860-1940), Rector de la Universidad de Chile, propuso para dirigir el nuevo Liceo José Victorino Lastarria, a su amigo, contemporáneo y colega de aficiones históricas, Tomás Guevara, erudito investigador de los araucanos, autor de una de las mejores obras sobre nuestra prehistoria, “Chile Prehispánico” e “Historia de la Civilización de la Araucanía”, en tres tomos. Don Tomás llegó a Angol poco tiempo después de la creación de las provincias de Malleco y Cautín, por ley del 12 de marzo de 1887, hecho que él recuerda en las páginas 502 y siguientes de su “Historia de la Civilización de la Araucanía”. Aunque estas obras hayan sido superadas con nuevas investigaciones, siempre se les considera entre las mejores informadas sobre la materia.

— Escribió también la “Historia de Curicó”, hoy muy escasa. Su autor gozaba de tanto prestigio que al fundarse la Sociedad Chilena de Historia y Geografía en 1911, siendo todavía Rector del Liceo de Temuco, presidió en nuestra capital, la primera sesión en la que se constituyó. Era miembro correspondiente de numerosas instituciones internacionales, europeas, y americanas; concurrió a varios congresos de americanistas, del primero, celebrado en Buenos Aires, fue secretario.

El señor Guevara hablaba en un tono golpeado y cadencioso. No obstante su rigidez y seriedad era sumamente querido, por los niños y jóvenes liceanos, aun cuando, como se acostumbraba entonces, se acercaba poco a nosotros fuera de la hora en que dictaba sus clases a las cuales llegaba pun-

tualmente; no pocas veces nos esperaba en la puerta de la sala.

En los años 1914 y 1915, el autor de estas "Crónicas", iba al Liceo, tarde, mal y nunca; sin embargo, logré hacer las dos preparatorias e ingresé al Seminario Conciliar de los Santos Angeles Custodios, en 1916. Dos sacerdotes, parientes de mi padre, profesores del colegio eclesiástico, buscaban seminaristas y "me echaron el ojo". Desgraciadamente, entonces, quedé hastiado de la rigurosa disciplina de cuartel que imperaba en el Seminario. Volví al querido Liceo Lastarria, en 1919, al primer año de humanidades. De ese curso recuerdo a algunos compañeros: Raúl Bonilla Rojas, Luis Bravo Leay, Enrique Laserre, Tulio Guevara Calderón, nieto del Rector, con los cuales sigo siendo muy amigo, y Eugenio Tagle Santelices, ya fallecido.

El Rector, don Tomás Guevara, hacía la clase de castellano y como admirador de los clásicos y de los buenos escritores españoles, se solazaba en aconsejarnos que aprendiéramos de memoria versos y trozos escogidos. Me parece verlo con los brazos cruzados sobre la espalda y todavía escucho su voz, golpeada y monótona, dictando la fábula de Samaniego: "Llevaba en la cabeza una lechera"... En una ocasión llegó, el querido don Tomás, con una herida en la punta de la nariz: tan pronto entró en la sala, irrumpí en estruendosa carcajada. El maestro, sin alterarse, exclamó: "¿por qué se ríe este... Fidel Araneda, hombre? Después de explicarle el motivo de la risa, el buen don Tomás, relató su triste aventura: mientras caminaba lentamente por la avenida Providencia, en uno de sus habituales paseos, un carretonero que pretendía dar latigazos a su caballo, desvió casualmente la huasca y lastimó la nariz del Rector. El señor Guevara, te-

nía entonces sesenta años, era de elevada estatura, derecho, enteco, de hermosas facciones, ojos azules, escaso cabello gris ensortijado; la boca muy fina y la nariz bien perfilada, imponía respeto por su noble apostura y era elegante en sus modales y en el vestir. Hubo un tiempo que don Tomás Guevara se destacaba como la personalidad intelectual más importante de la comuna.

El Rector admiraba la raza araucana, sabía de memoria “La Araucana” de Ercilla, por lo menos recitaba largas estrofas de memoria y en sus clases, nunca le faltaba ocasión para referirse cariñosamente a los naturales y exaltar su pujanza y heroísmo; se le conoce con justicia, como el historiador de esa gente “gallarda y belicosa”, que tuvo en ascuas a los conquistadores españoles durante más de dos siglos. Guevara, en su obra histórica, se compadece de los indios y elogia su laboriosidad. Don Desiderio Lizana Droguett, amigo y contemporáneo de don Tomás, en “Los Nichos”, tan citados en estas “Crónicas”, dedica al historiador de los araucanos, una estrofa relacionada con sus aficiones etnológicas: “También construyó aquí su pobre “ruca” / mi buen amigo don Tomás Guevara; / y la gente mapuche se prepara / a venir a tocarle la trutruca / cuando a “Pillán” contemple cara a cara”.

El Rector era tan amigo y admirador de los naturales sureños que trajo a uno de ellos, Francisco Cayuleo Catrileo. Este, junto con estudiar en el Instituto Pedagógico, ejercía el cargo de inspector para ayudar a don Carlos Calderón Vergara en la vigilancia de los alumnos. Entre los años 1919 y 1924, Cayuleo Catrileo era el personaje más importante del colegio. Los niños, casi todos santiaguinos, la mayoría de ellos nacidos

en Providencia, no habíamos visto nunca un descendiente inmediato de los aborígenes y nos llamaba la atención la fisonomía del nuevo inspector, por lo cual luego lo motejamos de “indio Cayuleo”. Era un joven muy modesto, bondadoso e ingenuo; desconocía en absoluto el buen humor y la picardía del chileno, nosotros abusábamos, le hacíamos una y otra vez las bromas más pesadas y él no se inmutaba.

Cuando los alumnos teníamos dificultades con los profesores, los padres y apoderados recurrían al Rector. Don Tomás tenía siempre soluciones salomónicas adecuadas para cada caso por difícil y engorroso que fuera.

Entre los profesores, jamás olvidaré a don José Manuel Castillo, “el guatón Castillo”, tengo de él un triste recuerdo: no brillaba por sus conocimientos científicos ni pedagógicos, ni mucho menos por sus buenos modales. En una clase me llamó a dar la lección frente al mapa, como era su costumbre. Salí y guardé, adrede, absoluto silencio; como este persistente mutismo le fastidiara, me increpó bruscamente: ¡habla! pregunte Ud., respondí, sin turbarme. Ya estábamos aburridos los niños de su torpe sistema pedagógico. —¡No! di tú, insistió muy airado. Obstinado contesté: —Pregunte Ud. —¡Estúpido! habla, repitió enfurecido. El estúpido es Ud. repliqué muy irritado, porque nunca explica una lección y en seguida quiere que vengamos aquí con las páginas aprendidas de memoria. Al escuchar estas palabras de un niño, que aún no cumplía 14 años, montó en cólera el señor Castillo y me mandó a la oficina del Rector, pero antes de salir le dije: Me voy, no adonde el Rector, sino a casa para volver al Liceo con mi padre. Así lo hice, y de la cordial entrevista con el Rector resultó la salomónica decisión de don Tomás

que definió mi vocación a los estudios históricos y a las letras:

“Don Fidel, expresó don Tomás a mi padre, voy a cambiar de sección a Fidel, lo enviaré al tercero, donde hace clases de historia, don Gabriel Amunátegui”.

El Rector, don Tomás Guevara, era un gentil hombre que bien hubiera podido llevar capa y espada. Naturalmente, el sistema pedagógico del Rector distaba mucho del que empleaba el señor Castillo; pero entonces el principio de autoridad era sagrado y solía atropellar la virtud de la justicia, sin embargo, como “más sabe el diablo por lo viejo que por lo diablo”, el Rector buscó una solución que no perjudicó a nadie y a la larga favoreció al alumno.

Don Gabriel Amunátegui Jordán, en 1921, regentaba la clase de historia en el establecimiento y poseía condiciones de maestro eximio: dominaba ampliamente la materia y comprendía a los niños, diría que los adivinaba. El incidente con el señor Castillo, provocado intencionalmente por mí, fue de honra y provecho, porque Amunátegui, con su talento, competencia, erudición y excepcional pedagogía, despertó en el nuevo discípulo el gusto por los estudios históricos y la historia constitucional de Chile, además consolidó esa afición a las bellas letras que me inculcó don Tomás Guevara, en el primer año de humanidades. Hasta entonces, sólo leía “El Peneca” y cuentos ligeros; el fruto de las clases doctas y amenas de Amunátegui Jordán fueron las biografías de los “Presidentes Constitucionales de Chile”, que terminé el 30 de agosto de 1921.

Desde ese año comencé a frecuentar la Biblioteca Nacional que estaba ubicada en el antiguo Palacio del Consulado, frente al Congreso Nacional, en la calle Compañía esquina

de Bandera. Allí conocí e intimé con los señores: Augusto Orrego Luco (1848-1933), que tanto me ayudó a conocer la literatura chilena y extranjera, y Enrique Blanchard Chessi, jefe de la sección chilena, que divulgaba en "El Peneca" la historia de Chile, y traté también al ilustre folklorista y más tarde académico, como Orrego Luco, don Ramón A. Laval.

A los quince años escribí pésimamente, pero con mucho entusiasmo, esas vidas de los presidentes constitucionales de Chile que tuve la desgracia de publicar tres años después, opúsculo detestable del que ya a los veinte años me avergonzaba, pero del cual recibí entusiastas y elogiosas críticas del querido Rector don Tomás Guevara y de Alone, en "La Nación", que fueron para mí más valiosas que un certificado de bachiller en humanidades que nunca obtuve ni he necesitado. Gabriel Amunátegui Jordán ha sido el mejor maestro que he tenido, tanto en el Liceo como en el Seminario y en la Universidad Católica Pontificia, y esto dicho sin diti-rambo; en ninguno de estos establecimientos abundaban los genios pedagógicos, con excepción, quizás, del jesuita norteamericano, Gustavo Weigel, que en 1938, al crearse el 5º año de teología, nos hizo clase de teología dogmática y puedo decir sin exagerar, que jamás comprendí mejor el sentido pastoral de la ciencia de Dios que en esas doctas lecciones del Padre Weigel S. J. Habló del Cuerpo Místico y de sus relaciones con la vida pastoral. Enseñó el sistema de La Taille, sobre el Sacrificio Eucarístico que fue muy del agrado de los nuevos sacerdotes-alumnos. Fruto de esas clases inolvidables es mi primer libro, "Cristo Luz del Camino"; el prólogo es del, entonces, obispo de La Serena y después primer Cardenal chileno, José María Caro Rodríguez (1866-1958).

Gabriel Amunátegui Jordán también era profesor de Derecho Constitucional, en la Facultad de Leyes de la Universidad de Chile y sus alumnos opinan lo mismo que el autor de estas "Crónicas". Jamás olvidaré las valiosas lecciones de Gabriel Amunátegui acerca de la historia ejemplar de nuestro país y de su fe en las instituciones democráticas chilenas.

Don Juan Nepomuceno Durán, fue nuestro excelente profesor de castellano y literatura, en el 4º año de humanidades, en 1922. Hacía clases muy amenas y orientadoras. No lo olvido: de pequeña estatura, muy elegante, siempre con una gran flor en el ojal del vestón y sus zapatos cubiertos con las polainas blancas, de moda entonces. Era poeta, autor de "Las flores del bien y del mal", título un poco manido, recitaba, de memoria versos propios y ajenos; es el autor de la letra del himno del Liceo, del cual fue Rector entre los años 1929 y 1944.

Fue muy querido por sus alumnos, nadie tiene de él un mal recuerdo. Durante su rectorado el colegio creció intelectual y materialmente: creáronse nuevos cursos y una Biblioteca Pública; se fundó el mediopupilaje y empezó a construirse el edificio donde funcionó el viejo Liceo, hasta que, hace poco, comenzó a abrirse la avenida "Nueva Providencia" y se levantó otro, con frente hacia la calle Miguel Claro. Del antiguo establecimiento ya no queda piedra sobre piedra.

Juan N. Durán alentó también mis aficiones literarias. Era militante activo del Partido Radical que agrupaba a la clase media y a numerosos profesores fiscales; pero él jamás hizo proselitismo, al contrario, fue siempre muy respetuoso de las ideas ajenas.

Durante su rectorado se conmemoró, solemnemente, el

25 aniversario de la fundación del Liceo y hubo un acto en el Teatro Baquedano, el 2 de junio de 1938. Allí, recién ordenado sacerdote, a petición muy honrosa del Rector radical, hablé en nombre de los ex-alumnos. Diserté sobre el "Magisterio Docente de la Iglesia". El discurso sirvió, poco después, al señor Durán, para defenderse de alguien que lo censuró, injustamente, como sectario y enemigo de la fe cristiana. En esa memorable ocasión recordé a don Tomás Guevara, al Inspector General, Carlos Ca'derón Vergara, profesor de trabajos manuales que me enseñó el tallado en madera, fiel colaborador y amigo de don Tomás Guevara; a mis primeros y venerados maestros, don José Manuel Estay y don Manuel Núñez Ibar, tan abnegados y doctos; al Pbro. José Agustín Erazo, profesor de religión, sacerdote dominico, primero, secularizado después; fue capellán y luego primer cura de la Vera Cruz, terminó sus días de canónigo en la Iglesia Catedral de Santiago; él fue quien descubrió en mí el germen de la tardía vocación al sacerdocio; a don Gabriel Amunátegui Jordán, entonces Director General de Bibliotecas, Museos y Monumentos Nacionales; a don Jorge Miranda, profesor de alemán, idioma que nunca aprendí; el señor Miranda dirigió más tarde, con mucho acierto, el Liceo de La Serena donde, en la década de 1950 a 1960, lo visité muchas veces; a los profesores de ciencias naturales, Francisco Fuentes Maturana y Marcial Espinoza. El primero era un sabio tan eminente como don Carlos Porter; a otro, lo recuerdo por su esmerada corrección en el vestir y finas maneras.

Un profesor muy estimado y singular era el de francés, don Teófilo Belmar Pereira, en cuyas clases los alumnos nos entreteníamos mucho con sus extravagancias, pero tam-

bién nos adiestró en el conocimiento de la lengua gala, con la cual he podido leer y traducir, regularmente, este idioma en el curso de la vida. Don Teófilo hacía leer en francés, el niño leía, pero como el profesor callaba, el alumno pensaba que la lectura era perfecta, sin embargo, al terminar el señor Belmar, sarcásticamente, manifestaba en idioma galo: “en francés ahora ‘mijito’”, frase que en el discípulo caía como un balde de agua helada. Cuando alguno de nosotros no le daba bien la lección, don Teófilo le lanzaba, más o menos, esta filípica: “Ud. ‘mijito’ es un ladrón, le está robando la plata (entonces había plata) a su papá y al Fisco ‘mijito’... ¿por qué no se dedica mejor a vender diarios, a lustrar zapatos o a cualquier cosa? ¿para qué está aquí en el Liceo, ocupando asiento, si no estudia?”. Los alumnos, lejos de sentir vergüenza, reíamos a mandíbula batiente.

A veces llegaba don Teófilo, a la sala de clases, con un martillo en el bolsillo trasero del pantalón y cuando su pie tropezaba con un clavo, sacaba la herramienta, arrancaba el clavo y seguía imperturbable la clase; al ver al profesor agachado, los alumnos lanzábamos sonoras carcajadas y el señor Belmar, impertérrito, preguntaba ¿De qué se ríen niñitos?

Poco tiempo antes de morir, ya muy viejo, don Teófilo, desayunaba conmigo en las parroquias de San Francisco Solano y San Saturnino, y rememoraba, contento cual un niño, los días de su alegre y provechoso magisterio, en el Liceo Lantarria.

Entre los profesores que se han destacado en las letras chilenas, fuera de los ya mencionados, figuran: Miguel Angel Vega, autor de numerosas y útiles monografías y ensayos, entre los que se destaca la obra recién publicada, “Historia de

la Literatura Chilena de la Conquista y de la Colonia”, en dos tomos, en la que “pone al día el trabajo semejante de don José Toribio Medina”, editado en 1878; Milton Rossel (1901-1968), mi recordado amigo, crítico literario ecuaníme, constructivo y versado, director de la revista “Atenea” de la Universidad de Concepción, que gozó de gran prestigio continental y en cuyas páginas colaboraron los mejores escritores hispanohablantes; Rossel mantuvo y acrecentó el prestigio de “Atenea”; José Caracci (1887-1979), célebre pintor, Premio Nacional de Arte, 1956, conocido como paisajista del Maule, discípulo de Pedro Lira. “Sus visiones, según Antonio Romera, son recias y vigorosas”, fue nuestro querido profesor de dibujo; Carlos Melo Cruz, autor de la música del himno del colegio, de justo renombre en el círculo de las artes musicales, fallecido hace algunos años y Alberto Zañartu Campino, profesor muy competente y estimado por los alumnos; éste en las clases de Historia y Educación Cívica, como en todas las actividades de su corta vida, se mostró, invariablemente, partidario de las libertades públicas y de la democracia sin apellidos. Murió trágicamente, baleado en los funerales del heroico estudiante de medicina, Jaime Pinto Riesco, muerto también en las refriegas de los últimos días de la dictadura del General Carlos Ibáñez del Campo, en julio de 1931.

En cuanto a los ex-alumnos, mi ánimo es recordarlos a todos, pero la memoria es frágil y han pasado ya casi sesenta años desde que abandonamos el colegio; además, no se trata de una obra histórica; mencionaré sólo a aquellos cuyos nombres vienen a mi mente: Galileo Urzúa Casas-Cordero, profesor, abogado, periodista y diplomático; Víctor León Quintana, servidor público, los innumerables hermanos, Bonilla Ro-

jas; los generales René Schneider Cherau, cobardemente asesinado en 1973, por su fidelidad a la democracia; Gustavo Leigh Guzmán, ex-Comandante en Jefe de la Fuerza Aérea, integrante de la Junta de Gobierno, entre los años 1973 y 1979, hombre de armas, fiel a sus convicciones y principios; los distinguidos médicos: Pedro García Palazuelos, Osvaldo Quijada, catedráticos universitarios muy connotados, Víctor Gaete Ahumada y Sergio Araneda Bravo, este último ya mencionado en otra parte de esta obra; Enrique Lafourcade, narrador y periodista de talento y Eduardo de Calixto Armijo, "Celedonio Menares", famoso actor cómico, tan popular por su actuación en "Hogar Dulce Hogar".

Los alumnos formaban "patotas" o grupos temibles, que eran el terror del vecindario y tenían en ascuas a la Policía. En una ocasión un grupo de liceanos de un sexto año, tomó a viva fuerza al compañero más estudioso, que era el predilecto de los profesores y se lo llevaron a la ribera del Mapocho, frente a Providencia, esquina de Román Díaz, y allí, después de propinarle una feroz paliza, lo soltaron no en muy buenas condiciones físicas.

Algunos muchachos se reunían para ir a formar desórdenes al Teatro Providencia o con el objeto de treparse a los centenarios árboles de la avenida, estos grupos bulliciosos cuando eran sorprendidos por los "pacos", los llevaban a la subcomisaría y allí mi padre los reconvenía; generalmente, entre estos alumnos revoltosos estaban: los hermanos mayores, Bonilla Rojas, los Cortés Monroy, los Müller y otros.

Al terminar la grata evocación de los queridos maestros del Liceo, un deber de gratitud me impulsa a mencionar, una vez más, al inolvidable Rector don Tomás Guevara.

Cuando fui joven lo conocí más íntimamente, y no me quedó la menor duda de que había tenido un maestro sapientísimo y bondadoso, un erudito y un hombre todo corazón, sencillo y comprensivo. Cuando jubiló en 1927, después de casi tres lustros de rectorado, escribí un artículo, en "Las Últimas Noticias", para exaltar su labor de etnólogo y maestro, pero entonces, yo tenía poco más de veinte años y era incapaz de hacer el elogio que don Tomás merecía.

Los años borran de nuestra memoria los nombres de mucha gente que conocimos en la niñez y en la juventud, y los de tantos que, posteriormente, nos han hecho más de una zancadilla, pero los de aquellos mentores que supieron comprendernos, ayudarnos y alentarnos, sin emulación ni envidias, esos nombres permanecen en nuestro recuerdo con imperecedera gratitud: Tomás Guevara Silva, Hernán Díaz Arrieta (Alone), Samuel A. Lillo, Augusto Orrego Luco, Gabriel Amunátegui Jordán, Arturo Alessandri Palma, Fr. Raimundo Morales, José Agustín Erazo, Juan N. Durán, Oscar Larson y Alejandro Huneus, son nombres queridos que las humanas veleidades de algunos, nos han enseñado a venerar aún más.

XVI

OTROS ESTABLECIMIENTOS EDUCATIVOS

Este capítulo lo vamos a dedicar a los únicos establecimientos educativos de la comuna entre los años 1911 y 1938, que abarcan estas "Crónicas".

Cuando mis padres llegaron a Providencia (1911), había un colegio de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, en el sitio donde, actualmente, está la calle Dr. Manuel Barros Borgoño, que desapareció muy pronto del barrio; quizás es éste el establecimiento que se instaló después donde hoy está el "Patrocinio San José", en la quinta que era del Arzobispo Casanova, en la calle Bellavista.

Durante largo tiempo, en la segunda cuadra de la avenida Manuel Montt, estaba la escuela de niñas, regida por la distinguida señora Isabel Kirman de Mondaca, esposa del poeta Carlos Mondaca. En esa época, doña Isabel, muerta nonagenaria en la década del 70, era una hermosa y agraciada joven cuya belleza, distinción y bondad, le atrajeron la sim-

patía y admiración no sólo de sus alumnas, sino de todo el barrio.

Quizás en 1912, doña Isabel creó un kindergarten mixto en la Escuela, y en él fuimos matriculados, mi hermana Inés, de cuatro años y yo de seis; pero asistimos muy poco tiempo a clases; recuerdo que eran en las tardes y regentaba el curso la señora Beatriz Morales de Liebau, que para nosotros era y fue siempre, la “señorita Beatriz”. Tenía un carácter especial para granjearse el cariño de los niños y durante largos años, iba a hacernos clases a nuestro hogar.

El otro colegio que estaba en la misma avenida Manuel Montt, casi al lado del Teatro Providencia, era el Kindergarten “Santa Sofía”, fundado, quizás, en 1915, por unas señoritas, cuyo apellido no recuerdo. En sus aulas aprendieron a leer casi todos los niños de Providencia, entre otros, Víctor Pinto Infante, los hermanos Leigh Guzmán, mis hermanos menores y otros.

XVII

ACTIVIDADES LITERARIAS

El Liceo era, naturalmente, el centro de todas las actividades culturales de la juventud providenciana, máxime de los ex alumnos del establecimiento.

En 1924, fundamos la Academia Literaria "Alberto Blest Gana", cuyas sesiones se efectuaban en la amplia y obscura sala de profesores del colegio, bondadosamente facilitada por el Rector, don Tomás Guevara. Allí nos reuníamos, entre otros: Raúl Illanes Fierro (1906-1924), músico precoz, atacado ya por la tuberculosis, Raúl Bonilla Rojas (1906), Luis Rodríguez Pacheco (1906), hoy distinguido arquitecto, Luis Alberto Carrillo, Eugenio Tagle Santelices (1908-1928) y algunos otros que no eran ex-alumnos del Liceo, como Carlos Illanes Peñafiel (1906-1968), Luis Tejeda Oliva (1904), prestigioso abogado y posteriormente, diputado comunista; Víctor Celis Riveros y el poeta, José Miguel Latorre.

Poco después tuvimos las reuniones en mi casa de la ave-

nida Providencia, esquina de Román Díaz. La Academia celebró, más o menos, diez sesiones, en las cuales perdimos el tiempo en discusiones bizantinas y peleas, entre académicos, provocadas por rivalidades para ocupar los cargos directivos. No pocas veces, mi madre llegaba “con mucho señorío”, como recuerda, Luis Rodríguez Pacheco, a hacernos callar, porque con nuestros alegatos y disputas, despertábamos “a la niña” (1). Los contertulios, de 16 a 18 años, salían a continuar sus alegatos en la Plaza “Manuel Atria” o en la esquina de Providencia con Manuel Montt, mientras yo, “según Luis Rodríguez Pacheco”, quedaba perplejo en casa.

La Academia “Alberto Blest Gana” eligió directores honorarios a los señores: Tomás Guevara y Samuel A. Lillo, este último, poeta, cantor de Arauco, creador y sostén del “Ateneo de Santiago” (1899-1931), secretario perpetuo de la Academia Chilena y al R.P.Fr. Raimundo Morales Retamal (1878-1956), también académico y Provincial de la Orden Franciscana. Los tres aceptaron las designaciones y nos ayudaron mucho. Don Samuel A. Lillo me invitó entonces a formar parte del Ateneo, y en 1929 ocupé la prestigiosa tribuna de la Corporación, en el Salón de Honor de la Universidad de Chile, para hablar sobre el poeta, Guillermo Blest Gana (1829-1905), en el centenario de su nacimiento. El estudio, muy mediocre, que me corrigió el Dr. Augusto Orrego Luco, admirador de Blest Gana, fue duramente criticado por los enemigos de don Samuel A. Lillo y del Ateneo; sin embargo, se publicó en forma destacadísima en “La Nación”, prestigioso diario santiaguino, fundado por don Eliodoro Yáñez, a

(1) Ena, la menor de mis hermanas,

quien se lo arrebató la dictadura del General Carlos Ibáñez del Campo.

El afán de los jóvenes de ese tiempo era conocer a don Samuel A. Lillo para que nos introdujera en el Ateneo, que ya comenzaba a decaer, y en el ambiente literario santiaguino.

La Academia "Alberto Blest Gana" tuvo dos sesiones públicas: en la primera, efectuada en el Liceo Lastarria, recibimos a los directores honorarios: Guevara, Lillo y Morales, quienes tuvieron palabras de aliento para los jóvenes organizadores de la institución literaria; en la otra tuvimos como huésped de honor, al poeta español, Francisco Villaespesa (1877-1936), que en esos días visitaba nuestro país; también lo invitamos a tomar once en el famoso salón "Olimpia", que estaba arrinconado en la calle Huérfanos al llegar a Bandera, en un local inmenso, a la sazón, uno de los más elegantes de la capital. Villaespesa ha sido una de esas célebres mediocridades de la poesía y del teatro hispano cuyo romanticismo trasnochado y enervante, evoca la dulzona languidez de José Zorrilla.

Publicamos, con grande esfuerzo, en Providencia, una revista mecanografiada, con dibujos, que titulamos "Minerva"; en sus páginas aparecían colaboraciones de los académicos imberbes, algunas serias, otras jocosas. El director era yo, pero lo hacían todo Luis Rodríguez Pacheco y Luis Alberto Carrillo Rojas. Sacamos dos números: en el primero, la portada tenía a la diosa "Minerva", y en el otro, el tranvía N° 34, que, en ese tiempo, comenzaba a correr desde la Estación Alameda hasta la avenida Yrarrázaval, por la de Pedro de Valdivia. Ya había levantado la línea de sus "carritos"

urbanos de sangre, don Fidel Oteíza, porque el avance del progreso se lo impuso.

En Providencia, en el Liceo Lastarria, comenzaron nuestras inquietudes intelectuales y literarias, gracias al estímulo de excelentes maestros.

XVIII

LO QUE DEJO LA PIQUETA

De la vieja Providencia ya sólo queda muy poco; la piqueta, que arrasó sin motivo, únicamente para ponerse a tono con el mal gusto de la época, con los mejores y más antiguos edificios públicos y particulares de la capital, no respetó tampoco la avenida Providencia.

Desde la Plaza Baquedano hasta Los Leones, se conservan: la capilla del Seminario de los Santos Angeles Custodios, convertida en templo parroquial; la iglesia y parte de la vivienda de las religiosas de la Casa Matriz de la Providencia; la capilla y uno que otro claustro del Hospital del Salvador; el amplio oratorio del Hospital San Luis; la iglesia de Nuestra Señora del Carmen que reedificó el Pbro. don Lisandro Ramírez Lastarria, hace más o menos cuarenta años; la antigua Casa de Huérfanos, actualmente iglesia parroquial de la Divina Providencia, y el primer patio del establecimiento que hospedaba a los niños, hoy casa parroquial, donde vive

el cura, Mons. Augusto Larraín Undurraga; finalmente, se conservan el par de leones que adornan la Plaza de su nombre y que antes estaban en el Palacio de don Ricardo Lyon. Por el lado norte, en el antiguo lecho del Mapocho, se construyó el Parque Balmaceda; hasta Los Leones, si algo queda del pasado en edificios, no valen nada y carecen de significación.

Ahora se levantan por doquiera, avenidas, calles, horribles rascacielos, altos edificios; por todas partes se ven avisos luminosos en idiomas extranjeros; cerca de Pedro de Valdivia, vi por milagro, uno que reza en español: "Heladería y confitería". Sobraba lugar en Providencia para dejar paso al progreso urbanístico, pero nunca debieron demoler: la antigua Municipalidad, la casa de Joaquín Edwards Bello y la modesta capilla en que se fundó la parroquia de San Ramón.

El ruido ensordecido de la locomoción colectiva y particular, el excesivo comercio, todo ha contribuido a privar a la avenida Providencia de su quietud y belleza de antaño.

La vida apacible de la comuna terminó con el aumento de población, el afán de vivir en el barrio alto y de prolongar hacia arriba la actividad comercial de Santiago, en desmedro del barrio poniente, que hoy inspira lástima por su abandono. Providencia ha perdido el encanto de sus primeros años, con la febril agitación y ansia de lucro que caracteriza nuestro tiempo.

EPILOGO

Cuando viajo a Providencia, desde los micros, miro hacia el norte y hasta en el cerro, en mi tiempo desolado, veo locomoción, los andariveles que van y vienen todo el día; el río es lo único que sigue su curso normal y permanece fiel al pasado; lo demás es nuevo, bullicioso y espectacular.

Los recuerdos de antaño: los árboles centenarios; los tajamares con sus nichos; las casonas con sus huertos y jardines; donde transcurrieron los años felices de nuestra niñez y juventud; los tranvías y sus pintorescas cobradoras; el silencio colonial de la avenida y de sus calles adyacentes, todo eso ha desaparecido de nuestra vista para dar paso a las interminables filas de vehículos y a los avisos luminosos. No veo ahora, en Providencia, el encanto de su poesía de ayer. La imagen blanca del San Cristóbal y la cordillera nevada lejana, permanecen en su sitio y permiten recordar algo del viejo camino de Las Condes, cuyo paisaje permanece en nuestros ojos a pesar del progresivo avance de los años.

Santiago, 14 de octubre de 1980.

INDICE

	Págs.
Prólogo	7
I.—El Camino de Las Condes	9
II.—La futura subdelegación de Providencia	13
III.—La comuna de Providencia	18
IV.—Primeros Recuerdos de Providencia	23
V.—Los Tranvías	38
VI.—Visión de Providencia	43
VII.—Algunas instituciones y otros vecinos	55
VIII.—Teatro Providencia	63
IX.—Otras Noticias de Providencia	69
X.—La Iglesia en Providencia	73
XI.—Vecinos connotados	78
XII.—Conventillos en Providencia	89
XIII.—La Compañía de María: Colegio de la Buena Enseñanza	92
XIV.—El Seminario Conciliar y el Pontificio de los Santos Angeles Custodios	97

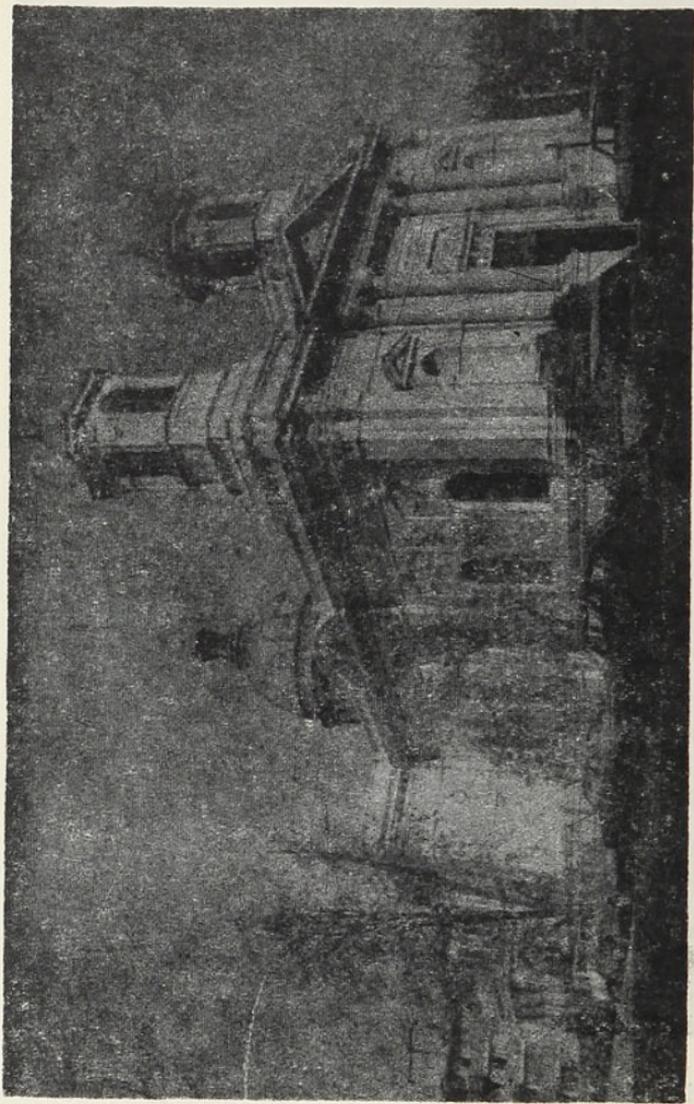
	<u>Págs.</u>
XV.—Liceo José Victorino Lastarria	115
XVI.—Otros establecimientos educativos	130
XVII.—Actividades literarias	132
XVIII.—Lo que dejó la piqueta	136
Epílogo	138

Agradezco a quienes colaboraron en la publicación de este libro: a la Editorial Nascimento, a don Carlos, al personal que lo imprimió, al párroco de San Ramón, Mons. Eduardo Canessa Ibarra, a los críticos literarios, Alfonso Calderón y José Luis Rosasco, a Gastón Rojas Elgueta que diseñó la portada, al fotógrafo Ricardo Jordán, a la señora Amelia Díaz de Gomin (Q.E.P.D.) a Adolfo Ovalle Brieba y Víctor Pinto Infante, a Inés Giminiski Hinojosa y a mis hermanos: Sergio, Carmen Luz, Lucía y Ena.

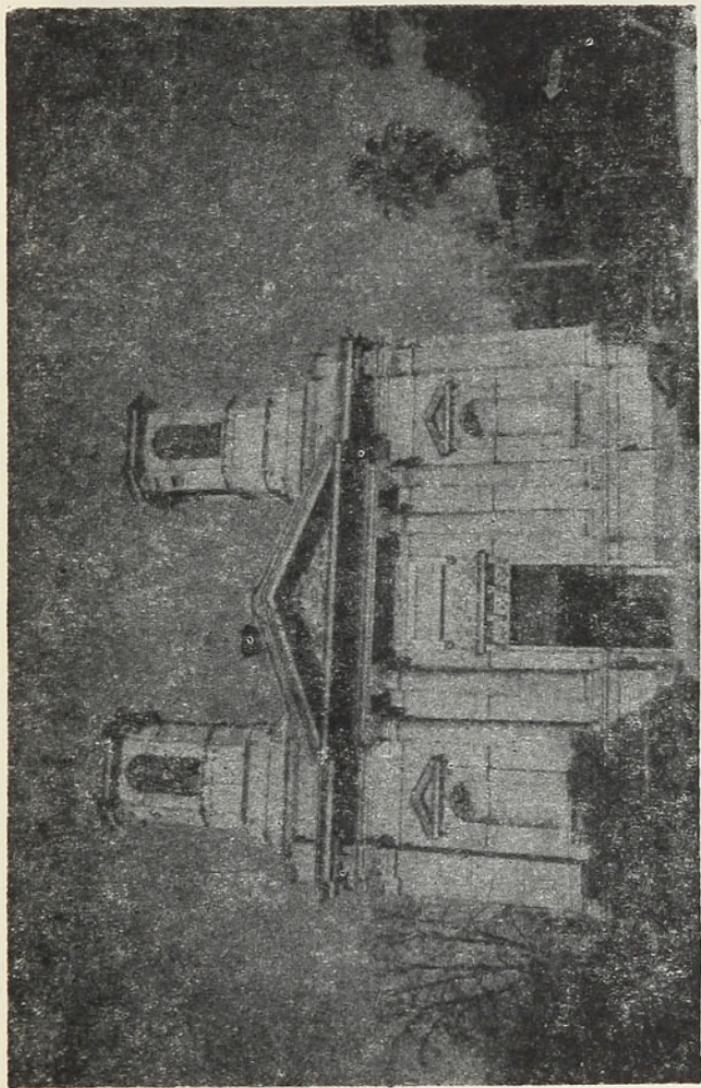
El Autor.



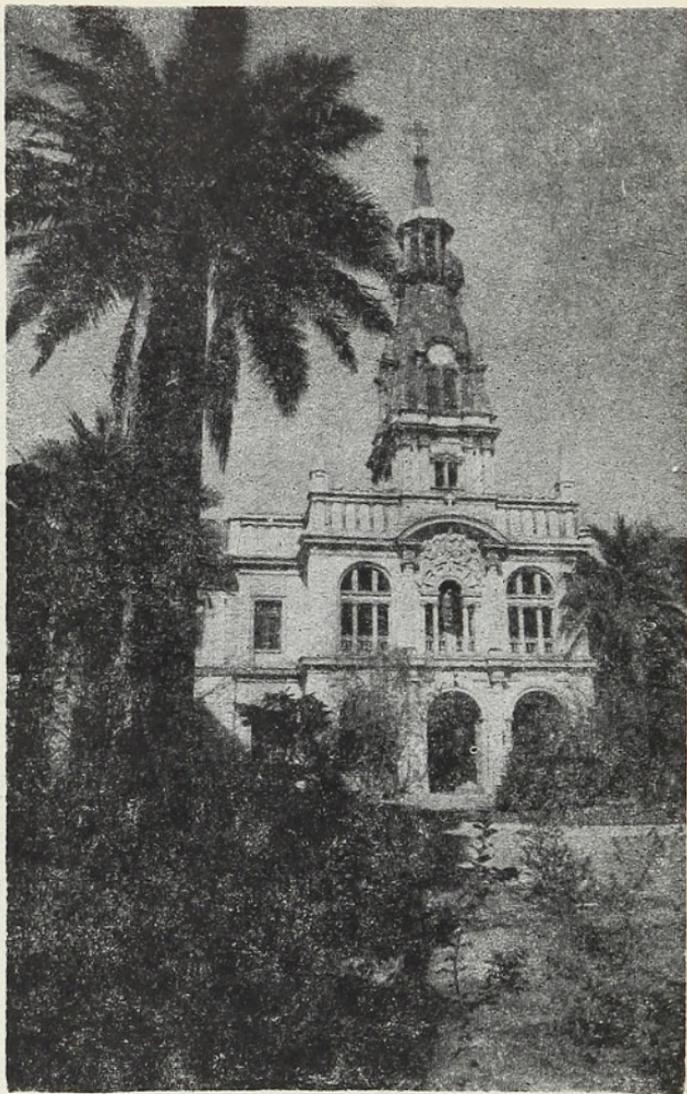
Fidel y Sergio Araneda Bravo, cuando niños, con la burrita,
frente a la puerta de servicio de su casa.



Templo del Seminario Pontificio.
Capilla de la Congregación de María al fondo, arriba



Frontis de la Iglesia del Seminario Pontificio.



Iglesia de la Casa Matriz de la Providencia.



Iglesia de la antigua Casa de Huérfanos, actual templo parroquial de la Divina Providencia.

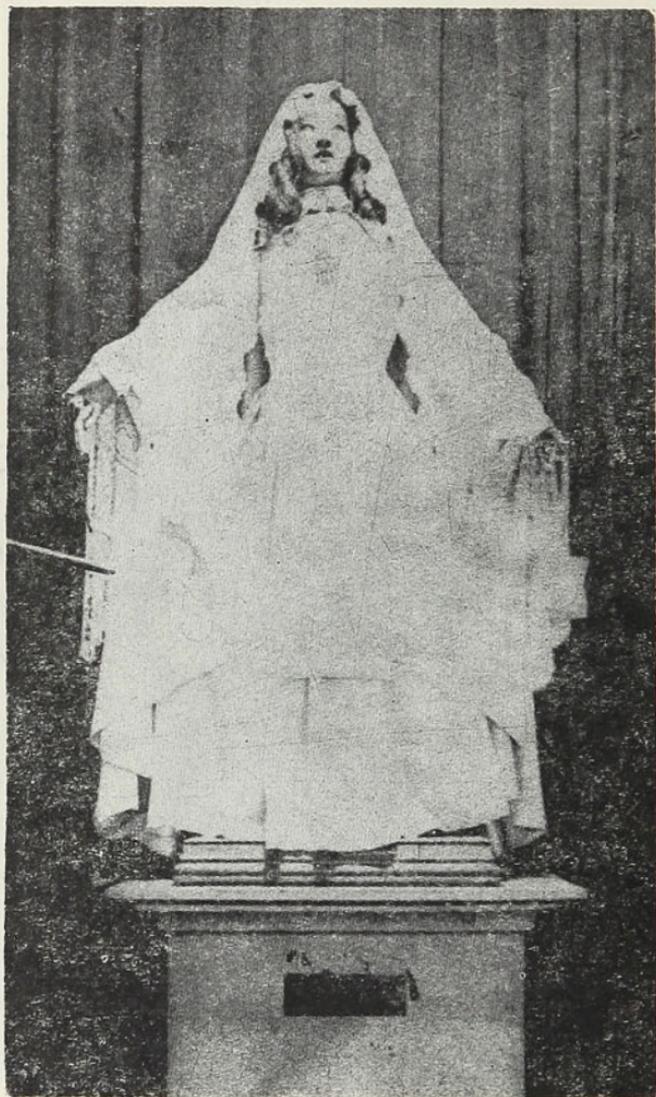
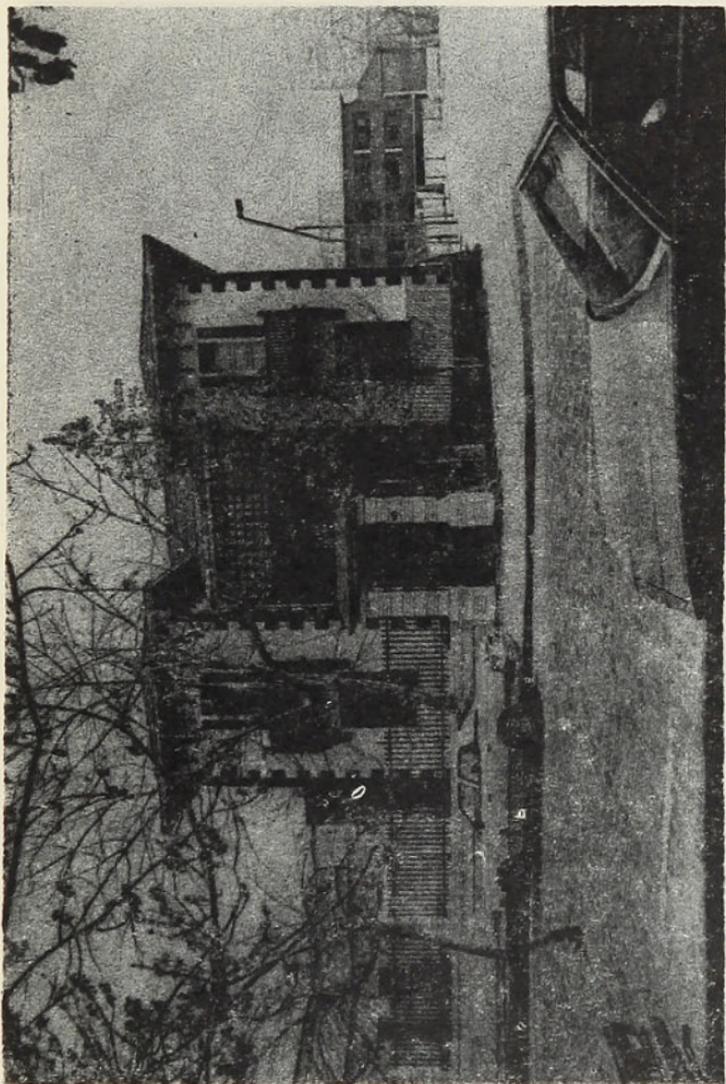
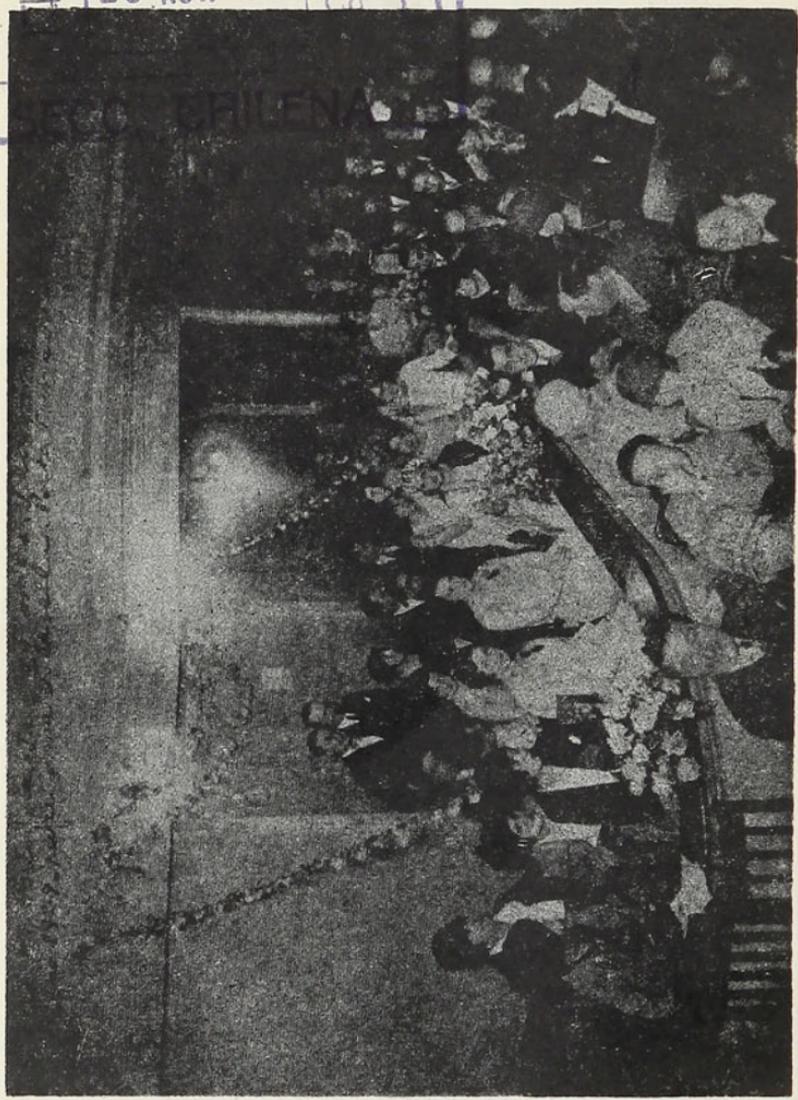


Imagen policromada de Nuestra Señora de la Merced que se conserva en la iglesia parroquial de San Ramón.



Chalé de Baglietto.

BIBLIOTECA NACIONAL
DEPTO. CENTRO NAC. DE PROC. SOS. I. UNICOM
DL A
Ca. 26 NOV. 1981
D
C



La Reina y damas de honor de los Juegos Florales del Teatro Providencia, en el palco.

El hombre hace a la ciudad y la ciudad al hombre, y es en la historia de los barrios donde se anida y perpetra la esencia de esas hechuras. El padre Fidel Araneda Bravo entrega en esta obra una suerte de biografía de Providencia realizada de un modo afectuosamente singular donde se combina y entrevera la historia propiamente tal de la comuna con tramos de cálido intimismo del hombre que la muestra, la narra, la recuerda y la añora.

El tiempo ha transcurrido, ese es el destino del tiempo y lo que el tiempo es, y en su transcurso sobrevienen los cambios, las mutaciones, las transformaciones. Providencia es hoy día una síntesis vital y vigorosa de progreso, tráfago, ruido, concreto altivo, comercio, multitud. Acaso pensando también que el hombre ha seguido extraños y raros modos para enseñorearse de la tierra que le legó el Hacedor, el padre Fidel nos dice "No veo ahora en Providencia el encanto de su poesía de ayer". Pero los lectores de este libro sí que van a ver a través suyo, ahora, ese encanto reconstruido con los materiales de la nostalgia serena, de la memoria fiel y amorosa. Vamos a habitar un territorio naciente en el mismísimo entorno de la casa paterna del autor. Román Díaz con Providencia, 1911, un arrabal, parrones, establo, árboles frutales, una galería, balaustradas, carruajes tirados por caballos, alumbrado de gas, teatro con pianista, campos de cultivo a la vista, pesebres vivos para Navidad, un borriquillo para jugar... luego los vecinos notables, los queribles, los anecdóticos, los emprendedores, los extravagantes. La antigua Providencia, la subdelegación rural de Ñuñoa de sólo cinco mil almas a fines del siglo pasado, va creciendo y reviviendo ante los ojos y a través de la pluma de un escritorio, de un sacerdote, entonces un niño, un adolescente, y así viajando por estas crónicas de Providencia nosotros podemos compartir el conocimiento y el gozo de un mundo, tiempo y seres que no fueron en vano.

José Luis Rosasco.

